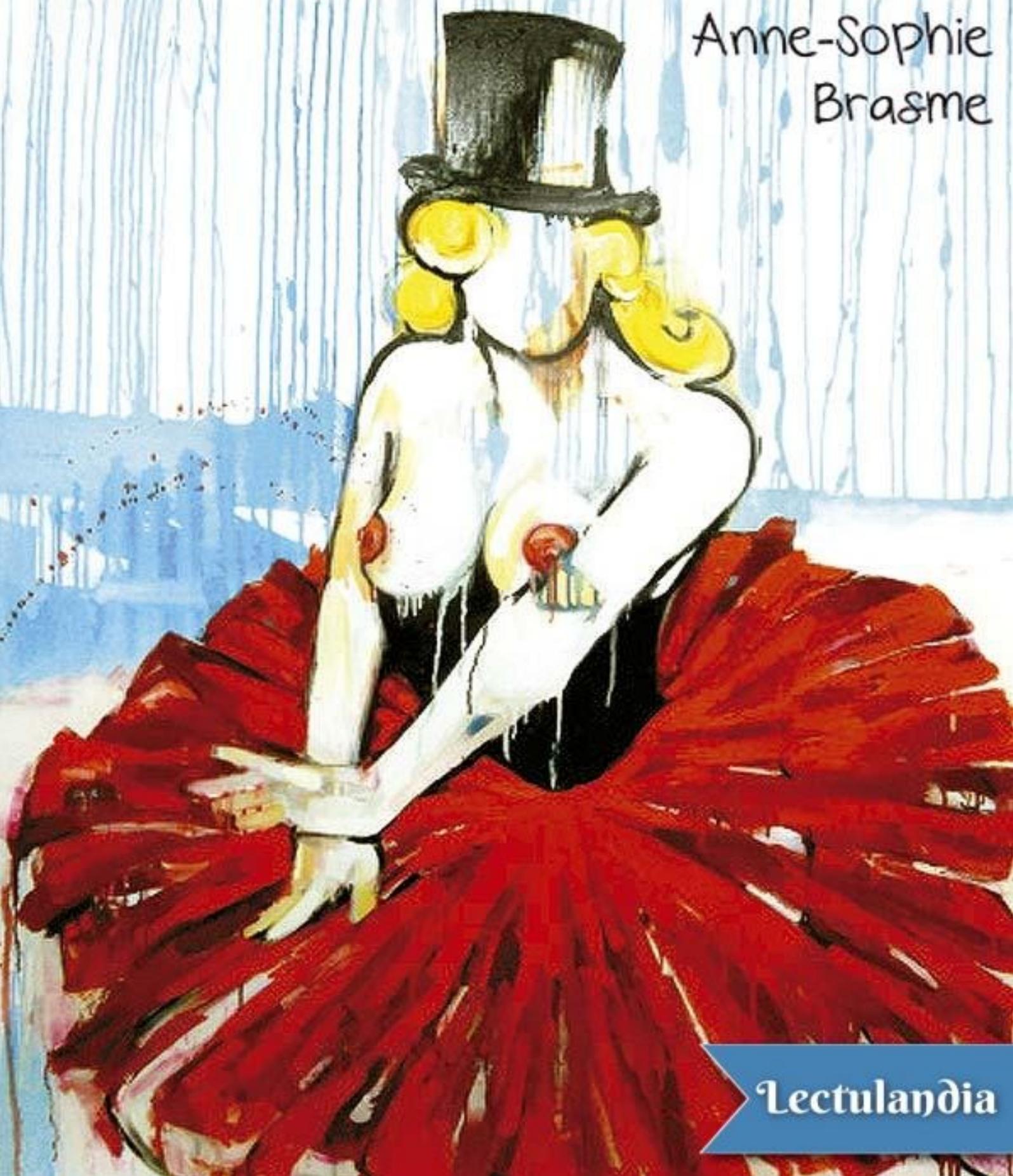


El carnaval de los monstruos

Anne-Sophie
Brasme



Lectulandia

Maruca es una joven empleada de una librería parisina que lleva una existencia en apariencia ordinaria. Pero no es como las otras muchachas: es fea. Su boca deforme la paraliza y aísla del mundo. Devorada por el deseo, contempla a los muchachos de su edad, a quienes la vida y el amor parecen tan sencillos.

Un día de verano, Maruca responde a un anuncio en los clasificados: «Fotógrafo busca persona con particularidades físicas». Así, conoce a Joachim, un cuarentón atormentado que dedica sus días a fotografiar individuos con un físico fuera de lo común, «monstruos».

Las sesiones de fotografía se encadenan, nace la confusión: Maruca se deja llevar por el placer de ser contemplada por un hombre y olvida la verdadera razón de su presencia. Joachim, fascinado por la extraña sensualidad de su modelo decide llevar la obsesión hasta el final. Uno y otro se enredarán poco a poco en esta historia singular, donde se mezclan el amor y el miedo... y donde el monstruo no es el que uno cree.

Lectulandia

Anne-Sophie Brasme

El carnaval de los monstruos

ePub r1.0

MaskDeMasque 24.06.16

Título original: *Le carnaval des monstres*

Anne-Sophie Brasme, 2005

Traducción: Julia Piastro

Editor digital: MaskDeMasque

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«En mi célula también está oscuro.
Tus dientes arruinados,
tus ojos sucios, tu piel triste
son mi única luz».

Jean Genet, *Los biombos*.

«Si quieres vivir
acepta ser un monstruo».

Claude Kappler, *El Monstruo, poderes de la impostura*.

I

Maruca tenía la piel salada.

Maruca tenía la piel salada, y la amé por eso. Deseo anormal, capricho de condenado. Porque el cuerpo de las niñas está hecho para oler a azúcar y el de los niños, a sudor. Todo el mundo lo sabe; así son las cosas normalmente. Y de pronto, Maruca lo invierte todo. Su piel tenía un sabor a especias, como a paprika, pero un poco soso y dulzón en la punta de la lengua, y yo, loco como estaba, la amé por eso.

Ese día, ese día trágico, llevaba un anorak negro, sin forma, que no dejaba adivinar su silueta por ninguna parte. Nos instalamos en un café, en el Barrio Mouffetard. Pidió una limonada —veneno suave, ácido mordiente que encontré una hora más tarde en la esquina de su boca, al besarla por primera vez—. Algo aberrante emanaba de ella. Como ese cigarro que fumaba con desidia, para hacerse la interesante, mordisqueando a veces, dulcemente, el filtro —y eso me gustaba—. Me gustaba esa languidez amorosa, esa mirada boba. Pobre niñita idiota con el lápiz labial mal puesto, no eres nada bonita. Sin embargo, algo irrevocable se producía, subía en mí como una fiebre, deseo abyecto: tocarla con mis manos, poseerla toda entera.

Sus primeros besos fueron torpes y amargos. Su lengua estaba seca, y nunca abría del todo la boca, porque, me dijo después que no le gustaban sus dientes, sus dientotes amarillos que la desfiguraban y que se esforzaba en esconder. No había sido difícil seducirla, Maruca se había dejado hacer ingenuamente. Habíamos terminado en su cuarto, calle Feuillantines. Maruca tenía un cuerpo bonito, incluso sensual, unas rodillas chiquitas y redondas, unos pies lisos y gorditos, pechos de niña. Hacía el amor con pereza, con los ojos cerrados y la cara sumida en mi hombro, como prohibiéndome mirarla.

Maruca, Maruca. Náyade de ojos glaucos, ninfa fantástica. Araña con besos que tejen un capullo alrededor de mi cuerpo. En un abrir y cerrar de ojos, ya estoy atado, pegado —destinado a una muerte atroz—.

Maruca era fea, la amé también por eso.

Siempre me habían fascinado los defectos físicos, las personas monstruosas. Me apasionaban las criaturas legendarias; estudié los mitos; encontré enanos, jorobados, mutilados. Aquello se convirtió en una especie de pasatiempo para mí. Otros coleccionan libros, imágenes, se entregan a pasiones devotas por objetos inertes. Yo coleccionaba seres humanos. Mi museo era una galería de monstruos. Reunía caras y cuerpos. Iba a curiosear en los asilos o en los hospitales. Buscaba especímenes raros, maravillas de la naturaleza —seres en el límite de la desgracia humana—.

Así fue como la encontré.

Ese año, en primavera, como hacía regularmente desde hace cinco años, mandé

poner un anuncio en los periódicos. Buscaba modelos para fotografiar. Personas con particularidades físicas.

Una tarde, Maruca llamó.

Hablamos un poco. Nunca había posado para nadie, era la primera vez. No sabía muy bien qué había que hacer. Por eso tanta torpeza del otro lado de la línea, supongo. Tenía un tono grave, como de adolescente que está mudando de voz. La imaginé muy joven, muy tonta. Le pedí que se describiera. Y, después de un corto silencio:

—Soy fea, —escupió—. Sólo fea.

Estaba confundido, incrédulo, a decir verdad. Tal vez exageraba, no debía ser más que un complejo de jovencita. No iba a perder el tiempo con algo así.

—Conózcame y juzgue por usted mismo.

Entonces, nos citamos un jueves en la tarde, en los jardines del Luxemburgo.

Me dijo que me esperaba a la sombra de los castaños, cerca de los terrenos de juego. Llegué muy temprano, y esperé con la garganta seca y las manos sudorosas. ¿Cómo me había dicho que se llamaba? Maruca. MA-RU-CA. En la boca, los sonidos chocaron como si las tres sílabas se quisieran enredar. Maruca, Maruca. Mientras caminaba por las avenidas, murmuré su nombre. Atrás, imaginé a una chiquilla de cuerpo ingrato, gordita o llena de acné.

Frente a los terrenos de juego no había más que niños, parejas de treintones y algunos jubilados —ningún rastro de la adolescente depresiva o con sobrepeso—. Sólo una niña muy grande, esperando. Inmóvil frente a la reja, tenía en la mano un kleenex triturado. No sabía si era ella; caminé un poco más, di media vuelta y luego regresé. Se levantó de la banca a modo de señal —entonces era ella—. Y mientras caminaba hacia donde estaba, tratando de distinguir su rostro bajo el sol, bajó la cabeza, como por cobardía. Así que los primeros minutos, incapaz de verla, sin distinguir más que su silueta de jovencita fresca, creí que era una broma pesada.

Le pregunté si era Maruca Barbier. Asintió con la cabeza, nada más.

Como no sabíamos por dónde empezar, nos pusimos a caminar. Deambulamos a lo largo de los estanques, al azar. Le hice algunas preguntas; me habló de su vida. Veintiún años, empleada en una librería, en la calle Ecoles. Yo la escuchaba distraídamente, irritado por la torpeza de su lenguaje —porque Maruca hablaba mal, muy rápido, mascando las palabras, dejando las frases incompletas—. Por culpa del sol que caía oblicuo, como un velo negro, no podía distinguir su rostro. En realidad, apenas me atrevía a mirarla, no quería ofenderla. Observaba de reojo su paso apurado, sus largas piernas descubiertas por los volantes de un vestido rojo.

Le propuse que nos instaláramos en un café, en Montparnasse. Aceptó. Nos sentamos en un rincón, en la penumbra, cubiertos de la intensa luz del lugar.

Apenas tuve tiempo de sentarme frente a ella, levantar los ojos, y ya: ahí estaba, ofreciéndome su rostro como se revela una herida o algo prohibido. Llevaba diez

minutos caminando a su lado, como si estuviera al lado de cualquier jovencita de su edad y en un segundo descubrí que era otra la persona sentada del otro lado de la mesa. Bajé los ojos instintivamente, como si nuestro cara a cara tuviera algo de impúdico.

Porque Maruca no era nada bonita:

Tenía la mandíbula demasiado estrecha para la dentadura, los labios apretados y los dientes muy anchos, casi deformes, de manera que los incisivos sobresalían por enfrente, y la boca no se cerraba por completo. Parecía como si tuviera una sonrisa permanente y chueca, una sonrisa idiota, parecida a un hoyo. Lo demás estaba proporcionado: la nariz estaba derecha, las cejas, negras y arqueadas. Pero todo se arruinaba, incluso la mirada, por el defecto de la boca. Así, el rostro de Maruca respondía a una lógica absurda, como si los elementos se hubieran empalmado entre ellos por error.

Al final, me preguntó en qué consistía el trabajo. Le hablé vagamente de mis investigaciones. Balbuceé. Normalmente, con los otros, las cosas estaban claras desde el principio; no me preocupaba ofenderlos. ¿Fue su juventud, su fragilidad, la que me llenó de culpabilidad esta vez? De pronto sentí vergüenza al decirle que mi pasión era fotografiar monstruos, y que, sin comprender realmente por qué, estaba convencido de que ella era lo que siempre había buscado.

De todos modos, no me estaba escuchando. ¿Por qué habría de hacerlo? Todo lo que quería era ser contratada, que le tomara una foto, que la viera. Mis razones le eran indiferentes. Finalmente me preguntó, con un fervor inusitado, como si de pronto olvidara que la estaba contratando por su fealdad, si la aceptaba como modelo. Respondí que había que hacer unas pruebas.

Hubo un silencio. Maruca esbozó una sonrisa triste.

—Gracias. Espero no decepcionarlo. No estoy acostumbrada, ¿sabe?

También me di cuenta de que, bajo ese rostro, había una imperfección más profunda que el defecto físico —una herida secreta, que parecía acentuar su desgracia o ser el origen esencial de ésta—.

Todo, arruinado.

El maquillaje recién puesto, fresquecito, mi piel oliendo a crema, el color rojo del vestido ondulando sobre mi cuerpo. Belleza ilusoria sobre mi rostro. Todo, definitivamente estropeado, podrido.

No me gustan las promesas de primavera, la efervescencia que acompaña los primeros calores. Y todavía menos los días en que el polen invade la atmósfera más que de costumbre, como si todos los vegetales de la ciudad hubieran conspirado para liberar al mismo tiempo su espantosa simiente.

Soy alérgica al polen. Cada primavera se opera la metamorfosis: me transformo en bulbo. La sangre se calienta en mis venas; hierve; se destila. Entonces, mi cara

adopta una forma de capullo: ojos que lloriquean, nariz que pica, labios hinchados. Me vuelvo venenosa.

Ese año, la carga de polen fue particularmente fuerte. Sobre todo esa tarde, esa tarde de mayo en el Barrio Latino. Cuando el polen se soltó de pronto, como en un sueño, yo estaba justamente bajo los grandes castaños de la avenida central. Los castaños son árboles muy fértiles; no es buena idea estar debajo si se tiene un cuerpo tan hostil como el mío.

Así que, esa tarde, todo se arruinó.

Y eso que intenté hasta lo imposible para salvar las apariencias, para resguardar mi cuerpo como bajo una armadura. Acababa de bañarme. Mi piel olía bien. Mi cara estaba lisa. Incluso me puse el vestido de Gaëlle, el que me había prestado hace dos años y que nunca le devolví.

El vestido le quedaba muy bien a ella. Era muy morena. La piel, el cabello. Siempre se vestía con colores cálidos, y su cuerpo era como un capricho sin fin, una danza sensual y odiosa. Me gustaba que se pusiera ese vestido, las tardes de verano en que iba a ver a su novio en turno. Envidiaba el cobre de su piel, me hacía pensar en el macadán que arde bajo los ojos cuando el sol pega demasiado fuerte.

Un día, Gaëlle me lo prestó. En la noche, sola, en mi cuarto, me lo probé. Creía que, al ponerme el vestido de mi amiga, me pondría su piel también. El resultado fue grotesco. Examiné un momento mi cuerpo siempre igual. Se veía aún más pálido, porque contrastaba con la tela. Pasé mi infancia en el Norte, en el país de las minas, tal vez por eso mi piel se quedó tan blanca, tan mineral.

No era nada bonita. Con o sin vestido, no tenía ningún encanto. Y eso que mis piernas eran bonitas, largas, no muy gordas, con unas rodillas preciosas. Estaba bastante orgullosa de ellas. Me dedicaba a cruzarlas y descruzarlas. Gaëlle, en cambio, no tenía tanta suerte en ese sentido. Me contó que, años antes, había sido un poco regordeta, y por más que hizo dieta sus piernas no perdieron su corpulencia. Tenía muslos de hombre, muslos rudos de campesina, musculosos, sin elegancia.

Pero también tenía un rostro muy bonito, unos labios pulposos y un pecho majestuoso de felina, y yo no tenía nada de eso. Gaëlle tenía un rostro ahí donde yo tenía un hocico, tenía una risa ahí donde yo llevaba la vergüenza de mi boca, tenía un cuerpo y yo era una piedra.

Me tenía un poco de lástima, y callaba frente a mí su conciencia de ser bonita. Incluso cuando yo me quejaba o cuando le decía un cumplido para que me lo regresara, bajaba los ojos como diciendo: «Las cosas son como son». ¿La injusticia de los cuerpos no es una realidad cruel? A veces me hubiera gustado que me mintiera, que me dijera que yo también era bonita. Pero se lo perdonaba. Me simpatizaba por su belleza ingenua, culpable frente a mí. Nos volvimos amigas.

Había dejado de verla desde que salí de la universidad, hacía ya bastante tiempo. Me quedé con el vestido a propósito. Como para conservar la esencia de Gaëlle cerca de mí, el espectro oscuro de su cuerpo, y guardarla en secreto hasta que un hombre

me mirara a mí también.

Esa tarde, pues, en los jardines del Luxemburgo, el mundo de pronto se había vuelto malvado.

En los terrenos de juego, los niños se deleitaban con esa nieve tibia, anacrónica. Tanto polen tiene algo de mágico. Por más que esté ahí, agitándose, contaminando el aire como veneno, es imposible agarrarlo, atraparlo y contenerlo en la palma de la mano. Los niños tratan. Algunos lo logran por casualidad, cuando un copo se pierde en sus cabellos. Lo toman, lo contemplan un momento, y después lo desmenuzan cruelmente.

La alergia empezó de inmediato. Me senté en un banco, cerca de los terrenos de tenis, apretando un *kleenex* arrugado en la palma de la mano, como para soportar mejor la irritación del aire. A veces me digo que no soy alérgica al polen, sino a todos los seres vivos, al hormigueo vegetal del verano. Sólo puedo soportar el clima de Valenciennes, la aridez de las minas y las grutas, ahí donde no crecen más que piedras.

Allá, atrás de la reja, unos muchachos juegan tenis. No los puedo distinguir bien, por la luz que se refleja sobre el terreno. No veo más que sus cuerpos oscuros, su piel morena que se confunde con la tierra sacudida. Dejo mis ojos muy abiertos. Unas manchas empiezan a pigmentar mi visión. Percibo sombras, movimientos alertas. Silbidos sordos cuando la raqueta golpea la pelota. De pronto todo parece demente en esa luz sanguínea; esas siluetas trastornadas que se mueven como al interior de una pesadilla.

Me sueno, para recobrar la conciencia de mi propio cuerpo y salir de ese malestar. Abrir los ojos.

Deben tener como dieciocho años. Cuando uno de ellos no logra alcanzar la pelota, sueltan risas guturales, risas que no tienen ningún sentido. Por un instante, tengo la impresión de que se están burlando de mí. Porque me veo ridícula, moqueando y con el rímel escurrido.

Son un poco toscos, incluso un poco brutos. Sin embargo, hay como maldad en su juventud. Cierta insolencia. Imagino sus caras crispadas; sus ojos convulsionados bajo el sol, irritados por los rizos que caen sobre sus frentes. Al rato, después del juego, regresarán a sus casas, probablemente en el Barrio Latino, se bañarán entre risotadas idiotas, irán a buscar a sus novias y les harán el amor con la misma virulencia sedienta.

Los cuerpos de los jóvenes siempre albergan cierta crueldad.

Como ellos, ha habido decenas, en el metro, en la facultad, en la esquina de una calle. Fieros dioses griegos de risas imprudentes que amé.

Amé a todos los jóvenes de la tierra con más amor y sacrificio que nadie en el mundo —con esa pasión pueril y desesperada que sólo conocen las mujeres feas—.

Amé sus cabellos demasiado largos, sus nuca vellosas, sus pieles húmedas de adolescentes. Me gustaba verlos sudar bajo el sol e imaginar un instante el sabor de su saliva. En la preparatoria, me divertía sorprendiendo sus tachones, sus faltas de ortografía, sus dedotes llenos de tinta. Me burlaba de su idiotez, pobres ignorantes. Me gustaba verlos reírse con franqueza entre ellos, como si las niñas no existieran — eso me fascinaba, yo que no dejaba de pensar en ellos, yo que estaba obsesionada y que nada me satisfacía—.

También amé a los más grandes, universitarios a media licenciatura —con el cabello demasiado largo, también—. Traían lentes y bufandas un poco pasadas de moda. Sus piernas eran largas y flacas y sus manos de mujer. Fumaban cigarros mientras hablaban de temas vagamente serios, se daban aires, jugaban a los románticos. Terminaban el día en el teatro, en el Piano Vache o en un cuarto de azotea —con una chica, esta vez—.

Los miércoles en la tarde iba seguido a la Biblioteca Nacional, en el décimo tercer distrito, para contemplar a todos los estudiantes que preparaban su tesis, sumergidos en Céline o en La Rochefoucault. Me acuerdo de esa época, del amor que profesaba por ellos. Ya olvidé sus caras. Ya no son más que un montón de detalles vagos, sin coherencia, como esos jugadores de tenis que veo frente a mí. Sólo recuerdo los cabellos castaños desordenados, las manos huesudas, los cuerpos largos, un poco frágiles, a la luz de las lámparas.

Me quedaba ahí hasta quince horas. Para irme, tenía que atravesar el patio grande y ventoso —el viento sopla muy fuerte, siempre, en esa explanada dominada por las cuatro torres de la biblioteca—. Algunos estaban ahí, contra la barricada. Pasaba frente a ellos y no me veían. Después, tomaba el metro aéreo, línea seis hasta Raspail, y veía desfilas a la ciudad, tranquila y gris. Siempre temía un poco el momento en que el tren se precipitaba de nuevo bajo la tierra.

Me pasaba el tiempo en las bibliotecas, observando a los muchachos. Iba sólo por ellos, no tenía nada más que hacer ahí, porque no era muy buena en la escuela: me había inscrito en letras pero no sabía nada —no era buena más que en gramática y en latín—. Todavía me pregunto cómo logré que me contrataran en una librería al final de mi licenciatura. La literatura me aburría. No era la atmósfera de los libros la que me atraía, sino ver a todos esos estudiantes, esos jóvenes con miradas severas que iban ahí después de sus cursos en la Sorbona —y durante mucho tiempo, cuando ya trabajaba en esa tienda apartada del Barrio Latino, alimenté el fantasma del estudiante, sin atreverme nunca a conocer lo que se escondía detrás de esas imágenes de belleza orgullosa—.

Así pues, el drama de mi vida fue el cuerpo masculino.

Dedicaba la mayor parte del día a mendigar la sensualidad de los hombres, buscando su contacto, su proximidad. El metro de París se había vuelto mi universo. Si algunos van a pedir dinero o boletos de metro, yo iba a mendigar amor. Discretamente, sobre uno de los asientos plegables, contemplaba la belleza simple de

los pasajeros. Parados, agarrándose del tubo, trataban de conservar el equilibrio con mayor o menor éxito, mientras el tren avanzaba; tenían los hombros anchos, los muslos macizos. De vez en cuando, también entraban esos músicos rumanos, muchachos de cabellos negros y pantalones gastados que tocaban serenatas con acordes descompuestos; contemplaba sus caras un poco sucias, sus sonrisas de pacotilla. Y cuando, por casualidad, su codo me rozaba en un viraje demasiado rápido y nuestras miradas se cruzaban por error, exultaba. Saliendo, cuando se abrían las puertas, caminaba acelerando el paso, convencida de que el muchacho me estaba siguiendo por los pasillos. Nunca volteaba, dejaba la ilusión intacta.

Me gustaban las horas pico o los días de huelga de los transportistas, cuando la afluencia me permitía, con un poco de suerte, pegarme al cuerpo de alguno de ellos. Olía su bufanda, su suéter, su barba. Con toda libertad. Mientras este apretujamiento irritaba a los otros pasajeros, yo era feliz. Deseaba que, por la presión de la multitud, nuestras caras se rozaran. Esa sensualidad improbable me satisfacía. Era lo único que tenía.

A los veinte, ninguna mano de hombre se había posado sobre mí. Era virgen. Mi cuerpo entumecido no conocía el placer, ni el dolor. El deseo era el único mal que conocía. El hambre. Con los años, algo se había formado en todos los músculos de mi cuerpo: el hueco de un vacío. El hambre no es otra cosa que la ausencia, desaparece en cuanto la colmas; sin embargo, está ahí, palpable, engarrotada a uno. Grita. Es un poco como ese vértigo que nos invade en un gran salón vacío, apenas nos encontramos solos.

El cuerpo no reacciona solamente cuando lo hieres: también reclama en la ausencia. Por eso no hay nada más monstruoso que un deseo que da vueltas sobre sí mismo hasta la autodestrucción.

El cuerpo no reacciona solamente cuando lo hieres: también reclama en la ausencia. Por eso no hay nada más monstruoso que un deseo que da vueltas sobre sí mismo hasta la autodestrucción.

Cuando era niña, tenía la impresión de entender el deseo; desde esa época, el vacío se inmiscuyó en mí. Oía a mis papás hacer el amor en el piso de abajo, a media noche. Con sólo escuchar el ruido, sabía. Nunca les pregunté nada, desde entonces la cosa me parecía natural. Esperaba con serenidad a que me llegara el turno, mientras jugaba con mis muñecas, inventando historias de amor tal vez demasiado procaces para mis ocho años.

Así, me quedé intocable, desprovista de un cuerpo verdadero. Desaparecí bajo mi propia piel. No era nada. No le encontraba ninguna virtud a ser virgen a los veinte años, ningún sacrificio. Cargaba mi virginidad como con una anomalía. No tenía sexo. Entonces, trataba de calmar el hambre mentalmente. Forzaba a mi cuerpo a fijarse como una piedra, a callar en mí ese ogro de lubricidad listo para devorar la piel salada de los muchachos. Desde entonces, me dediqué únicamente a su

contemplación.

Siempre me pareció bello un hombre excitado, no sé por qué. Fui un par de veces a una discoteca en Valenciennes y pasé la noche mirando a esos muchachos hambrientos. Entre la multitud de jovencitas, entre danzas de vientres desnudos y senos fosforescentes, pasaban con el sexo en erección bajo los jeans. Me gustaba. Siempre intentaba imaginarme cómo eso podía subir en ellos, en su vientre caliente, esa pulsión que no deben sentir más que los asesinos a punto de matar.

Pero en las chicas, es una aberración. Gaëlle, por ejemplo. Gaëlle la inocente, Gaëlle tan confundida de ser bella frente a mí de pronto se transformaba en cuanto le atraía un hombre.

Salíamos regularmente en la noche, me llevaba a cafés en la Bastilla, donde la esperaban sus amigos. Siempre decidíamos al momento a dónde ir, después de haber pasado la tarde estudiando. Yo nunca tenía muchas ganas de salir, pero lo hacía por ese delicioso instante en que a Gaëlle se le metía en la cabeza que iba a ponerme guapa. Yo ponía cara de resignación y levantaba los ojos al cielo —la verdad es que me encantaba—. Y frente a su entusiasmo, siempre esperaba que la cosa funcionara, que en una hora ocurriera una metamorfosis. Me dejaba hacer. Me gustaba sentir el cepillo descender contra mi nuca cuando me peinaba. Me gustaba el olor irrisorio de los productos de maquillaje que me aplicaba, su cara contra la mía, casi a punto de besarme.

Después le tocaba a ella. Nunca me dejaba devolverle el favor. Seguramente por un miedo, inconsciente, de que le transmitiera un poco de mí. Siempre lo hacía a las prisas. Con negligencia. Un vestido puesto a la rápida, zapatos negros, cepillarse un par de veces. Se miraba en el espejo una última vez, satisfecha de sí misma.

—Vente, Maruca, ¡esta noche vamos a encontrar al hombre de nuestras vidas!

Sus tacones golpeaban contra el pavimento y eso me parecía intolerable. Mi rímel ya se estaba escurriendo y apretaba los labios para quitarme el lápiz labial que me afeaba aún más.

Gaëlle, muchacha malvada de boca ligeramente caída, de cabellos negros y brillantes que yo soñaba con jalar en una pulsión infantil. Odiosa Gaëlle, cuyo vestido —un pedazo de tela sacado de algún remate, que a mí me habría quedado ridículo— descubriría sus muslos carnosos. No son tan feos en realidad, me decía, e incluso envidiaba sus piernas, después de todo las mías eran demasiado largas.

Íbamos a cafés azules por el humo. Siempre había muchachos, muchachos que yo odiaba desde que entrábamos por el deseo que me inspiraban. Nunca maldije tanto la belleza como esas noches. Nunca cargué tanto el peso de mi fealdad como a su lado.

A veces, unos tipos venían a sentarse en nuestra mesa y siempre había uno, un poco especial, que atraía más la atención. Generalmente, lo reconocía de inmediato. Sabía, después de unas cuantas miradas, que ése le gustaría a Gaëlle. Observaba de reojo cómo evolucionaba la situación. A veces, la cosa fallaba. El muchacho tenía

que irse, intercambiaban números a las prisas, pero ahí terminaba la noche. Con más suerte, las cosas iban más rápido y todo terminaba en largos besos húmedos, al final de una banqueta.

Poco importaba el resultado. Lo que me parecía horrible, más que cualquier otra cosa, era ver a Gaëlle deseosa. Ay, me la sabía de memoria, sus miradas de Lolita, la subida enloquecedora de sus ganas de ser besada, por quien sea, pasara lo que pasara.

Ese descarado, esa falta de respeto de parte de Gaëlle me obsesionó durante mucho tiempo. El día siguiente, cuando nos veíamos en clase, se sentía incómoda. Nunca me hablaba de las noches en que se iba con uno de ellos, nunca me contó nada, sin embargo yo la imaginaba, imaginaba su debilidad frente al amor, su inclinación frente al hombre, y me daba rabia.

La belleza, en cuanto toma consciencia de ella misma, en cuanto se vuelve sensual, tiene algo de odiosa. En todo caso, las muchachas bonitas deberían quedarse vírgenes, como en los cuentos o en los grabados. El mundo sería más justo así.

Los jóvenes ya terminaron de jugar. Ya guardaron sus raquetas en bolsas de tela sintética, se limpiaron el sudor de la frente, se desembriagaron de la luz.

Pasan frente a mí. Están tan cerca, de repente. Puedo percibir el olor agrio de su sudor —tal y como me lo había imaginado, hace rato, mientras los contemplaba—. Se siguen riendo, con sus risas graves y sonoras. Hablan sobre el juego, no oigo muy bien lo que dicen, pasan sin fijarse. Después, los veo alejarse bajo el sol, con sus voces toscas y sus cabellos erizados.

Pero ahora hay otro hombre, allá, a algunos metros. Trae uno de esos sacos de *tweed* café, un poco anticuados. Me gustan esos materiales de tacto áspero, sobrios y descoloridos —esa geometría perfecta en la que siempre imaginé que las mujeres se perdían completamente, al abrazar la espalda de los hombres—.

Se voltea, dirige algunos pasos hacia mí. Tiene el cabello negro, y una piel muy blanca. Es lo único que noto de él, al principio, ese contraste.

—Disculpe, ¿no es usted Maruca Barbier, de casualidad?

Asiento con la cabeza. En ese instante, el sol estalla sobre mi cara y ya no veo nada.

—Buenas tardes —me dice, tendiéndome la mano—. Soy Joachim Kellerman.

II

Vino por primera vez un sábado en la tarde.

Un poco antes de que Maruca llegara, recuerdo haberme sentado un rato junto a la ventana del taller. Ese día hacía calor, como hizo después todo el verano y todos los sábados en que ella vino. A la sombra de la plaza Ozanam, los niños correteaban; su escándalo llegaba hasta mí como un sonido irreal, un sonido que no podría entender nunca más, inexplicablemente. La vi doblando la esquina, su sombra bailaba sobre el pavimento. Entonces cerré la ventana y esperé cinco minutos. Todo estaba en orden en el cuarto, cada cosa en su lugar. El sillón contra la pared, el aparato enfrente, la luz blanca de la tarde.

Después, Maruca entró y rompió el equilibrio del día.

Traía un vestido de un azul anticuado, con volantes que caían sobre sus piernas y que balanceaba al caminar, como sin darse cuenta. Usaba un escote osado. La tela se entornaba; dejaba a la vista el nacimiento de los senos. También se había enrollado una pañoleta alrededor del cabello —cosa que no me pareció muy inteligente, con este calor—. Algunas mechass caían sobre su nuca con falso descuido. Tenía una marca de nacimiento justo abajo del omóplato; no la había notado la primera vez.

Algo en ella me pareció odioso de inmediato. Ese azul, ese vestido, esa pañoleta de bohemia. Cualquiera otra chica de su edad se vería normal con esas prendas y ella las había vuelto vulgares con sólo usarlas.

—¿Me siento? —dijo, dirigiéndose al sillón.

De pronto ya se había apropiado del cuarto, lo había impregnado con su presencia para siempre. Volteó hacia mí, dramática, lista para entrar en su papel. La miré todavía un momento. Su piel brillaba ligeramente a la luz del día. Era de una palidez obscena. Por primera vez me invadió su olor: estaba sudando. Bajo sus axilas, se habían formado dos pequeñas aureolas oscuras en el azul del vestido. En ese instante entendí que su indecencia venía de ahí, de ese olor que exhalaba.

En un segundo, a pesar de que todavía estaba a tres metros de mí, me pareció que respiraba el olor de un ser humano por primera vez.

Todavía guardo el primer negativo de Maruca: mitad alargada sobre el sillón, a la manera de Olympia, revelando sus muslos de pálida desnudez. Intenta sonreír, pero es una sonrisa malograda; una sonrisa de vergüenza, que por un segundo reveló unos dientes amarillos —de un amarillo hostil, como el de su piel—. Creo que nunca olvidaré la forma en que se transformó su mirada, justo después, cuando la sacudió la conciencia de su propio ridículo. Yo mismo, detrás del objetivo, cerré los ojos. En ese preciso instante, deseé que se fuera. Quise gritarle con todas mis fuerzas hasta qué punto era fea, lo insoportable que era.

Por suerte, había tomado la foto a tiempo.

Maruca regresó la semana siguiente y después de forma regular.

Rápidamente se estableció el ritual. Con el calor del verano, su cuerpo adquiría un carácter aún más pesado e irritante. Abríamos las ventanas. Escuchábamos el ruido de la avenida. Maruca empezaba a relajarse. Llegaba ligera, llena de una seguridad afrontada. Se instalaba platicando. A veces me hacía preguntas sobre cosas insignificantes —qué hacía en la vida, si llevaba tiempo en eso de la fotografía, si tenía otros modelos—. Quería música, así que yo le ponía a Verdi, para darle gusto, pero ella no sabía nada de ópera, le aburría. Al final, me ofrecía hacer un café, así que tomábamos café. No sabía muy bien, y menos con el calor, y además ya no teníamos nada más que decirnos, después de dos horas de estar juntos estábamos agotados. Finalmente, siempre llegaba el momento en que, después de un silencio más largo que los demás, Maruca lanzaba un pequeño suspiro, miraba su reloj y decía que tenía que hacer quién sabe qué —nunca le creí—, después agarraba sus cosas y me daba la mano. Cerraba la puerta tras de sí y se oían sus tacones contra el piso de la escalera.

Hay algo en ella que me molestaba francamente. No me gustaba, por ejemplo, su forma de reír —alguna vez le pasó, por error—. En cuanto sonreía, adoptaba ese gesto tonto y atroz de los histéricos.

También estaba su forma de hablar. Estorbada por los dientes, se cuidaba de nunca abrir demasiado la boca, cosa que le impedía articular. A veces era imposible comprender lo que decía y yo rezaba porque se callara. No me gustaba en ella más que la inmovilidad. Todo lo que había en ella de nervioso, de vivo —debería decir: de humano—, me parecía intolerable. Y cada semana, cuando llegaba, la odiaba un poco más, la odiaba por ser fea, por no cerrar su boca normalmente. Le suplicaba en silencio que escondiera sus dientes, que ya no se moviera. Probablemente terminó entendiéndolo, porque después de algunas semanas su nerviosismo pareció extinguirse y sus monólogos cesaron. Sus parloteos incesantes dieron paso a un silencio casi sacerdotal.

Pero había un detalle más profundo en todo esto, algo que me ponía fuera de mí desde que llegaba, algo que un monstruo nunca debería permitirse: la insolencia.

A partir de un momento, Maruca dejó de lado cualquier signo de vergüenza. En cuanto atravesaba el umbral de la puerta, olvidaba que era fea. También olvidaba que esa era la única razón por la que yo había aceptado fotografiarla y que sin eso nunca me habría interesado. ¿Al menos lo sabía? Tal vez no había sido suficientemente claro con ella, tal vez no había entendido bien. Durante meses, la actitud de Maruca fue ambigua, como si a pesar de nuestro pacto se obstinara por querer ser normal. Mientras que los otros monstruos que había fotografiado jugaban con su físico, exhibiéndome sus defectos, haciendo muecas, Maruca no había dejado de querer desafiar su fealdad. En eso radicaba toda su incoherencia; en que, a pesar de su rostro grotesco, jugaba a ser bella. Todas esas chacharas que se ponía para

estar a la moda; esos cigarros que fumaba junto a la ventana del taller, después de pedirme permiso, y ese olor a jabón, porque antes de venir seguramente se atiborraba de productos de belleza. Todo ese coqueteo, esa comedia.

El mejor momento era cuando el rostro de Maruca aparecía sobre la superficie húmeda del papel fotográfico. Cuando, después de algunos momentos de espera en los que algo parecido a la angustia subía lentamente por mi vientre, se revelaba ante mí. Siempre lo descubría como por primera vez, incluso si las posturas de Maruca eran casi siempre idénticas —e incluso si, en el fondo, había terminado por saberme de memoria cada detalle—.

Secaba las fotografías colgándolas sobre una cuerda con pinzas de ropa.

Pasaba algunos minutos mirándola. Cuando estaba ahí, presente, viva, no me atrevía a posar demasiado tiempo mis ojos sobre ella. En cambio, una vez impresa sobre la foto, la imagen de Maruca me parecía menos hostil. A veces me preguntaba cómo podía ser tan fea. Imaginaba la cara de sus padres. Tendría que parecerse a alguno de ellos, descender de una generación de monstruos —a menos que hubiera nacido de un linaje desafortunado—. Me preguntaba si tendría hermanos o hermanas. No me atrevía a preguntárselo, pero, en el fondo, me habría interesado conocerlos.

Me hubiera gustado saber si siempre había sido así, si había sido bonita de niña, antes de que todo se arruinara. Alguna vez debió de ser adolescente; debió de tener acné, reglas dolorosas; debió de haber sufrido al ver esa metamorfosis anormal operarse sobre ella. Me hubiera gustado conocerla en todas las etapas de su vida, poseer un negativo de cada rostro que pudo haber tenido. Me hubiera gustado estar ahí cada mañana, cuando despertara; estar ahí para ver su expresión cuando llorara o estuviera enojada; estar ahí siempre hasta saciarme de ella.

A veces había algo como absurdo en mi mirada sobre ella; y mientras más lo pensaba, más quería creer que, después de todo, Maruca no era otra cosa que una jovencita con boca deforme y que no tenía nada que hacer en mi colección de monstruos. Fuera del rostro, tenía un cuerpo bonito, pulposo, un cuerpo deseable, como el de cualquier otra muchacha. Y cuando se iba del taller lanzándome un «nos vemos», segura de que la semana siguiente volvería a fotografiarla, me preguntaba si no se estaría burlando de mí; si mi fascinación por ella no era más que una ilusión. Mis ojos habían visto casi todas las desgracias. Podía quedarme impasible frente al espectáculo de un tullido; el olor de los enfermos se había vuelto familiar para mí. Entonces, ¿por qué ella me repugnaba tanto? ¿Por qué esperaba a que llegara con una angustia amarga, escuchando el crescendo de sus pasos en la escalera hasta que tocaba a la puerta? ¿Por qué bajaba los ojos cuando ella estaba ahí?

Algo en ella llegaba hasta mi médula. Algo impenetrable, que volvía a Maruca tan misteriosa e inviolable como un mito.

De pronto me daba por leer los anuncios de la gaceta. Así, por pura curiosidad, porque nunca me atrevía a llamar a nadie.

Pero ese anuncio era diferente. «Fotógrafo amateur busca personas con particularidades físicas para fotografías de arte. Referencias serias».

Me quedé pensando un buen rato qué estaría buscando ese hombre exactamente. De paso, también me pregunté a partir de qué grado la fealdad podía considerarse como una «particularidad física», como algo anormal, monstruoso. Le di vueltas al asunto durante varios días. Me miraba en el espejo. Estaba sana, con buena salud. Tenía un cuerpo largo, vigoroso. Ni siquiera mi cara era verdaderamente horrible. Sólo mi boca tenía algo de chueco, si uno se fijaba, que daba a mi cara algo de asimétrico según los ángulos en que se mirara.

Gente fea hay por todas partes, incluso son la mayoría. Al fin y al cabo, yo no tenía nada extraordinario, nada que fuera absoluto. Nada digno de ser contemplado.

Me decía: si le llamo a este tipo y si acepta fotografiarme, entonces sabré. Por primera vez, quedará fija en la mirada de otros.

Terminé llamando. Por teléfono, el hombre me pareció frío. Me citó sin mucho entusiasmo. Me pareció que sería divertido, no sabía qué significaba hacerlo; no me la creía realmente.

Entendí mucho más tarde; ni siquiera sé si me daba cuenta del sentido de todo aquello cuando ya estaba sentada frente a su objetivo. Las cosas se nublaron en mi cabeza. Kellerman me había escogido porque era fea; sin embargo, me costaba mucho convencerme de ello. Cada sábado, mientras caminaba hacia su taller, me repetía: «No eres nada bonita, Maruca, nada bonita, nada bonita», pero no podía evitar entusiasmarme frente al aparato fotográfico. No había nada que hacer: me sentía bonita.

Ese encuentro debió haberme deprimido, pero al contrario, fue mi salvación. De alguna forma, fue mi primer acto de amor.

Siempre fui fea. Como si fuera el yugo del destino, desde que era niña tuve la íntima convicción de que lo sería siempre. De que, a diferencia de las otras niñas que se trenzaban el cabello con alegría, mi vida sería más áspera, más difícil.

Mi fealdad era trágica.

Hay algo inaprehensible y terrorífico en los niños feos, como un presagio de muerte. La gente siempre creía que estaba enferma. Mucho antes de que mis dientes se deformaran, ya traía sobre mi rostro esa anomalía, esa paradoja del cuerpo juvenil que uno no tiene ganas de abrazar. Porque los adultos no venían a apapacharme. No venían a comerse mi piel cuando les ofrecía mis cachetes. No venían a cosechar mi risa estrujándome la panza o dándome besitos en el cuello.

Yo apenas tenía conciencia de mi propio cuerpo. Mi fealdad todavía era

improbable, estaba reducida al estado de boceto, de presentimiento —y más de una vez he extrañado esos años en que todavía no tenía idea de qué podía ser la belleza—.

Todo se arruinó cuando perdí mis dientes de leche y crecieron los otros en su lugar. Empecé usando un aparato. Un paladar que me pesaba en la boca, que me hacía babear cuando hablaba, que volvía mi lenguaje laborioso. Después, los frenos. Me acuerdo de ese sabor metálico, de esa presión contra mis mandíbulas que me daba migraña. El metal raspaba el interior de mis cachetes. Me hacía sangrar. Por eso evitaba mirarme todas las mañanas en el espejo. Siempre me dolía abrir la boca, tocar mis dientes. Me los lavaba lo mínimo necesario.

Iba regularmente con un ortodoncista en Valenciennes, para que me apretara los frenos. Siempre había que esperar horas en esa sala de espera silenciosa, al lado de algunos adolescentes ingratos acompañados de sus padres. Para pasar el tiempo y deshacerme de la angustia que me invadía siempre antes de las citas, miraba fijamente la pared que estaba frente a mí. Habían colgado como trofeos, expuestas orgullosamente, fotografías de jóvenes clientes a quienes ya les habían retirado el aparato y sonreían satisfechos. Los observaba uno por uno, me perdía en esos retratos triunfales de la juventud.

El dentista me hacía tenderme sobre un sillón de cuero café que me ponía a sudar. Mi piel se pegaba contra el material. Mi nuca y mis manos dejaban marcas húmedas. Mi boca era chiquita y cooperaba con dificultad en esas sesiones de tortura con productos ácidos y rechinidos metálicos. El médico ya no sabía qué hacer. A veces entraban sus asistentes, mujeres jóvenes y rubias vestidas con batas blancas como en las películas, que se inclinaban sobre mí con un insolente perfume parisino. Ponían un gesto irritado al constatar mis estragos.

—Usted no se lava los dientes —decían.

Y cada vez que iba, me soltaban el mismo discurso. Tenía quince años y me seguían explicando, con un esquema para niños, cómo cepillarme, con qué meticulosidad había que pasar el cepillo entre los fierros del aparato, el cuidado que había que dedicarle. Tenía una carpeta amarilla que contenía toda la información sobre mi tratamiento buco-dental, en la que habían subrayado tres veces, como por exceso de rabia, la palabra «cepillado». Me los imaginaba deliberando entre ellos, exasperados por mi caso, yo que era la vergüenza del consultorio, yo y mi sonrisa que nunca podría colgarse en las paredes de la sala de espera, a título de ejemplo.

Tenía dieciséis años cuando decidí suspender todo. Hice una cita especial para la ocasión. Me tendí sobre el sillón de cuero que se arrugaba un poco bajo mi piel. El dentista, que no me quería mucho, se sorprendió de verme ahí. Me preguntó a qué se debía esta visita inesperada.

—Quítemelo todo, por favor.

—¿Perdón?

—Quisiera que me quitara el aparato.

—Pero señorita, su tratamiento está lejos de haber concluido. No puedo quitarle nada todavía, estaría arruinando todos los esfuerzos que usted ha hecho desde el principio.

—No me importa, quítemelo.

Lloré como idiota, y las lágrimas gordas que rodaban por mis cachetes deformaban mis gestos. Lloré, avergonzada de mis sollozos y de la crispación de mi cara, tan pesada, tan vil, avergonzada frente a esas mujeres rubias y descaradas que no entendían nada.

—Se está portando como una niña —decían y me pasaban unos *kleenex*.

Pasó una hora antes de que se resolvieran a ceder. El dentista tomó las pinzas. Sentí los fierros saltar uno por uno y despegarse del esmalte. Le pagué a la secretaria y me fui sin decir palabra. Mientras me alejaba, todos me miraron con una exasperación silenciosa. Creí escuchar tras de mí los suspiros de las mujeres rubias que se burlaban.

Desde entonces, no volví a poner los pies en ese lugar.

Mis padres me tuvieron tarde, cerca de los cuarenta. Cuando nací, sus cuerpos ya estaban cansados. Mi madre tenía arrugas y mi papá problemas de salud. Mi nacimiento había sido arriesgado. Mucho tiempo creí que por eso era fea. Como si mi fealdad fuera una de esas enfermedades genéticas que traen a veces los hijos de viejos. Pero los monstruos engendran monstruos y mi desgracia la había sacado de ellos: me parecía a mis padres, simple y sencillamente. Si se habían casado tarde, fue porque antes de tenerme ellos tampoco habían conocido el amor; les tomó años encontrarse. Mi madre evitaba hablar sobre la forma en que se habían conocido: por un anuncio de periódico. Tenían treinta los dos, mi madre era virgen y mi padre seguramente se había conformado con ir con las putas —es lo que siempre me figuré—. Cuando se conocieron, no hicieron muchas preguntas: se amaron sin hacerse realmente los difíciles. Mi madre tardó mucho en embarazarse. Fui una hija deseada, no sé por qué. No sé cómo no se les ocurrió que probablemente no tendrían un bebé muy bonito.

Me parecía más a mi papá.

Heredé su piel ruda, su mirada vaga, su mandíbula lista para devorar la tierra. Los rasgos de su cara que me asustaban de niña, cuando se divertía haciéndome muecas y jugando al ogro, poco a poco se habían ido grabando en mi propia cara, sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

Aunque mi padre nunca había puesto los pies en una mina, tenía impreso el paisaje de Valenciennes como por una fusión y se había convertido en un ser mineral. Su cuerpo entero parecía haberse impregnado de herrumbre y carbón, como esos semblantes negros de antaño que aparecen en las fotos y parecen haber salido directamente de los infiernos tectónicos. Tenía un cuerpo grandote, que acarreaba

cojeando con cierta fatiga y respirando fuerte.

Cuando yo tenía quince años, papá se cayó. Ochenta y ocho kilos desplomados sobre la hierba húmeda del jardín. Algunas hojas muertas se habían enganchado a su pelo.

Vino la ambulancia y se llevó a papá a urgencias en el hospital de Valenciennes. Había tenido un infarto.

—Vas a ver que se va a reponer, Maruca. En la familia, todos son unos robles.

Eso fue lo que me dijo mi madre en la sala de espera. Me costaba creerle. Siempre había tenido el presentimiento de que ni uno ni el otro iban a vivir mucho tiempo. Ya me parecían tan viejos. Mientras me hablaba suavemente, yo miraba las paredes blancas y pensaba en el corazón de mi padre. Pensaba en ese órgano todo lleno de sangre que trituraban en el cuarto de al lado, en un cuarto prohibido. Los hospitales pintan sus paredes de blanco para esconder el horror que albergan. Para crear la ilusión de que la muerte es eso: algo limpio.

Efectivamente, mi padre se repuso. El médico le aconsejó hacer dieta y dejar el cigarro. Mi padre asintió. Durante años, pareció respetar una higiene de vida.

Sí, se había recobrado, pero durante mucho tiempo aquello me siguió mortificando. Porque nada me era más intolerable que su debilidad. Ver a ese gigante de tierra y roca ceder bajo su propio peso en cuanto regresaba a la casa, con la espalda curva, un poco bruto. Sentía por él una lástima sin igual. Por más enojada que estuviera porque me hizo fea, por más que pasara mi vida evitando cuidadosamente su roce, alimentaba por él un amor de niña chiquita, caprichoso y absoluto.

Profesé una adoración devota por mis padres, prácticamente compasiva. No tenían a nadie salvo a su hija única. Yo misma ya me había ido. Había dejado el Norte, sus minas, su cielo pálido. Trataba de regresar todos los fines de semana. Iba temprano a la estación en esas mañanas lluviosas; tomaba un café en el bistró del norte de París, cosa de impregnarme un poco más del bullicio de la ciudad antes de entrar al tren. El paisaje desfilaría en el mismo orden, con la misma angustia desolada a medida que avanzaba: la tierra oscura, la luz cenicienta, algunas ciudades perdidas al borde de la vía.

Al llegar a Valenciennes, tomaba el camión que llevaba a las afueras, al antiguo barrio minero. Ahí vivían: en una casita bordeada por un jardín que parecía cloaca. Mis padres se pasaban la vida en ese huerto —pero ¿qué clase de hierba quimérica se podría cultivar ahí?—. Todavía tengo esa imagen de ellos: en cuclillas sobre la tierra, como niños jugando, recogiendo raíces muertas. De niña, cuando los veía ocupados en eso, tenía miedo de que el piso de pronto se desmoronara a causa de las minas que hay abajo. Sé muy bien que no es cierto, que aquí la tierra es dura como piedra —pero siempre era igual y todavía hoy tengo esa estúpida ilusión de que en esta región todo es carbón, polvo y derrumbes—.

Después de atravesar el jardín, sus charcos, su lodo negro que ensucia las suelas, finalmente los veía: parados frente a la puerta, esperándome, con una sonrisita torpe.

Me gustaba regresar. Me gustaba reencontrarme con los olores, los ruidos que encierra la casa. En esta región, todos los interiores se parecen. Techos bajos, paredes angostas, pasillos tortuosos —las casas son minúsculos laberintos, castillos irrisorios—. A fuerza de recorrerla de un extremo al otro, entre la cochera y la cocina, mi madre tomó la apariencia de las paredes. Hasta el color del papel pintado parecía haberse fundido con su piel.

Aquí todo es viejo. Todo está muerto. Incluso los rostros de mis padres causan aversión. Mi madre con sus arrugas, como una telaraña en sus mejillas y el cabello de espantapájaros. Mi padre arrastrando los pasos, con su respiración ronca y ese olor a madera y herramientas que trae en la ropa desde que sale del cobertizo. Yo misma siempre he sido vieja. Desde que era niña, todo estaba petrificado, ya no había nada que hacer. Mis muñecas olían a polvo y tenía cabellos de paja. Nunca conocí los perfumes nacarados, los restos de caramelo en la esquina de los labios. Mi cabello nunca olió a jabón, como el de las otras niñas —siempre jugaba en la tierra, como mis padres, siempre estaba sucia, como una niña salvaje—. No olía a azúcar como ellas. Cargaba el olor de la casa, a café y a muebles polvorientos, el olor a viejo de mis padres.

Pero había otra cosa. Esa convicción íntima de pertenecer a ese lugar, de que nuestras fealdades respectivas se habían nutrido una con la otra, desde la raíz. El paisaje había anclado en mí, había abierto sinuosidades profundas, fallas. Cuando era niña, miraba las minas desde mi cuarto: a lo lejos, se veían los pozos abandonados en medio de los campos. Observaba así, durante largos minutos. Fascinada por la idea de esos pasillos cavados bajo tierra que nunca había visto. Había cierta belleza en esa tristeza. Una angustia casi agradable. Me gustaba el Norte, me gustaba esa desolación porque era la mía.

Así eran todos los fines de semana. Siempre me quedaba con mis padres. Tenía pocos amigos ahí. Me quedaba los dos días enteros con ellos, en ese silencio. Eramos una familia autárquica, un círculo autosuficiente. Hablábamos poco, no teníamos mucho que decirnos, pero las cosas estaban bien. Y después, el domingo, por ahí de las cuatro, rompía ese equilibrio. Los dejaba solos otra vez.

Me fui, saliendo del bachillerato. Encontré un cuartito que se rentaba en el quinto distrito de París. Era un edificio viejo, las paredes todavía guardaban olores acumulados de los antiguos inquilinos. Después de instalarme limpié durante dos días. Froté, froté en todas las esquinas, lavé los olores, restregué la luz. Mi nueva vida iba a estar limpia.

En cuanto a mí, yo también quería un cuerpo nuevo, un cuerpo limpio y saneado de todos sus deseos. Me impuse un ritmo. Todos los miércoles en la mañana, a las siete, iba a la alberca municipal. Nadando en esa cisterna cromada, exfoliaba mi piel, lustraba mis músculos como si fueran una materia aparte, una pasta inerte. Me desensibilizaba de todo. Con las orejas escondidas bajo el gorro de baño sintético, los

ruidos exteriores me parecían más ligeros, más irreales, y perdía poco a poco la sensación de mí misma. Cuando emergía del agua, con la piel áspera y las piernas entumecidas, me sentía pura otra vez. Desinfectada.

El día que conocí a Gaëlle, el día de inscripción a la facultad, traía el famoso vestido rojo con volantes. Quedé cautivada por tanta belleza. Que se volviera mi amiga fue algo inesperado: no es que me interesara por ella misma —al fin y al cabo, hubiera podido seguir viviendo mi vida sin ningún amigo—, pero tenía esa esperanza absurda de poder quedarme con un poco del encanto que irradiaba, impregnarme suavemente de él; de que me compartiera un poquito.

Pero, en el fondo, no cambió nada.

Todo empezó a ensuciarse de nuevo: las paredes del departamento, la superficie de mi cuerpo, todo, incluso la luz de París. Aquí o en Valenciennes, mi rostro siempre era el mismo.

Mi obsesión por las minas regresó. Al llegar a la capital, había olvidado que los suelos de aquí también hormigueaban con una vida misteriosa y lúgubre. El metro se volvió mi nuevo infierno.

Nunca antes lo había tomado. Rápidamente, se volvió un hábito, un placer gratuito: meterme en una estación, subirme a un vagón, vagabundear de un punto al otro, teniendo como único paisaje el desfile de paredes negras. Sólo me transportaba así, por lo que no tenía más que una visión subterránea de la ciudad. Atravesaba lugares sin nombre, pasaba barreras invisibles. Arriba de mí, calles, edificios, transeúntes con los que nunca me cruzaría, el tumulto de la superficie de una ciudad. Me gustaba tomar el metro en la mañana. Iba sin rumbo fijo. Seguía a los mendigos o a los músicos que pasan sus vidas entre las estaciones de Clignancourt y Orléans. Trataba de entender, en medio del bullicio de los rieles, esa magnífica orquestación —el desfile de los vagones, el orden de las estaciones, las correspondencias—. Imaginaba en mi cabeza el plano de esas criptas —¿dónde se cruzaban?, ¿se superponían unas con las otras en profundidad? Y ¿cómo habían hecho para cavar todos esos túneles?—.

A veces, el vagón se paraba en seco. Un suicidio. Un pasajero perdido en las vías. Nunca se sabía bien a bien qué había pasado. Si la persona estaba muerta o no. Algunos pasajeros del compartimento se alarmaban, pero la mayoría se quedaban indiferentes, como hastiados. Se decían cosas extrañas, mitos del metro. Corrían rumores de que no todos los atropellados eran suicidas, también había gente enferma en el andén que empujaba a sus víctimas a la llegada del tren, tipos misteriosos de los que ya nadie escuchaba hablar y que apodaban «empujadores». La gente contaba lo que había visto: manchas de sangre sobre las vías, cuerpos cortados en dos que seguían vivos, atorados entre las ruedas, y que expiraban pidiendo un último cigarro o una llamada a alguien cercano. Historias que nadie creía realmente, pero que todos escuchaban con la boca abierta, con una fascinación jubilosa. Después, el vagón reanudaba su marcha en la indiferencia.

Entonces yo regresaba a mi casa y muchas veces, en la noche, pensaba en ellos. Me los imaginaba, a los suicidas cuyo rostro queda en la incertidumbre y que desaparecen sin que nadie sepa realmente cómo. Los veía caminar hasta el extremo del andén, anónimos en medio de la multitud; los veía bajar la escalerita de hierro, al abrigo de las miradas, hasta el límite del cartel «Peligro», penetrar en esa boca negra reservada a los trabajadores y a los grafiteros nocturnos y caminar sobre los rieles para ir a morir.

Las primeras semanas parisinas pasaron así, en el bochorno subterráneo del metro en verano, en el ritmo enloquecido de los vagones. El resto del tiempo lo pasaba en mi cuarto, evacuaba esa presión constante del ruido y del calor —esperaba—. Bruscamente, me enfermé. Me quedé en la cama, miraba la penumbra azul de las paredes, sudaba. Escuchaba los rieles chirriando en mis tímpanos, la tierra estremeciéndose bajo el edificio. Mi cuerpo se endurecía. Poco a poco, sentí cómo la metamorfosis ocurría. Notaba un sabor amargo en la boca. Tenía sueños helados, ya no sentía mi rostro, lo tocaba pero no sentía más que piel, una piel lisa, desprovista de sus huecos, de sus labios, de sus dientes. No era más que una máscara.

Después de eso, las cosas nunca fueron iguales, sentí que mi cuerpo había cambiado, que mi fealdad se había afirmado. Que había alcanzado su paroxismo. Hasta ese momento, habría podido señalar las partes aisladas de mi cara que eran feas: mi desgracia todavía era puntual, todavía estaba reducida a la superficie del cuerpo y de pronto, fue como si hubiera echado raíces. Como si se hubiera despertado por completo. Ahora estaba en todas partes, en cada parcela de mi ser: estaba en mi paso, pesado y servil; en el sudor de mis manos, de mi espalda, de mi nuca después de un esfuerzo; estaba incluso en mis palabras, en la vergüenza de mi lenguaje, en el temblor de mi boca cuando hablaba. Se convirtió en la Otra, en vida dentro de mi vientre, fluyendo en mis venas.

Cada mañana, apenas me atrevía a desnudarme. Pasaba frente al espejo bajando los ojos. Me bañaba, encogida sobre el vinilo: el agua chorreaba sobre mi cabello y me helaba las mejillas. Enjabonaba mi cara. Mi piel era frágil y me ardía, me desgarraba, era como una segunda epidermis sobre mi rostro. Me untaba crema para calmarla. Siempre tenía un sarpullido sobre los labios, la piel irritada, como si me hubiera salido una barba roja alrededor de la boca, una barba que me dolía. Me ponía base para disimular la irritación, pero a veces, durante el día, aquello se despertaba; si un espejo me sorprendía, comprobaba que mi rostro había recobrado su ley primera, su defecto original —la fealdad había tomado la delantera—. La fealdad siempre regresaba a la superficie. Si me parecía encontrar a veces cierto equilibrio en mi rostro, bastaba con que, por un desafortunado juego de espejo, descubriera mi perfil, para que, de nuevo, el orden se desmoronara. No encontraba unidad en mi rostro. La fealdad estaba por todas partes y en ninguna; monstruo variable, cambiaba según los ángulos, fijándose unas veces en la nariz y otras en la boca. Y muchas veces, cuando,

parada en el metro, miraba el reflejo frente a mí, me tardaba algunos segundos antes de decirme: «Es el tuyo, Maruca». Después de la sorpresa, ligera, como si hubiera olvidado que no era bonita, necesitaba tiempo para reunir todos los elementos, verlos en su globalidad.

Pero la fealdad, el asco que uno inspira, siempre es improbable mientras no haya nadie más que lo confirme. Todavía se encuentra en estado de duda, casi hipócrita. A veces, para tranquilizarme, me decía que, después de todo, tal vez la única en ver un monstruo en mí era yo. Siempre dejaba el asunto en suspenso, como algo ilusorio. Nunca había pedido la opinión de nadie. Sin embargo lo sentía, les repugnaba a los demás. Era evidente, yo no era idiota. Lo había visto en la exasperación de las jóvenes asistentes del ortodoncista, cuando se inclinaban sobre mí. También lo veía regularmente cuando iba a la peluquería. Nunca sabía qué hacer con mi cabeza. Hojeaba las revistas durante horas. Le decía a la peluquera: «Hágame esto», señalando la foto de una modelo rubia de boca golosa. La señora, chiquita y animosa, parecía un poco incómoda. Palpaba un momento mi pelambreira.

—Puedo intentarlo, pero no le garantizo nada. No tienen la misma forma de cara.

Yo me alzaba de hombros, ya veríamos. Me dejaba hacer. Sentía el contacto de las tijeras contra mis orejas. El cuello áspero de la bata me apretaba la nuca y se me pegaba, me daba calor y poco a poco la vergüenza se apoderaba de mí, mientras el cabello cortado se deslizaba contra mis omóplatos, dándome una ligera comezón.

—No lo había pedido tan corto —decía, a punto de gritar, y casi lloraba, me sofocaba.

Tenía los cachetes rojos, ¿de calor, por la secadora, o de humillación? La peluquera se irritaba. Era demasiado tarde. El cabello había sido cortado. Los restos yacían sobre las baldosas, como insectos negros.

A la larga, me terminé cortando el cabello yo misma. Me lo dejaba largo y pesado, y lo despuntaba como una salvaje, con tijeras. Las hundía en mis mechas, y cortaba brutalmente, por amplias oleadas. Sin temblar.

«Este es tu cuerpo, Maruca. Este es tu cuerpo», me decía, y la revuelta subía por mi garganta.

Cada mañana hubiera podido mutilarme la cara, de tanta vergüenza que me daba —y sin embargo, sin embargo había ahí algo de voluptuosidad—. Un narcisismo incomprensible, en el que me complacía hasta el final. Me gustaba mi fealdad. La adoraba tanto como la maldecía. A veces me daba por pararme desnuda frente al espejo y mirarme. Me burlaba de ella. Me reía. Me reía de su torpe desnudez, de la mueca que hacía al sollozar. Y después me detenía, apagaba la luz y le hablaba suavemente. Secaba sus lágrimas, tomaba en mis brazos ese rostro un poco grotesco. Alaciaba sus cabellos con mis dedos, largamente, para calmarla.

—No es cierto, Maruca. No es cierto, eres bonita.

III

Esa mañana estaba sentado en la terraza de la Rotonda, y tenía muchísimo calor. No había hecho tanto calor en París desde julio; ese sol como alquitrán era infernal. No sé si era por eso, por el calor, o si era por la humareda sobre la avenida, o tal vez por el sabor amargo de la cerveza, pero de pronto la vida había cobrado un regusto a veneno. Estaba esperando a Maruca en pleno sol, con los labios pastosos, y hormigas en el vientre. Agarré una servilleta, maquinalmente, y me puse a garabatear. Dibujé su rostro. Algunos trazos torpes, una boca chueca, muy caricatural. Nunca había aprendido a sujetar una pluma.

La última vez que la había visto, tres semanas antes, me había anunciado que se iría a la provincia durante las vacaciones. Me había escupido, al final de la sesión:

—Por cierto, me voy de París algún tiempo. Regreso a finales de mes, lo mantendré al corriente.

Asentí tontamente, tomado por sorpresa y, paralizado, la oí cerrar la puerta y alejarse con sus tacones resonando por la escalera.

Fui yo el que la terminó llamando. El último día del mes. Ya no aguantaba.

—¿Cuándo estará de regreso?

—Ah, sí, regresé hace unos días.

—Muy bien. En ese caso, me gustaría que nos viéramos lo antes posible. Mañana, por ejemplo. Cita en la Rotonda. A la una, ¿le parece bien?

Y ahora estaba ahí, esperando su aparición, como cuando uno espera, en una película, el momento crucial del asesinato, después de un largo suspenso. Y, efectivamente, cuando salió de la boca del metro, con su largo vestido rojo derramado sobre el cuerpo como sangre, sentí un desgarre. Como si, después de todo este suplicio, ella tuviera que acabar conmigo. De un sólo movimiento, escondí la servilleta: la arrugué muy fuerte en mis manos sudorosas.

Ahora Maruca estaba muy cerca de mí. No sé por qué su cuerpo me parecía tan real, por qué sentía su presencia con más fuerza que la de las otras personas. Normalmente, el contacto con los otros me parecía tan efímero... Incluso me parecía tenue la conciencia de mi propio cuerpo. Y ella rebosaba de vida. Todo su ser se proyectaba hacia mí, era un llamado sin fin, una invitación a tocarlo para aliviarme. Tal vez fue ese día, en esa avenida tan calurosa, con Maruca sentada frente a mí, cuando sentí por primera vez el deseo mezclarse con la repulsión.

Metió la mano en la bolsa y sacó una pinza para el pelo, que sujetó con los dientes mientras se echaba el cabello hacia atrás. Me pareció que la maniobra duraba una eternidad. El cabello no se quedaba en su lugar. Y mientras Maruca se hacía ese peinado apresurado, sus dientes sujetaban la pinza con firmeza y yo miraba fijamente su boca, como hipnotizado por la fuerza de esa mordida.

—Mire. Hay algo que siempre les pido a mis modelos cuando empezamos a conocernos mejor. Nosotros ya llevamos un buen rato trabajando juntos y creo que

ha llegado el momento de comentarlo con usted.

Terminó por quitarse la pinza de la boca, con un suspiro de irritación, como desanimada por el fracaso de sus esfuerzos. Y, sin voltear a verme, jugó todavía un instante con el pequeño utensilio.

—Me gustaría que posara desnuda para mí.

—...

—No está obligada a aceptar. Le dejo tiempo para pensarlo. No tenemos prisa.

—No, no, está bien —dijo muy rápido, masticando las palabras como siempre que estaba nerviosa.

Después soltó la pinza, con un gesto despiadado.

Cuando se fue, algunos minutos más tarde, después de haber fijado la próxima cita en el taller, pude relajar mis manos bajo la mesa. No quedaba gran cosa del retrato de Maruca. Sin darme cuenta, había despedazado la servilleta.

Vino el sábado siguiente, como habíamos acordado.

Le dije que podía desvestirse atrás del viejo biombo que tenía en el cobertizo. Fui a buscarlo. Lo desdoblé frente a ella, en una esquina del cuarto. El papel se estremeció un poco, cuando ella se metió.

Se tardó en desvestirse. Escuché el roce del vestido deslizándose contra sus piernas. Su sombra creció sobre la pared. Apareció.

Hacía un calor sucio. Imaginé el sabor un poco salobre de su piel en la lengua. Maruca se instaló frente a mí, alargada en el sillón. Cruzó las piernas y escondió su sexo con las manos, temblando un poco. Percibí un olor suave y amargo, un poco sórdido —y entendí que todo el aroma de su cuerpo era una prolongación de aquél, del olor de su sexo; todo venía de ahí—.

Podía ver cómo temblaba a pesar de la temperatura. Tal vez tenía miedo. Tal vez estaba revelando su cuerpo a un hombre por primera vez. No obstante, se había desnudado con un consentimiento jubiloso. De hecho había tomado una pose dramática, como esas actrices de tragedia baratas que fingen importancia con cierto placer. Tenía un aire solemne. Como si su desnudez encerrara un absoluto y mi mirada sobre ella tuviera algo de sacrílego.

Y, de hecho, era un poco el caso.

Mis manos también temblaban. Habíamos cerrado las persianas, pero el sol se filtraba. Una luz gris salpicaba las paredes. La cabeza me punzaba. Me dolía el estómago. Mi lengua se pegaba contra mi paladar. Me aguantaba la repulsión. Y, frente a mis ojos, la blancura incongruente de su cuerpo tenía en mí el efecto de una mordedura; como alcanzado por el veneno, me quedé inmóvil algunos segundos, con los sentidos nublados.

Entonces entendí qué era tan monstruoso en ella: mientras que había mirado a los otros modelos como cuerpos clínicos, el suyo era el cuerpo camal por excelencia, el cuerpo viviente. He ahí que era obsceno, ese día, en su desnudez.

—¿No va a tomar su aparato?

Su voz resonó como algo irreal.

—Cambie de opinión.

Tomé una hoja y un carboncillo que andaban bailando en un cajón viejo. Fue un gesto espontáneo; cuando toqué ese soporte nuevo, extraño, me di cuenta de que ni siquiera podía dibujar, de que frente a ella mis manos eran estúpidas. El carbón rechinó sobre el papel y me ensució los dedos. Las palmas de mis manos sudaban, el negro se mezclaba con el sudor. Dejaba marcas, era torpe. Rasgué el bosquejo y volví a empezar.

Ese día volví a empezar diez veces, diez veces mis manos trazaron el rostro de Maruca, su boca, su violencia. El trabajo era malo. Algo faltaba en esas líneas, tan propias. No había logrado sacar el dolor profundo en mí —seguía ahí, caliente, listo para estrangularme—.

Le pedí que se vistiera. Regresó atrás del biombo con un airecito satisfecho. Yo temía que hubiera adivinado mi turbación. Tenía vergüenza, mis labios estaban secos y tenía sed, una sed terrible, tan árida y salada como el cuerpo de Maruca. Quería que se fuera, que desapareciera para siempre, que nunca se hubiera desnudado. Ya no podía olvidar el olor de esa piel. Veía su sombra tras el biombo. Su cuerpecito lleno de exultación, inconsciente de su poder, tan orgulloso de ser una mujer. Maruca se ponía su vestido con una lentitud exasperante, la hacía rodar contra sus caderas, volvía a peinarse. Sabía que, del otro lado del papel, yo la miraba en silencio.

Algo se había roto.

Después de eso, ninguno de los dos preguntó por qué. Por qué ella había accedido a desvestirse sin ningún pudor frente al hombre que era yo, como una desesperada. Por qué yo, conteniendo mi repulsión, también había accedido y sobre todo por qué había sentido la necesidad incomprensible de cambiar de soporte, de tocar el carbón y el papel, y dibujarla, como para reducir la distancia entre los dos. Ya no bastaba con fotografiarla. Frente a su cuerpo, de pronto tan puro, había necesitado actuar. Crearla a mi vez, hacerla mía por completo.

Después de aquel día, siguió viniendo cada semana y ahora con más fervor. Siempre se desvestía, feliz de mostrarme sus piernas chiquitas y sus senos chiquitos, siempre falsamente intimidada. Sin duda creía que yo lo hacía por placer —porque mis bocetos, por su parte, seguían estériles—.

Dibujarla se había vuelto una obsesión, incluso una necesidad física, un impulso frenético de la mano. Garabateaba centenares de bocas, ojos, rostros, sobre pedazos de papel, en la esquina de un margen. Lo esbozaba maquinalmente, a trompicones. Me obligaba a violentarme. La rapidez del trazo determinaría la justeza del retrato. Para representar la fealdad, las líneas tenían que ser feas a su vez, desquiciadas, como la sonrisa de Maruca, sucias. Así que me apoyaba con todas mis fuerzas, aplastaba la mina aceitosa de mis lápices; ensuciaba el papel con trazos negros,

carbonosos. Me llenaba los dedos de colores pastosos y helados, la pintura corría por mi brazo siguiendo la línea de mis venas. Me lanzaba con las manos desnudas. Garabateaba, como los niños, con un gesto feroz, sin saber muy bien qué estaba haciendo y algunas veces, entre el bullicio risueño de líneas, entreveía finalmente su rostro y su risa, su risa que se burlaba de mí.

Cada sábado esperaba la llegada de Maruca con la misma angustia. Los gestos se sucedían. El golpeteo de los postigos, la luz que se infiltraba; el ruido de su vestido al deslizarse. Durante esos minutos que precedían al esbozo del primer trazo, la repulsión en mí parecía llevada al extremo, lista para ser escupida sobre la hoja, para vaciarme por completo. Intentaba inútilmente relajar los músculos de la mano, desatar los nervios al fondo de mi vientre. Estaba listo para entrar en trance, para extraer de mi aversión todo lo que me quedaba de fuerza y vida para hacer de ella una obra de arte.

Sin embargo, no lograba nada. Ninguna pintura era buena. Mis líneas eran demasiado apacibles. Y cuando finalmente quedaba agotado, cuando le decía a Maruca que ya podía vestirse, sabía que el mal seguía ahí, en el borde de mi garganta, y que todavía rugía, como una bestia.

La calle Péguy, en el barrio de Montparnasse, forma un diminuto ángulo recto entre el bulevar y la calle Stanislas. En el sexto piso del número tres, Joachim Kellerman acondicionó, entre cuartos de estudiantes, lo que llamaba su «taller», de forma un poco romántica a decir verdad; en realidad no era más que un cuarto de veinte metros cuadrados prácticamente vacío, con una cocinita en un rincón y, en lugar de baño, un cuarto oscuro amateur.

Yo llegué todos los sábados entre la una y las tres de la tarde. Salgo de la librería a las once. Arístides, el administrador, me observa alejarme con sus ojos redondos, un poco ofendido. Lo dejo con sus libros y su polvo, y me voy haciendo tintinear detrás de mí la campanita de la entrada. Reservo dos horas para prepararme. Es estúpido. Siempre termino antes. Cuando acabo de bañarme y de maquillarme y miro el reloj, todavía falta una hora para la cita, para el instante en que estaré frente a su puerta a punto de tocar. Una hora es interminable, y más con este calor —es como si el tiempo se dilatara—. Entonces, siento cómo el vértigo trepa por mi vientre. Cierro los postigos, me alargo sobre mi cama, tiesa como un muerto, y espero. De niña lo hacía mucho, para sentir cómo trepaba en mí la angustia de la vida, como frente a una fosa. Me había quedado así tardes enteras, escuchando desde mi cuarto los coches de la carretera que pasaban con un ruido de deslizamiento improbable. Y era casi tétrico escucharlos alejarse y desaparecer en la lluvia para no regresar nunca.

Odio mi cuerpo, tal vez por eso siempre intento que desaparezca. No soporto el olor que libera mi piel. Así que lo disfrazo, lo ahogo en un aura de perfume y de

vainilla sintética. Paso una hora en la regadera, restriego la piel de mis muñecas hasta limar la epidermis; hiero mi cuerpo para dejar de sentir que existe. Y cuando me alejo finalmente de la calle Feuillantines, a las doce y media, caminando con torpeza sobre mis tacones altos, estoy lista para jugar el rol de una imagen sobre un lienzo de papel.

Pero todo se arruina con la luz del sol. Nunca logro conservar esa perfección escultural. En cuanto el aire exterior toca un poro de mi piel, ésta se estropea como una fruta.

El problema, ese verano, fue el calor. Un calor mordiente, que ya ni siquiera era calor, sino una migraña perpetua. En el metro, la canícula empeoraba. Bajo los rieles, incluso el balastro parecía derretirse. Todo el esfuerzo por embellecerme y dulcificarme se volvía vano. La vida exterior me recordaba que tenía un cuerpo. Mi maquillaje no aguantaba. El aire de París arrastraba hacia mí su olor a humedad y mi perfume se descomponía. Al llegar a la puerta del taller, siempre estaba empapada de sudor y jadeando —porque ni siquiera había elevador y para llegar al sexto piso había que subir unas escaleras tortuosas, de esas que huelen a moho—. Tocaba tres veces. La puerta se abría, y aparecía el rostro de Joachim.

—Buenas tardes, decía.

Y así era como todo comenzaba, siempre.

Me pedía que tomara asiento. Siempre abría nuestras sesiones con esa frase, después de dejarme entrar. Yo obedecía. No sabía muy bien qué más hacer. Miraba. Él se ponía a hacer quién sabe qué, siempre se tardaba muchísimo en preparar todo. Mis ojos recorrían las paredes blancas, el desorden, los papeles amontonados sobre las mesas. Botes con tufo a petróleo revelaban colores cálidos y cafés como la tierra. Pigmentos agrietados, pinceles desecados que se enmohecían a la luz del sol. El olor a aceite, a polvo, a acrílico y a carbón me mareaba un poco. Respiraba la emanación de aquellos materiales como si fuera un incienso, una sustancia dulce y tóxica a la vez. Esperaba.

Al cabo de algunos minutos, Joachim volteaba y me decía (sus palabras eran siempre las mismas, era ridículo): «Ya estoy listo», lo que quería decir: «Ya te puedes desnudar». Lo hacía. Nunca entendí por qué esperaba hasta entonces para darme la autorización —podría desvestirme mientras él se preparaba, dándome la espalda—. Tampoco sé por qué yo, a mi vez, esperaba esa autorización. Qué idiotez. Por un instante, al principio, pensé que el fotógrafo aprovechaba ese momento para ver mi sombra tras las hojas del biombo. Me gustaba esa idea. Siempre me quitaba la ropa imaginando su mirada posada en mí. Mientras extendía mi vestido y lo doblaba lentamente sobre la silla que estaba a mi lado, él ponía un disco. Siempre era el mismo. *La Forza del destino*, de Verdi. Era el único que tenía, creo. Retumbaban las primeras notas, primero dulces, y cuando llegaba la voz de María Callas, me mordía los labios para aguantar una risa loca. Esa música tenía algo de aberrante. Imaginaba tener que aparecer frente al artista con mi desnudez grotesca y el fondo sonoro de la

voz ampulosa de la diva: me tardaba siempre algunos segundos en hacer una abstracción del carácter cómico de la situación. Después salía e iba a sentarme con los ojos bajos; la ceremonia podía comenzar.

La primera vez que Joachim se acercó a mí esa tarde en el Luxemburgo, el sol de la tarde cortaba su silueta como un cuchillo, a contraluz. Tal vez fue a causa de la alergia, del polen en mis ojos; o tal vez a causa del olor de los tenistas todavía circulando en mis venas y de que ya me había enamorado de ellos y de sus cuerpos, pero en ese preciso instante su presencia me había irritado y me había arrepentido de todo, todo el teatro para verlo, de aquel capricho porque me contratara y me tomara una foto. Por un segundo, deseé que no me reconociera, que se diera la vuelta y me dejara ahí, inmóvil sobre la banca, dentro de mi capullo de alergia.

Joachim no tenía mucho que ver con los muchachos de la cancha de tenis. La caída era casi amarga. Le calculé cuarenta años por sus cabellos apagados y su piel cansada: cuarenta años es un poco la edad que se le adjudica a los que no parecen tener edad. No podría asegurar que fuera guapo. Creo que no. Para ser hombre, era bastante bajito, y no demasiado viril. Sentí como decepción al darle la mano, yo que todavía estaba repleta de imágenes de juventud y de belleza. Después me propuso ir a tomar algo y me estuvo observando, con una mirada menos de contemplación que de escrutinio clínico.

—¿Usted a qué se dedica? —pregunté para romper el silencio, esperando devolverle un poco de vida a ese individuo glacial.

Me respondió que, aparte de las fotografías, daba cursos en la facultad.

—¿Ah sí? Qué interesante, ¿de qué materia?

Filosofía. Estaba preparando una tesis de Estética. Esa fue aproximadamente toda la información que pude sacarle aquella tarde.

No me dijo mucho más durante nuestros siguientes encuentros. Joachim no era muy elocuente. Sentado atrás de su caballete, vestido con una camisa sucia demasiado grande para su pequeña complexión, no me ofrecía más que la vista de su cabello cepillado, cuyo olor a loción anti-caída llegaba hasta mí. Yo, alargada sobre el sillón, no tenía otra cosa que hacer más que verlo pintar. Se había vuelto una paradoja, porque él, de su lado, casi nunca levantaba la cabeza hacia mí. Le bastaba con apenas una ojeada; después se sumergía en la tela, olvidando el modelo que tenía enfrente. No había comunicación entre él y yo. Una vez terminada la sesión, me iba. Siempre olvidaba su rostro. No sé por qué. El resto de la semana casi no pensaba en él y cuando lo hacía no me venía a la cabeza más que el olor de su loción —un perfume para hombre, igual que todos, fuerte, boscoso, que disfrazaba el olor bruto de la piel—. Inversamente a los muchachos que huelen a sudor hasta el aturdimiento, Joachim no inspiraba ningún apetito. Y a pesar de la relación que debía unirnos uno con el otro —él, pintor; yo, cuerpo—, él fue siempre un extraño para mí.

A pesar de todo, había algo de erótico en todo aquello, en esas sesiones de pose que no terminaban y que no desembocaban en nada; a pesar del aire que el calor y las emanaciones de la pintura volvían asfixiante, a pesar del dolor y los calambres que me daban por quedarme dos horas así, sin poder moverme, con las piernas entumecidas; y a pesar de esa música idiota que me rompía los oídos y me daba ganas de reír en la solemnidad del momento.

Los silencios y las miradas fugaces sugerían que Joachim no tenía ningún interés en mí, pero algo extraño pasaba cuando se ponía a pintar: el pudor se quebraba. Yo observaba el *crescendo* de sus gestos, la lenta ascensión de la violencia. Primero, la pasta se deslizaba suavemente por el papel, pero después aquello se aceleraba, el carbón rechinaba, el pincel golpeaba contra la tela. A veces, el caballete temblaba. Joachim se lanzaba con las manos desnudas, sus dedos mezclaban los colores, rascaban la materia, la palma y el papel se volvían uno solo. El contacto de sus uñas rasgando la tela me daba vértigo. Parecía un arañazo en mi propia piel.

Entonces, podía percibir cierto amor entre los dos, un abrazo a cinco metros el uno del otro. Cuando Joachim tocaba la tela, era un poco como si me tocara a mí, y cuando la golpeaba también era como una violencia que yo recibía. Esperaba a que terminara, con los músculos crispados. Estaba adolorida. No sólo por los calambres, sino por esa rabia que él vertía en la tela y que me alcanzaba, que mi cuerpo sentía. Terminaba agotada, como los jóvenes amantes con agujetas después de una noche de amor. Y es cierto que, de alguna forma, Joachim me hacía el amor a través de su papel.

Y de pronto se rendía, abandonaba todo: los pinceles, los colores, la violencia. Durante algunos segundos, se quedaba inmóvil. Después, levantaba la cabeza y sus ojos rojos se cruzaban con los míos. De pronto, su mirada era diferente, como si retomara la conciencia de mi presencia en el cuarto, de esa música absurda que todavía daba vueltas en el estéreo y de mi desnudez incongruente. Entonces balbuceaba algunas palabras, mientras se levantaba y me daba la espalda. Yo me levantaba a mi vez e iba a refugiarme rápidamente tras el biombo. Nos dábamos la mano y me iba, de prisa para no molestarlo, y todo era como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera habido nunca alguna forma de amor entre él y yo. Seguíamos siendo extraños, personas que no tienen nada que hacer juntas. Yo no servía más que para satisfacer algo en él, estaba ahí, resignada, y él se desahogaba, sobre la tela o sobre mí, daba un poco lo mismo. Entonces sí, en eso, era más que un modelo para él, era incluso me volvía su objeto.

Aquello duró dos meses. Dos meses durante los cuales olvidé que tenía un cuerpo.

Cuando llegaba a su casa y me dirigía al biombo, había siempre un momento de angustia en la idea de desnudarme, como si fuera una especie de sacrificio. Y además,

nunca nada era perfecto, nunca tan liso y limpio como me hubiera gustado. Una vez que estaba desnuda tras el biombo, constataba el estrago de mis piernas, llenas de impurezas: me salían granos en la piel de las pantorrillas, pequeñas escamas que se veían cuando mi piel se ponía de gallina y que habían sangrado bajo las hojas de la rasuradora. Antes de salir, me miraba una última vez. El problema, la anomalía, estaba en el sexo, esa mancha negra en plena mitad de mi cuerpo blanco, como un rostro barbudo y socarrón en la intersección de mis muslos.

Y después, cuando Joachim empezaba a pintar, olvidaba que estaba desnuda. Olvidaba los surcos de sudor en mi espalda y las cicatrices sobre mis piernas. Mis músculos se fijaban en su anquilosamiento: me volvía una piedra, una estatua. El dolor de mis calambres me anesthesiaba. Ya no sentía mi cuerpo. La sangre había dejado de correr por mis venas. Mi boca se había cerrado suavemente para dejar de respirar, estaba en estado de apnea. Desde ese momento, estaba seca y helada, lívida como una roca. Mi cuerpo se había vuelto una plasta. Era la pintura de Joachim, el papel inerte bajo sus dedos, la tela agrietada de nervaduras.

Sacrificaba mi cuerpo por ese ideal que estaba prohibido tocar, hacía de él una fantasía de sueño e inmovilidad.

En la tarde, saliendo del edificio, la vida regresaba a mí lentamente, pero ya no tenía el mismo sabor. El sol me tocaba. En vez de ser una quemadura, se había convertido en un aliado, salpicaba mi cuerpo y sólo me iluminaba a mí. En la calle, se escuchaban mis tacones. Los volantes de mi vestido me rozaban la piel, a través de la tela se adivinaban mis piernas, y yo me reía en secreto. Pasaba por la calle sin tocar a la gente, volando a través de ella, y finalmente comprendía lo que debía ser la belleza. No esas bellezas dulces como la de Gaëlle, esas delicias efímeras, no. Era más que eso, en esos momentos. Era todo lo que los otros no serían jamás: una obra de arte.

Joachim nunca me mostraba su trabajo.

Decía que era la regla. Una especie de contrato implícito que establecía con el modelo desde el primer encuentro: la persona y su imagen nunca debían estar en contacto. Imaginé que tenía algo que esconder, algo absoluto, más terrible que una blasfemia —como si ese cara a cara fuera a desencadenar consecuencias desastrosas—. Las pinturas de Joachim encerraban tal vez alguna magia.

Sus precauciones para guardar la cosa en secreto se habían vuelto ridículas. Al final de cada sesión, mientras yo me vestía tras el biombo, disimulaba el trabajo del día bajo una especie de trapo. Normalmente, antes de irme, echaba una última mirada irónica sobre el cuadro prohibido. Ese trapo puesto con descuido sobre la tela le daba al objeto una dimensión casi sagrada. No tenía ninguna pista sobre el trabajo de Joachim. Ni siquiera sabía si, desde que empezó, había pintado varios retratos o si era siempre el mismo, siempre inconcluso, que volvía a empezar una y otra vez.

A veces me sentía indignada, traicionada por su pudor, yo que cada semana le

revelaba mi cuerpo, yo que le daba todo.

Pero, un día, el pacto se rompió.

En todo momento trágico hay un detalle incoherente: esa tarde fue la lluvia. Hacía dos meses que no llovía tan fuerte. Me estaba congelando, así que Joachim prendió la calefacción. Mi cabello seguía mojado. Cada cierto tiempo, una gotita helada, casi filosa, caía inopinadamente sobre mis senos. Cuando la gota me tocaba me dolía un poco.

Fue un accidente, una torpeza. Ese día, Joachim golpeó tanto la tela que el caballete vaciló. El cuadro cayó al suelo.

Aquello duró cinco segundos. Apenas dio tiempo de que algunos colores y formas se grabaran, sin coherencia, en mi cerebro. Joachim se paró y levantó el cuadro apresuradamente. Acomodó el caballete, la paleta, los instrumentos.

El daño estaba hecho.

Me dijo tranquilamente que la sesión había terminado por hoy, que no estaba llegando a nada. Parecía agotado, de pronto un poco ridículo —tenía el pantalón salpicado de pintura—, un poco patético, como si él también estuviera desnudo. Me disponía a vestirme cuando me dijo:

—¿Le gustó? ¿Le parece logrado?

En ese momento me di cuenta de que era la primera vez que me dirigía la palabra. La primera vez que se dignaba a hablarme sin repetir fórmulas hechas, vacías y mecánicas.

Respondí que no había visto bien, por la precipitación. Me dijo que podía acercarme y mirar otra vez. Me levanté del sillón. Seguía desnuda, el cabello me congelaba la espalda. Me di cuenta de que mi cuerpo desnudo y el sillón llevaban prácticamente dos meses sin separarse, que juntos habían terminado por formar un sólo material, una entidad. Pararme, caminar, acercarme a él —todos esos movimientos tenían algo de anormal—. Joachim retrocedió.

Era una tela mediana, gruesa, agrietada —me hubiera gustado tocarla—. El retrato ocupaba todo el espacio. Digo «retrato», pero no sé qué era exactamente. No tenía forma humana. No eran más que manchas, líneas entremezcladas. Azul, gris, café. Las capas se superponían, el relieve era desigual. En dos puntos la superficie del cuadro estaba desgarrada. Dos llagas abrían la tela, la figura estaba dislocada, como si el horror del cuadro naciera ahí y Joachim hubiera tratado de desollarlo.

Dije:

—¿Así me ve?

No respondió. Sólo preguntó, una vez más, si me gustaba.

—No sé.

Como tenía frío y mi desnudez me incomodaba, me escondí la entepierna con las manos, aunque fuera una idiotez porque Joachim ya había visto todo, no añadí nada más y me vestí tras el biombo. Me despedí y él cerró la sesión con un: «Hasta la

semana próxima», como siempre. Salí. Mis piernas temblaban; cuando bajé me pareció que esa tarde las escaleras de madera tenían algo criminal.

Tal vez fue porque seguía lloviendo cuando salí y no había sol para cosquillar mi piel; tal vez fue porque la gente, bajo los paraguas, se había vuelto hostil otra vez. Pero no me sentí bonita.

La euforia había desaparecido junto con el espejismo. Sobre la tela, Joachim había plasmado lo que yo había estado tratando de olvidar todo este tiempo: mi fealdad. Pero el anuncio había dejado muy claro que buscaba gente con particularidades físicas. Yo lo había sabido desde el principio. Era nuestro pacto. Lo olvidé. Pensé que él también, con el tiempo, había terminado por olvidarlo.

Soy fea. Y si Joachim me pinta es porque soy fea. Mi cuerpo lo hace temblar de vergüenza. Es por eso que se arroja sobre la tela con las manos desnudas como un loco, es por eso que, desesperado, tomó la tela y la desgarró.

Entonces no, Joachim no me quiere. Está ahí, haciendo un icono de mí, pero no me quiere. Porque no soy bonita. Mi cuerpo es liso y tierno, pero mi rostro es ingrato. Hay personas, como Gaëlle, que son celebraciones de la vida en sí mismas. Si los poetas y los pintores se han inspirado en ellas a través de los siglos, lo han hecho en un afán perpetuo de reproducción: todo el arte está ahí, contenido en ellas, se basta a sí mismo. Yo no soy un buen modelo. Y menos una obra de arte. Cuando Joachim toma su pincel, no me pinta a mí, expresa su rabia. Yo no hago más que excitar su violencia. No estoy ahí más que para eso. Sigo siendo la misma, sigo siendo un cuerpo. A fin de cuentas, cuando me levanto del sillón para vestirme y me alejo del taller con mis tacones retumbando por el pasillo, no queda de mí más que una imagen sobre el papel, desposeída de modelo para siempre. Entonces vuelvo a ser yo, Maruca la tonta, Maruca la fea.

IV

En septiembre tomé el tren hasta Asnières por última vez; también fue la última vez que vi a Emanuelle.

Me esperó al fondo de ese bistró que está cerca de la estación, como solía hacerlo cada tarde de sábado. Era un lugar que le gustaba y supongo que a mí también me parecía agradable. El mesero, llamado Patrick, un quincuagenario barrigón vestido con su uniforme sempiterno de mozo de café, había terminado por reconocernos y bromeaba con nosotros cada vez que íbamos. Emanuelle vivía en el piso de arriba. El edificio, de una tristeza típicamente suburbana, daba sobre las vías y sobre las paredes de ladrillos de las construcciones de enfrente. Ahí ella se había comprado un viejo departamento, cuyos ruidos y olores todavía evocaban la presencia de la propietaria anterior, una mujer mayor. Después de cenar en medio del alboroto del bistró y beber nuestro café a toda prisa, subíamos a su casa. Yo me iba a la mañana siguiente. Los besos de Emanuelle tenían un ligero gusto a croissant. La dejaba en el umbral de la puerta. Cuando levantaba los talones para besarme, el parquet rechinaba ligeramente. Después retomaba el tren a París en ese ambiente intemporal de domingo de suburbio.

Emanuelle tenía treinta años. Trabajaba de secretaria en la facultad. La había conocido un año antes en un pasillo, bebía café sentada sobre una banca y le hablé. Al hacerlo, presentí el sabor de su piel, y cuando me llevó a su casa por primera vez, un mes después, la promesa se confirmó. Llevaba siete meses en mi vida. Todo era dulzura. Cada fin de semana me escapaba con ella a ese pequeño universo de suburbio, probaba una y otra vez su piel de mujer, un poco blanda al tacto, con olor a vainilla, cigarro y vino.

—¿Cómo van tus investigaciones?, me preguntó ese día.

No habíamos hablado mucho durante la comida.

No escuché bien por el alboroto de atrás. Me lo repitió.

—¿Tu investigación? ¿Cómo vas con tu nuevo modelo?

—¿Hm? Bien.

Casi no había tocado su ensalada. Sentía su mirada sobre mí, mientras yo miraba mi plato fijamente. Un entrecot. La carne se sentía un poco correosa bajo los molares. La mastiqué lentamente.

Subimos a la casa. Tenía muchas ganas de hacer el amor y esa tarde lo hice mal, casi brutalmente. Emanuelle no dijo nada, se dejó hacer en silencio. Después, me dormí, no sé cuándo con exactitud, tal vez ni siquiera había terminado. Cuando desperté, algunas horas más tarde, encontré a Emanuelle en el baño, bajo la luz neón, desinfectándose. Sin darme cuenta, había mordido su labio inferior con demasiada fuerza. Lo había hecho sangrar un poco.

No me quedé. Cuando todo terminó la dejé ahí y tomé un taxi. Volví a pensar en ella después cuando, al inicio del semestre siguiente, me enteré de que había

renunciado. En ese momento me pareció olvidar todo lo que me había atraído de ella en el pasado. Había olvidado desde hacía tiempo el contorno de su rostro y el sabor a mantequilla de su boca en la mañana; todo en ella se había vuelto tan inconsistente como un fantasma.

Sin embargo, había amado a las mujeres. Había amado sus roces, ligeros, a flor de piel; sus suspiros cuando hacían el amor. Me gustaba acariciarlas, sin precipitación, esperar que su deseo subiera lentamente, como una flor que se abre.

Poco a poco, su belleza terminó por serme indiferente, por parecerme vacía de sentido. Pronto, me exasperó.

A la salida de la universidad observaba a las muchachas en la calle, muchachas de veinte años como Maruca, jóvenes ninfas de largos cabellos, y execraba su insipidez. Maldecía a las mujeres de belleza indignante; maldecía sus largas piernas desnudas en contacto con las mías, la curva de sus riñones, sus matrices hambrientas. Soñaba con pieles duras y fibrosas, con pieles de gis; quería dientes, dientes.

«Eres un autista de los sentimientos», me dijo un día una mujer. Y era cierto, siempre había amado a la gente como en automático.

El problema, el fallo, a decir verdad, es que mi primer sobresalto de deseo por una mujer resultó nacer del asco.

Al fin y al cabo, no sabía mucho sobre Maruca. ¿Quién era, cuando, después de vestirse, hacía resonar sus tacones por el pasillo? Poco a poco, me iba convenciendo de que era distinta de la imagen de un monstruo fijada sobre un pedazo de papel; de que el monstruo real, que palpitaba en ella, era todavía peor de lo que yo podía imaginar.

Por más tonta que fuera, Maruca irradiaba sensualidad. «Sensualidad» no es el término exacto; a decir verdad, era más como una especie de obscenidad inconsciente, algo repugnante. Cuando el calor del sexto piso la hacía transpirar, su piel se volvía como venenosa. Era blanca, tan blanca bajo la luz del día, parecía muerta sobre ese sillón, inmóvil y, como todos los cadáveres, provocaba náuseas y a la vez fascinación. Más de una vez me pregunté si sería virgen a su edad; supuse que sí. Luego, un día, insinuó que estaba saliendo con un chico. Al principio de una sesión me pidió permiso para irse más temprano, había quedado de verse con un amigo. Me imaginé un muchacho de su edad, no muy guapo, tampoco un fracasado —pero ¿quién sabe?—. Tal vez era un buen chico, después de todo, y ella lo amaba y hacían el amor normalmente, como todo el mundo. Sin saber por qué, esa idea me molestó, me puso fuera de mí. Por un momento, me imaginé en el lugar de ese muchacho, teniendo derecho a tocar la piel de Maruca, sentirla de cerca. Sentí repulsión, pero una repulsión tierna y camal que me oprimía el vientre y me estremecía. O, deseo infame, infame tentación de tocar sus labios con los míos... Mi

deseo por ella se parecía a las pesadillas, a esos fantasmas reprimidos en que el sexo se impone y nos hace amar hasta el dolor los placeres bárbaros.

Así que, ese día, las cosas se arruinaron definitivamente. Con algunos gestos, supe que todo había terminado, la frágil frontera que todavía separaba en mí la violencia de la dignidad se había roto.

Sumergí en gasolina los pinceles cubiertos de acrílico. Los colores, al diluirse, formaron en el vaso un agua negra. Atrás de mí, Maruca empacaba sus cosas como siempre. Cuando estuvo vestida, vino hacia mí. Traía en las manos una pequeña bolsita con maquillajes.

—Disculpe, ¿puedo utilizar su baño?

—No hay baño.

—¿Y no tendrá un espejo en alguna parte? Quisiera arreglarme antes de irme.

Me exasperó verla así, patética, sosteniendo su bolsita, lista para embellecerse. Le dije que fuera al cuarto oscuro. Y como dejó la puerta abierta y yo estaba enfrente con mis pinceles, la observé durante todo el proceso. La vi frente al espejo, toda orgullosa, pequeña garza. La vi abrir lentamente la bobita y sacar los utensilios uno por uno: el polvo para la cara, las sombras color ciruela, y sobre todo el lápiz labial rojo, que aplicó lentamente abriendo su boca en corola, como hay que hacer, sin darse cuenta de que, en ella, ese artificio de belleza era más que ridículo. Al final, frotó sus labios juntos y simuló un beso, para aplicar bien la pasta sobre toda la superficie —y en ese instante el vientre me dolió, mis puños se crisparon como para evacuar el deseo atroz de besar esa boca purpurina salpicada de dientotes—. Oh, cruel Maruca, que ahora me atontaba con sólo mirarme. Durante todo ese tiempo el deseo subía por mi vientre, dulce sueño inhumano: la idea de tocarla, yo, con mis manos, de posar mi boca sobre ella y tomar entre mis dientes cada parcela de su piel.

Se acomodó el pelo y volteó hacia mí, dramática, inconsciente de su fealdad. No dijo nada, pero su mirada significaba: «Bueno, Joachim, ¿cómo me veo?». Poco tiempo después, se fue. Me acerqué a la ventana y esperé hasta verla salir del edificio. La seguí con los ojos. Por un momento me sentí tentado seguirla, para verificar que no hubiera hecho todo ese teatro sólo para volverme loco, pero me quedé ahí, no hice nada.

Ese día tomé el tren hasta Asnières. Ese día le hice el amor a Emanuelle imaginando a Maruca en su lugar y supe, en el momento en que mordisqueaba su piel sin encontrar ningún sabor, que nunca recobraría la serenidad y la realización. No recuerdo quién decía que el beso nace del impulso de morder: pues bien, esa noche lo entendí. El amor no es liso y dulce como nos gustaría: se desborda, se derrama. Sube por el vientre como el hambre, como el sueño horrible de matar al otro devorándolo pedazo a pedazo.

Esa mañana, cuando empujé la puerta de la librería, Arístides ya había llegado. Como todos los días, por lo demás, fiel a su puesto y a su café de las ocho en punto. Daba la impresión de que dormía ahí, en la bodega, en medio de libros y telas de araña. No faltaban pruebas: llegaba a traer la misma ropa dos días seguidos. Y a veces tenía un olor dudoso. «Deben ser cosas de la edad», concluyó finalmente Anabela, la vendedora, un día que debatíamos la cuestión.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, grandota.

(Nunca supe de dónde venía su inclinación por mí, pues fuera de este apostrofe cuando me saludaba, Arístides no era nada expresivo).

Era un miércoles por la mañana.

Los miércoles por la mañana siempre tenían algo de desalentador. Anabela se tomaba el día para cuidar a su hijo que no tenía clases. Así que me quedaba sola con ese gallardo hombre de cincuenta y ocho años que me intimidaba. Después de unas horas, las cosas se arreglaban: los turistas venían a comprar sus postales, pasaban estudiantes que tenían un hueco entre dos clases. Pero antes de las diez no había nadie realmente y la rara intimidad entre aquel hombre mayor y yo me ponía la carne de gallina.

Era una pequeña librería antigua, siempre desordenada, que olía a café hasta las once de la mañana. Ese olor tostado que subía de la bodega me era familiar; también la luz castaña del día reluciendo sobre los estantes de madera, o esa especie de aburrimiento cuyo ritmo marcaba el reloj. Esos detalles, tan tranquilizadores y sin embargo llenos de un malestar hostil, me recordaban un no sé qué de la casa de Valenciennes. Arístides mismo se parecía a mis padres. La vejez, quizás —esa vejez polvorienta, sin edad, que parece remontarse a la noche de los tiempos—.

Arístides formaba parte de esa escenografía intemporal. Había algo en él de extravagante. Tenía huesos largos, un esqueleto como de marioneta desarticulada que le provocaba una torpeza inevitable. A fuerza de golpearse los codos y las rodillas contra los estrechos rebordes de los estantes había terminado por enroscarse tras el mostrador, sin mostrar otra cosa que su flaco rostro de viejo payaso. Aun así, era chistoso. Los clientes lo querían. Sobre todo los estudiantes, que le invitaban de vez en cuando un café y le conferían un rol de bufón espiritual, de mentor intrigante.

Antes de eso, yo nunca hubiera creído que uno puede ser feo y feliz a la vez: por eso, la risa de Arístides estallando entre los estudiantes me había parecido irracional, casi inquietante.

A veces me daba miedo.

Aquel miércoles transcurrió, en la mañana, como cualquier otro. Yo acomodaba los libros en los escaparates mientras Arístides fumaba tras el mostrador, acechando a los clientes y platicándome de sus últimas lecturas. Arístides era muy platicador.

Tenía una voz cavernosa, un aliento con tufo a café árabe y agruras que se podía advertir de lejos. Yo no lo escuchaba. Asentía tontamente, sin saber qué responder. No me gustaba leer. Seguido, salía de la librería cargada de libros prestados que terminaban arrumbados en mi casa, sin abrir.

Había estado rogando por un poco de silencio: escuchar afuera la lluvia, reencontrarme con el triste ruido del reloj. Observaba el movimiento estúpido de mis manos que, bajo las palabras de Arístides, funcionaban como autómatas, como si estuvieran desconectadas de mi cuerpo. Nunca me tomaba la molestia de abrir los libros que acomodaba. Su contenido me era completamente ajeno. Me contentaba con su contacto material, tranquilizador. Tomarlos uno por uno de las cajas, alisar la tapa con un gesto rápido de la palma —gesto perfectamente inútil, pero medular en esta mecánica, esencial—. Guardarlo en su lugar, siguiendo el orden alfabético. Finalmente, olvidarlo y pasar al siguiente.

Mis ojos sólo se demoraron sobre las líneas las pocas veces que una novela erótica cayó en mis manos. El tipo de libro de formato pequeño, caracteres grandes, autor con pseudónimo y prosa intimista. La historia de un hombre y una mujer que no se conocen y hacen el amor en un tren. Las confesiones de una jovencita que descubre el orgasmo en los brazos de un hombre maduro. *Las memorias de una geisha...* Fue así como tomé un día *El amante de lady Chatterley* de uno de los estantes. Lo leí como quien no quiere la cosa, saltándome las grandes reflexiones sociales para impregnarme únicamente de los pasajes más crudos. Y en esta lectura prohibida soñé con el guardabosque, con ese cuerpo blanco y rudo; imaginé la simbiosis perfecta del hombre y la mujer, el mito del goce simultáneo. Y creí en él. En esos momentos, creí en él ciegamente.

De pronto, la campanilla de la entrada interrumpió la voz de Arístides: la puerta se abrió y entró un cliente.

El frío se precipitó en la sala, la humedad penetró el capullo de la librería. Percibí el rumor de un impermeable o de un paraguas empapado que se cerraba y agitaba. Después, algunos pasos vacilantes sobre la alfombra.

—¿Busca un libro en particular? —preguntó el viejo Arístides.

—Gracias. Estoy buscando a una jovencita que trabaja aquí. La señorita Maruca Barbier.

Volví la cabeza. Ahí estaba Joachim Kellerman, cerca de la puerta, aturdido por el viento, la lluvia, su entrada atropellada. Me vio al fondo de la sala y se acercó. Su presencia ahí era como una incoherencia, en ese mundo de polvo y de antiguallas, en ese mundo que constituía mi vida cotidiana. Al interior de esa librería me veía más fea que nunca, hundida en la sombra de los estantes, con Arístides a mi lado. No me había arreglado para verlo, como hacía todos los sábados; no me había puesto mi traje de icono. Mi piel no olía a miel y a crema como esas tardes de canícula en que iba a su casa, lista para quitarme el vestido y dejar que el perfume llegara hasta él. Había

regresado a mi olor de tierra, a mi olor de todos los días —mi orden primero—.

Estaba ahí, frente a mí, con ese paraguas que me parecía ridículo en un hombre. Su cabello mojado olía a champú. Bastante apenado, me contó que pasaba por el barrio y se acordó de que yo trabajaba ahí. Le dieron ganas de entrar.

—Ya casi son las doce. ¿Quieres comer algo?

Arístides hizo de lejos un signo de aprobación.

—No hay mucha gente. Te espero aquí a la una.

Me puse mi impermeable negro. El que mi madre me había comprado hacía casi diez años y que me puse durante toda la adolescencia en los días de lluvia en Valenciennes. Esa prenda negra, sin forma, era una vergüenza para mí. Era la marca del Norte y de su tierra cansada, de su cielo feo; todavía tenía adherida la mirada de mi madre suplicando que me cubriera un poco más. Siempre acepté, me ponía el impermeable y la rabia se apoderaba de mí, porque vestida así me parecía a ella, me parecía a mi madre con su abrigo anticuado, encogida bajo el cuello de tortuga para protegerse de los elementos. Sin embargo, guardé el impermeable durante años. Nunca me deshice de él. Cuando llovía, todavía me ponía ese material sintético, inodoro, eléctrico al tacto. Escondía mis manos en los bolsillos todavía llenos de *kleenex* mil veces triturados. Pero ponérmelo ese día, bajo la mirada de Joachim que nunca me había visto más que con vestido, era toparme de pronto con la humillación de la adolescencia —y, de alguna forma, colgar sobre mis hombros el recuerdo de Valenciennes—.

Joachim lanzó una última mirada a Arístides, que le sonrió con sus dientes cafés, después nos fuimos. Nos adentramos en la lluvia. Caminamos. Joachim conocía un bistró en el barrio Mouffetard, plaza de la Contrescarpe. Fuimos. No hablamos en el camino. Caminábamos rápido, con una precipitación absurda. Por un segundo, quise parar. Quise regresar, refugiarme de nuevo entre los estantes de la librería, entre esos libros de contenido indescifrable —interesantes sólo por la textura superficial del papel— con la voz cavernosa de Arístides de fondo.

Nos sentamos al fondo del lugar. Joachim pidió un aperitivo, yo tenía ganas de tomar una limonada. No fue buena idea. La acidez me inflamaba los labios como una quemadura, los había hinchado como ampollas. Me di cuenta de que Joachim lo había notado: miraba mi boca mientras me hablaba.

Bajé la cabeza para impedirle ver. Pellizqué mis labios, los mordí con mis dientes para castigarlos por ser tan feos.

Prendí un cigarro para distraerlo. La mezcla de azúcar y tabaco me dejó un sabor raro en la lengua.

—¿Le gusta leer?

—No. No realmente. En la librería sólo acomodo los libros y los cobro. Arístides es el que aconseja a la gente. Yo no sé de esas cosas.

—Un poco como yo. Aunque pinto, o tomo fotografías, el arte me aburre. Las exposiciones siempre me cansan.

—No, es diferente —dije, después de un silencio—. Yo sólo vendo libros, nunca he querido escribir uno. Usted sí pinta.

—Sí, es cierto. Pinto, y no me gusta el arte.

—¿Entonces por qué lo hace?

No respondió. Sus ojos se clavaron en el vaso de alcohol.

De pronto Joachim me pareció irritante, ridículo sin su camisa de pintor manchada de aceite, sin mi cuerpo desnudo frente a él. Ambos nos habíamos despojado de nuestras ilusiones. Ya había acabado la canícula en París, había llegado el otoño y ahora llovía todos los días y Dios sabe lo inmundado que es eso. En pocas palabras, la ceremonia había terminado. Estamos ahí, los dos, en un café. Dos seres humanos. Joachim era un hombre cuarentón como cualquier otro, con aspecto de artista comercial más que de pintor. Traía una camisa bajo su suéter negro. Se había puesto colonia. Bebía su martini. Yo seguía con el impermeable puesto porque hacía frío. Tiritaba. Todavía no teníamos nada que decirnos el uno al otro, al fin de cuentas.

«Este es tu cuerpo, Maruca. Este es tu cuerpo».

Esas palabras retumbaban en mi cabeza mientras Joachim me miraba con insistencia; yo adivinaba su mirada y pensaba en su cuadro, todavía, siempre, en esa figura funesta que había pintado por semanas frente a mí y que me obsesionaba desde que la vi. Seguía con la cabeza baja, sin querer sostener la mirada de Joachim. Me entretenía rechinando los dientes con el azúcar de la limonada. Miraba mi reflejo sobre la superficie del vaso.

«Tu cuerpo, Maruca. El tuyo».

—Vamos a otra parte.

Cuando levanté los ojos, Joachim miraba de nuevo mi boca. En ese instante, entendí lo que eso significaba. Entendí que quería besarme. Que iba a hacerlo esa tarde. Y que, si sus ojos no habían dejado de observar mis labios desde el principio, no era tanto por aversión como por el deseo que le suscitaban.

Miré los suyos. Tenía una boca regular, una boca de hombre como cualquier otra, del mismo color que el resto del rostro. Me di cuenta de que esos labios iban a tocar los míos en poco tiempo, iban a tener que acercarse a mi rostro, entrar en contacto con mi piel. Nunca me habían dado un beso. Ni siquiera uno superficial, el tipo de roce anodino que las madres a veces distribuyen a sus hijos. Nada. A veces, había intentado dejarme llevar como lo hacen todas las adolescentes; aspiré entre mis labios la piel blanda de mi brazo. Tenía un gusto salado. Después me mordí. Mis dientes no se habían aguantado. El experimento se quedó ahí. Mi boca quedó tan virgen como el resto.

Se levantó, se puso el impermeable, agarró el paraguas. Parecía nervioso. Nos fuimos a las prisas, dejando sobre la mesa el vaso de alcohol y el jugo de limón,

empujando algunas mesas. Seguía lloviendo y esa lluvia tenía algo de insoportable. Caminamos. Lo seguí sin hablar. Ya sabía qué iba a pasar. Sabía perfectamente que en una o dos horas ya no sería virgen. Y estaba serena. Caminaba atrás de él, observaba la espalda de su impermeable y estaba serena. Casi indolente. Esperé a que se volteara hacia mí titubeando un poco y me preguntara si podíamos ir a mi casa. Dije que sí. La portera me vio entrar. Era la primera vez que traía a un hombre al edificio. Joachim me precedió en las escaleras. Subía los escalones de dos en dos. Frente a mí, su espalda me parecía inmensa, esa espalda que iba cubrirme pronto, que se iba a abatir sobre mí como una sombra —una espalda de titán—.

El pequeño estudio en la calle Feuillantines todavía estaba desordenado. Tenía el olor polvoriento de los viejos edificios: ese olor me recordó de pronto al de la librería. Eran más de la una —no regresaría, ya qué—. Probablemente Arístides había entendido. Lo imaginaba escudriñándome con ojo astuto: «Tú, pequeña, hiciste el amor: el olor de tu piel te traiciona».

Me senté sobre la cama. Lo miré, de pie, frente a mí, en la sombra gris del cuarto. Esperé a que se acercara. Observé su nerviosismo, riendo internamente del miedo que suscitaba en él, el miedo de mi boca, todavía púrpura e hinchada, que tendría que tocar en uno o dos minutos.

Me pidió que prendiera la luz. Dijo que quería hacerlo así, como a pleno sol, dijo que quería verme. Me pareció un poco brusco, pero me levanté, prendí el interruptor y una luz amarilla, artificial, bañó el cuarto. Estaba frente a él. No temblaba, a pesar de aquella luz, a pesar de mi boca dolorosa. Tomó mi rostro y él fue el que se estremeció. Su aliento no tenía olor, tampoco su piel, que yo besaba mecánicamente, con gestos lentos. Mis manos recorrían el cuerpo extraño, tan liso, tan regular, y durante todo ese tiempo pensaba en los muchachos del jardín del Luxemburgo, pensaba en sus piernas morenas y en sus ojos alocados bajo el sol; su risa grosera resonaba en mi cabeza como algo innoble y dulce.

Cuando me quitó el suéter, pensé en mi piel desnuda bajo la ropa, en el hecho de que iban a tocarla por primera vez y no estaba limpia, olía a polvo y a tabaco. Pensé en mi blusa blanca y en el sudor que había dejado dos manchas amarillas bajo los brazos.

Apagué la luz antes de que viera. Me dejó hacer.

Pensé en ese vientre que tocaba, en esa piel que era la mía y que rozaba apenas como para no ensuciarse —sus caricias casi no tenían firmeza, consistencia—. Por sus gestos, por el ruido comprimido de su respiración, entendí que no le gustaba lo que estaba haciendo, que tocar mi piel era como violar un tabú, cometer un acto impuro. No dijimos nada durante todo el tiempo en que nos desnudamos. Nos tocábamos a trompicones, con tanteos respectivos —él, porque el contacto de mi cuerpo le era casi intolerable; yo, porque no sabía muy bien qué había que hacer—.

Gaëlle me dijo que todas sangrábamos la primera vez.

La idea de la sangre me aterrorizaba. Sin embargo, me parecía que tenía cierta

belleza, de esa belleza bárbara como la de las madres que acaban de dar a luz, y que se ven en las fotos con los senos pálidos y los cabellos enredados. Había esperado ese día como el día de mi entrada al mundo de los humanos. A pesar del fardo de mi rostro, ese rostro que tenía presente como nadie y que portaba como una máscara rígida, me sentía sin cuerpo. Mi piel, que no había sido tocada, parecía anestesiada: no conocía el contacto de unas manos masculinas, no conocía la untuosidad de sus bocas salivando, la rugosidad de sus cachetes.

¿Cómo habría sido para Gaëlle la primera vez que estuvo con un hombre? La imaginé, de quince o dieciséis años, pequeña criatura idiota y puritana; probablemente todavía era gorda, con sus piernas poco agraciadas. ¿Hizo el amor en la oscuridad para esconder sus curvas al muchacho? La sangre debió deslizarse por sus pantorrillas dejando una línea sinuosa y delicada; ella la habría limpiado después, con un *kleenex*, pensando, un poco beata, que no sería virgen nunca más. Qué simples debieron ser las cosas para ella. Su cuerpo era tan tierno, se podrían fundir en él como en crema, perderse en él completamente.

A veces me imagino que soy hombre y me pregunto cómo perciben ellos la piel de las muchachas, la sed que les provoca. El cuerpo de las muchachas exhala un perfume dulce que irrita a los hombres y acoraza sus músculos. Esa substancia siempre me fue ajena. Me vacía y me es dolorosa.

He jugado muchas veces a ser ligera como esas muchachas, llena de una sensualidad provocadora. He caminado por la calle mostrando las piernas bajo una falda un poco traslúcida, esos días de verano. He dormido desnuda bajo las sábanas, riendo en mi sueño de esa incongruencia de la que sólo yo sabía. Pero en vano. Mi exultación fue solitaria. Ningún hombre la percibió. No sé cómo provocar el deseo de los hombres, qué gestos debo hacer para satisfacerlos. Apenas sé cómo besar a Joachim, cómo hacer para no morderlo cuando mi boca toca la suya. Esas cosas normalmente son instintivas. Mi cuerpo, en cambio, está desprovisto de reflejos; está ahí, inmóvil, hostil a las caricias. Tengo la impresión de verme; de dejar mi piel y planear sobre ella. También veo a Joachim, cómo trata de entrar y no puede, luchando contra mi cuerpo cerrado; y me gustaría gritar, gritar con todo el vientre para liberarlo de una vez por todas de su armadura.

Joachim se alargó junto a mí sin decir nada. Trato de mirar bajo las sábanas. No me atrevo a tocar. Me quedó ahí, al borde de la cama, inanimada. Me repliego en mi piel de monstruo, abortada, vaciada de toda sustancia. Espero.

Joachim no me toca. Está boca abajo; su espalda reluce en la oscuridad. Yo volteo la cabeza; contemplo unos instantes esa superficie ajena a mí misma, lejana, inalcanzable. La presencia de ese cuerpo de hombre a mi lado, caliente, inmóvil, tan tranquilizador, a la vez emana algo como desprecio.

Joachim la tenía flácida.

La idea casi me hace reír. Él, tan serio cuando me dijo que dejara la luz prendida,

y no pudo ni en la oscuridad; grotesco, con su miembro avergonzado, que ahora expone en la cavidad de una sábana. Y yo, yo tan culpable como él por no haber sabido hacer como las otras mujeres; y de nuevo, el dolor.

Hambrienta. Esa palabra va y viene en mi cráneo, me hiela el vientre. Sigo virgen. La sangre no se derramó. Mi piel se quedó fría, cerrada por siempre, por siempre incompartible.

Hay momentos así en los que no siento mi cuerpo, en los que necesito razonar para reencontrar la percepción de la materia. Miro mi vientre. Bajo esa piel, órganos que nunca veré, arterias, fibras, átomos cuya fórmula no conoceré jamás. Estoy aquí, soy humana. Si me rasguñan, me duele. Si me hieren, sangro. Si me tocan, tiemblo. Siento placer y dolor como cualquier persona. De chica, para volver a tomar consciencia de mi realidad, para encontrar una relación primitiva conmigo misma, ponía la mano sobre el vientre de mi madre, cuando estaba frente a mí, en camisa de noche. Bajo la superficie del algodón, sentía su piel blanda, untuosa al tacto, como la piel de todas las madres, y me decía: «de aquí vengo». Alargada, desnuda en la penumbra, reproduje ese gesto. Toqué mi vientre con la mano. Siento cómo palpita: entonces estoy viva. No soy una obra de arte. No soy esa imagen pintada en la tela, ni esos colores mezclados en vano sobre el papel, que no tienen otro significado que el de su apariencia. Soy un cuerpo alargado ahí sobre las sábanas, que reclama y que sufre.

Nos quedamos así, inmóviles, en el silencio. Hice un movimiento para desentumecerme. Al moverme, sentí las sábanas mojadas, cerca de él. Entendí que si no lo había logrado hace rato, si se había alejado de mí bruscamente como si de pronto yo le repugnara, fue porque no se había podido contener: había eyaculado sobre las cobijas.

Lo miré. No sabía si estaba durmiendo o no. Su respiración era a penas audible. Contemplé el movimiento de su espalda. En la oscuridad, no podía ver su rostro; se había volteado como para esconderlo de mí.

No sé por qué, bruscamente, reaccioné. Extraje mi deseo del dolor. Me acerqué a él, me fundí en ese cuerpo tibio, de suavidad inquietante, besé la piel de sabor un poco insípida. Él a su vez se reanimó, cobró vida bajo mis manos, lentamente, como saliendo de un sueño. Escondí mi cara en sus hombros para impedirle ver, para crear la ilusión de ser como las otras, y olí su perfume amargo de hombre; me enrosqué alrededor de él y cerré los ojos; él crispó su rostro como para reprimir un grito, como si le doliera tanto como a mí.

Así fue como Joachim y yo nos acostamos juntos por primera vez.

Así fue como supe lo que era un hombre que muere sobre el cuerpo de una mujer. El cuerpo que se abate, dulcemente, sobre el otro que sigue vivo; el cuerpo que se olvida sobre el otro que sigue lúcido. La piel húmeda sobre la piel seca.

Al final, las sábanas ya no tenían la misma textura. Se habían empapado del olor áspero del sexo para siempre: todavía no lo sabía, pero ese olor nunca desaparecería de la cama.

V

Maruca tenía la piel salada. Me la dio a probar ese día, creo que era un miércoles, a plena mitad del día. Desde entonces olvidé todo el sabor del azúcar; la sal se quedó en mis labios.

Me llevó a su guarida y ahí toqué su piel y después la besé, posé los labios en ella suavemente y el deseo aumentó como un dolor. Era un monstruo: casi habría gozado en ella si no me hubiera dado la vuelta a tiempo, si no la hubiera rechazado con un gesto para impedir que descubriera todo.

Me vine solo, como un niño que no se puede aguantar, en un sufrimiento incomprensible. Casi al borde de las lágrimas.

Pero Maruca reclamaba al hombre en mí. Había vuelto. Tenía un poco de sangre derramada en la cadera. Sobre la sábana había quedado una mancha marrón, en el emplazamiento de los cuerpos. Ella se disculpó por no haberme avisado. Le dije que no se preocupara. Después se levantó y volvió a hacer la cama. Todavía estaba desnuda en la penumbra.

Regresé al día siguiente. Maruca me esperaba ya, sentada inmóvil en la cama, lista para volver a empezar. Se había maquillado. Probablemente había pasado un buen rato haciéndolo antes de que yo llegara. Su piel olía a gel de baño. Un olor ácido, muy fuerte, no muy agradable a fin de cuentas. Me imaginé que se había enjabonado con él largo rato, que se había frotado, frotado muy fuerte la piel muerta de los brazos y las caderas para hacer que desapareciera ese olor humano indeseable. Se creía bella, se creía mujer. Quería que me regocijara con su piel, que me pareciera bonita, que tuviera una erección. Qué ingenua. Todavía ignoraba que lo que yo quería era su desgracia, su cuerpo en todo su horror.

Apagó la luz y se acercó primero. Yo estaba como petrificado, avergonzado de mi deseo, avergonzado de aquel cuerpo frente a mí que ella desvestía lentamente, sin que yo pudiera impedirlo. Oh, el contacto insoportable de nuestras bocas, de los dientes que chocan. Siento su mandíbula que se abre y se vuelve a cerrar, lista para tragarme. Hay un hilo de saliva sobre su labio. Dolor de mis huesos, mi cabeza, mis manos que la acarician con cautela, como si fuera frágil, y se contienen de hacerle daño. En silencio ruego que se detenga. Le suplico a su cuerpo que se quede quieto, que deje de moverse sobre el mío. Todo iría mucho mejor si no me tocara.

Nos encontrábamos así casi todos los días: al ritual de las poses sucedió el de nuestros retozos. Llegaba a su casa, ella me esperaba. Apagaba la luz, se quitaba la ropa con aire grave y sometido, me hacía su numerito. Yo no me movía. Escleroso, esperaba a que ella terminara el suplicio de sus besos, a que terminara de arrancar uno por uno los nervios de mi piel. Luego ella se acostaba, esperaba a que yo viniera. Hacíamos el amor con limpieza. Y siempre Maruca escondía la cara contra mi torso, barriendo mis hombros con sus cabellos pesados, y yo cerraba los ojos, me

crispaba completamente.

A continuación, cuando todo había terminado, la violencia contenida en mí se suavizaba.

Después del amor, no quedaba ninguna ternura entre ella y yo.

El amor físico le daba seguridad a Maruca: se ponía parlanchína. Ella hablaba y sin decir nada yo escuchaba sus errores de lenguaje, sus palabras balbuceadas. Ella decía «¿por qué desde que hacemos el amor ya no me pintas?», y yo le respondía que no sabía, que quizá ya no sentía la necesidad. Le ocultaba que, en realidad, yo continuaba cuando ella ya no estaba ahí, que dedicaba a ello casi todo mi tiempo. Le mentía para no responder lo que ella quería escuchar —pues creo que se sentía más halagada por ser mi modelo que por ser mi amante—. Creo que nunca discutimos sobre nuestra relación. Tal vez para que no se revelaran sus fallas. Para llenar el vacío, Maruca hablaba de sí misma. Me hablaba del Norte y de sus padres. Hablaba de la librería y de una chica que se llamaba Gaëlle, creo, su única amiga. Sus palabras se enredaban. Yo apenas le ponía atención. Y mientras parloteaba, Maruca me mostraba sus piernas, de las que estaba tan orgullosa, las levantaba con despreocupación y acariciaba el muro con la punta de su pie. Jugaba con él, tocaba su superficie lisa, por puro placer, y pataleaba en la cama sin rozarme. Respiraba fuerte, ronroneaba como si nada, se estiraba como una gata consciente de su propia suavidad. Hacía de pequeña seductora. No me volteaba a ver.

A menudo eso me provocaba y era como una parálisis. Apretaba los puños para no tocarla más. Si no, la habría lastimado.

Y luego venía el momento en el que ella volvía a comenzar, donde el deseo la tomaba de nuevo, capricho intolerable. Yo la dejaba hacer, la dejaba repegarse contra mí. Nos quedábamos así en la cama hasta el final de la tarde, hasta que ella quedaba totalmente saciada. Después me iba.

Para acallar el deseo, decidí jugar el juego. Empezamos a salir, a hacer como las verdaderas parejas. A hacer como si supiéramos qué hacíamos juntos.

Nos paseábamos por la calle imitando a los otros. Nos agarrábamos de la mano. Ese gesto era ridículo. Me daba horror, me crispaba la garganta desde que sentía sus dedos deslizarse entre los míos, su palma fundirse con mi palma. Nos agarrábamos mal. Nuestros dedos se sujetaban apenas unos a otros. Si yo los hubiera soltado, se habrían deslizado, agotados, sin fuerza. Yo hubiera querido reponerme, apropiarme de ella francamente, apretarla fuerte. Me sentía incapaz, me maldecía por tocarla más de la cuenta.

Pasaba a buscarla el sábado por la noche, íbamos al teatro, al restaurante, a cualquier parte. Ella se arreglaba. Pasaba horas haciéndolo. Estaba muy orgullosa. Por lo general, ella sólo salía a los cafés del Barrio Latino, con amigos que había conocido en la facultad —especialmente a Gaëlle—. El fin de semana, a veces, tomaba el tren en la estación del norte e iba a visitar a sus padres a Valenciennes.

Me hablaba seguido de ellos, decía que eran viejos e ingenuos, que hacía con ellos lo que quería. Tomaba una actitud desenvuelta. Me contaba historias. Yo veía claramente que era desgraciada, que no tenía amigos, que en la vida sólo los tenía a ellos.

Y a veces me acordaba de que no me tenía más que a mí también. Después de todo, por más que ella jugaba a parecer inaccesible y darme a entender que yo le era indiferente, me adulaba. Me adulaba, pobre ingenua, por la simple y buena razón de que yo aceptaba ser su amante y tal vez sería el único en su vida. Y por eso, por ese regalo incondicional que yo le daba, se agarraba de mí desesperada. Esta idea me tranquilizaba, estábamos tan solos uno como el otro.

Éramos grotescos.

Llenábamos el vacío lo más que podíamos. No teníamos nada que decirnos. Yo me esforzaba por actuar, dar un sentido a todo eso. Le compartía todo lo que pude haber amado en la vida, en otras épocas. Le ponía música, le hablaba de literatura, le leía a Kafka, a Flaubert. Pero Maruca se aburría. Maruca no entendía gran cosa de arte.

Yo hacía eso por despecho, solamente para impedir que nos encontráramos en mi habitación e hiciéramos el amor. Si no, la habría lastimado.

Por eso casi nunca estábamos solos. Veía que eso era un problema para ella. No se atrevía a decírmelo, pero no quería más que eso, regresar, cerrar las persianas y hacerlo. Pensaba en eso todo el tiempo, yo lo adivinaba en su mirada que me suplicaba: «Vamos, regresemos a casa, vamos, ven sobre mí y demuéstreme que soy una muchacha, que soy deseable». Inmunda putita, con sus pensamientos desagradables. Yo resistía, comprimía en mí esa náusea que subía desde mi vientre hasta morir.

Eramos lamentables.

Porque Maruca no me amaba. Mi vida, mi persona, todo aquello le daba lo mismo. Yo no era más que una carne, una piel. No era yo el que le gustaba cuando estábamos juntos: era la idea de su propio cuerpo debajo del de un hombre. Maruca se hacía el amor a sí misma a través de mí. Yo satisfacía su narcisismo. Este es el destino que les depara a los que se enamoran de una mujer fea.

Yo mismo me aburría. Ya no podía soportarla. Constataba con irritación lo absurdo del cuadro. Secretamente nos exasperaba la presencia del otro. Yo lo sabía, sabía que no podía luchar más, que esto debía terminar. Y cada noche, luego de acompañarla, cuando me veía partir con aire de traición, privada de las caricias que le debía, me juraba que no la volvería a ver. Estaba saciado de su cara, de su estúpida persona, habría dado todo por sacarla de mi cabeza, vomitarla de una vez y para siempre. Y sin embargo, cada día siguiente por la mañana la llamaba, loco que estaba, para volverla a ver esa misma noche.

Después de todo ella estaba ahí y estaba bien. Yo podía mirar su rostro, besarla

decentemente, sin lastimarla, y estaba bien. Maduraba poco a poco. Aplazaba suavemente el momento en que tendríamos que desnudamos y yo podría morderla y renunciaría a hacerlo, para no lastimarla.

La esperé al fondo de un café, calle Ancienne-Comédie. Hacía frío y estaba anocheciendo. Llegó, igual que hace dos años, con el mentón escondido en una bufanda malva y el cabello desordenado bajo un sombrero. Se sentó, después de aturdirme con dos besos, pidió un chocolate, y ya, ahí estaba. Traía un vestido de terciopelo con gruesas medias negras. Noté de inmediato que había engordado: sus piernas habían recuperado su redondez infantil. Al quitarse la bufanda reveló su escote. Su pecho carnosos se contraía un poco al tomar chocolate. Yo no podía evitar mirar esa superficie lisa y firme, mientras pensaba en los dos senos pálidos que nacían ahí bajo su suéter, en la textura que tendrían, más tarde, para el bebé que amamantaría.

Gaëlle siempre había sido así, golosa y dulce, desbordante de una voluptuosidad inconsciente. Su cuerpo estaba hecho para llegar a viejo y aguantar las tareas rudas de la vida materna: si sus piernas eran fuertes, era para, mejor abrirse cuando un niño naciera. Si sus senos eran carnosos, era para mejor llenarse de leche cuando tuviera que alimentarlo. Incluso su nombre sugería cierta esfericidad; para pronunciarlo, la lengua tiene que curvarse, hacer una amplia ola desde el fondo del paladar hasta posarse frente a los dientes —Gaëlle—.

Le había llamado la semana anterior. El número seguía siendo el mismo. La idea de verme la entusiasmó, me asaltó con preguntas.

—He cambiado mucho. Me pasó algo increíble —le dije por teléfono—. Ya te contaré.

Pero dejé que hablara de ella primero, de su vida, de lo que hacía. Ella también había dejado los estudios: después de la maestría, había encontrado un puesto de asistente en una agencia de publicidad. Me contó que no tenía mucho que ver con las clases de literatura, por supuesto, pero que esperaba progresar, trabajar en publicidad. Gaëlle era como yo: en la facultad no le gustaba leer, sacaba calificaciones mediocres. Los grandes autores, las teorías, todo eso se le escapaba: prefería las pláticas inútiles en el café, dibujar sobre las hojas durante los cursos magistrales, la alegría idiota de la juventud.

—Estoy muy contenta de volverte a ver, Maruca.

Hubo un silencio. Una pareja acababa de sentarse al lado de nosotras. Un tipo alto, un poco engreído, con un abrigo demasiado grande, y una muchacha de pelo castaño, más joven que él. Hablaban de cosas sin importancia. La muchacha acababa de salir de un examen, estaba cansada. De vez en cuando, él le agarraba la mano y ella lo dejaba hacer. En un rato los dos se irían a encerrar a casa de uno o del otro a hacer el amor, sin saber que ese momento no duraría, que su placer se desvanecería

como algo que nunca ocurrió.

—¿Y tú, Maruca? ¿Qué has hecho?

En ese momento prendí un cigarro y Gaëlle me miró con ojos incrédulos.

—Sí, fumo. Empecé cuando salí de la facultad. Han cambiado muchas cosas.

Entonces le conté de Joachim, del anuncio que había puesto la primavera pasada, de las sesiones llenas de erotismo y del amor que había desarrollado por mí.

Y mientras le contaba todo eso, soltaba el humo en largas exhalaciones, con cierto júbilo. Gaëlle me miraba con una sonrisa teñida de incredulidad disimulada. Me exasperé.

—¿Ves? A mí también me pueden amar.

Las lágrimas me quemaban la garganta.

—Claro que sí, Maruca. Nunca lo dudé.

La pareja que estaba a un lado terminó por irse. La muchacha parecía estar enamorada; el hombre no. Cuando se fueron, se hizo un silencio. Supe que había sido torpe al decir eso, que desde el principio mis palabras sólo habían mostrado orgullo. Pero mi teatro había fracasado: a Gaëlle no le gustaba el olor a cigarro, y me seguía mirando de la misma forma. Seguía siendo la misma, a pesar de la historia de Joachim. Habíamos conservado nuestros roles respectivos: ella con su belleza ingenua; yo con mi veneno de muchacha fea.

—En tres semanas es su primera exposición, en una galería chica del barrio. ¿Quieres venir?

Asintió, anotó mi número, y después fue hora de irse. Se enroscó la bufanda, cubriendo el odioso espectáculo de su cuerpo, y se acomodó el sombrero. Tres semanas más tarde la esperé en la inauguración. No vino. Nunca la volví a ver.

No tenía ganas de regresar a casa. Tomé el metro a Odeón, para calentarme un poco bajo la tierra. Escuchar de nuevo el estrépito de los vagones, el rechinado de los rieles y los instrumentos desafinados de los músicos.

En el vagón, una mujer vieja se sentó a mi lado. Sostenía una bolsa de cacahuates, y los chupaba uno por uno antes de masticarlos. Era una vagabunda. Se burlaba de los pasajeros sacándoles la lengua, exhibía su boca salivosa y farfullaba palabras confusas, que podrían confundirse con conjuros. La gente no la miraba. Terminó por salirse en Strasbourg-Saint-Denis, cojeando sobre sus piernas hinchadas. El metro retomó su camino. La vieja no había hecho reír a nadie ese día.

Me bajé hasta la estación del Norte, y después tomé un café en el andén, frente a los trenes. Me acordé de que no había vuelto a Valenciennes desde hacía casi cuatro meses. Mis padres me llamaban regularmente. Habían notado que algo estaba cambiando. Un día, terminé por decirles:

—Ahora tengo novio. Va a ser más difícil regresar cada fin de semana.

Mi madre parecía conmovida.

Sin embargo, no, no había cambiado nada: triste ilusión el haber creído toda mi vida que, una vez desflorada, podría ser bonita. Incluso después del amor mi cuerpo no se había transformado. Seguía siendo el mismo, en su realidad estúpida, tan poco cambiado como después de haber servido de modelo para una obra de arte.

Al principio, claro, la vida había parecido diferente. Mi piel tuvo que acoplarse al cuerpo del otro, al hecho de que la toquen de pronto. Mis labios no estaban acostumbrados a los besos: al principio, estaban secos, partidos, enrojecían por cualquier cosa, como por una reacción alérgica. Y después, pronto, mi cuerpo empezó a marcarse. Hubo automatismos. La sangre sólo corrió sobre las sábanas una vez; después, ya no hubo nada.

Se dice muchas veces que las mujeres son más bellas cuando gozan; que su rostro, de pronto, es capaz de transformarse en el espacio de algunos minutos. En mi caso, no fue así. Esperé el placer: no llegó.

El cuerpo de Joachim me seguía siendo ajeno cuando se sentaba atrás del caballete, a cinco metros de distancia. Igual de vacío y frío. El recuerdo febril de los otros muchachos regresaba sin cesar. Imaginaba bajo mis palmas su piel brillante, tratando de rencontrar ese contacto sobre la de Joachim. Pero se quedaba fría bajo mis dedos, inerte, sin sabor.

Pasábamos horas acostados uno junto al otro, desnudos, bajo las sábanas, y yo miraba esa piel que no me pertenecía, que se trepaba a la mía pero que nunca sería mía. Ese cuerpo de hombre era real, palpable. Estaba ahí, separado sólo por algunos centímetros; sin embargo esa proximidad, esa pertenencia eran difíciles de creer para mí que había estado sola tanto tiempo. Toqué esa piel mil veces, mis manos exploraron su relieve como algo familiar y al mismo tiempo tan lejano. Lo tocaba, y no había nada más entre nosotros que ese gesto, esa caricia repetida al infinito, casi fatigosa. En esos momentos, la vida parecía reducirse a eso, el mundo se ceñía a nuestra cama, nuestros cuerpos sólo reaccionaban con caricias instintivas, lanzadas al azar sobre el cuerpo del otro, sin consciencia de ellas mismas. Ya nada era tangible, el tiempo se deslizaba entre nuestros dedos. Incluso nuestras palabras carecían de peso, no tenían forma, balbuceantes, apenas pensadas y pronunciadas.

A pesar de ello, no había ninguna comunión. Ninguna ternura verdadera, como los otros debían sentir. Eso no tenía ninguna importancia. Estábamos ahí, juntos. Hacíamos eso sin confesarnos realmente que no tenía sentido.

A penas me atrevía a preguntarme lo que le atraía de mí. Me había hecho a la idea de que le gustaba así, como era, a pesar de mi fealdad. No sabía lo que él buscaba realmente en ese goce. Nunca le pude preguntar si yo le parecía bonita, si me deseaba de la misma forma que a las otras mujeres que había conocido. Yo satisfacía algo en él, algo oscuro, cuya dimensión todavía no adivinaba, ingenuamente.

Nos dormíamos en plena mitad de la tarde, con los ruidos del bulevar abajo;

después uno o el otro se despertaba y de pronto el llamado de los cuerpos volvía a empezar, sin fin, como en un sueño maldito. El deseo subía lentamente. Nunca era violento. Joachim se subía sobre mí y yo lo sentía apenas; no me atrevía a pedirle que me abrazara más fuerte. Al final, siempre seguía hambrienta, como si no hubiera sucedido nada.

Sin embargo, yo siempre quería más, a pesar de la indiferencia y la ausencia de satisfacción, siempre le pedía que viniera una y otra vez para sentir de nuevo esa ilusión de ser como las otras mujeres. Y cada vez esperaba que, en la exploración de nuestros cuerpos respectivos, el éxtasis llegara un día, y volviera definitivamente más bello el acto sexual. Esperaba desaparecer. Esperaba comprender lo que quería decir vivir. Así era cómo Gaëlle me había descrito el orgasmo cuando le pregunté, una vez, en la época en que todavía éramos estudiantes. Me acuerdo de esa plática entre nosotras, un día que estábamos estudiando, sentadas sobre la alfombra de su cuarto. Ella estaba descalza. Yo miré sus pies mientras ella hablaba. Creo que, si hubiera levantado los ojos, la habría matado. Hice la pregunta con desgana, a la vez fascinada y aterrorizada por esa respuesta que me habría podido provocar ganas de darle una cachetada.

—Es indescriptible, Maruca. Es como si no sintieras tu cuerpo. Estar sobre él, me dijo suspirando.

Olvidar tu cuerpo.

Lo que Gaëlle no sabía es que yo nunca había sentido vivir mi cuerpo. Entonces me dije que, tal vez, en un estado como ese, finalmente podría conocer la belleza pura, la exultación de la vida y su fulgor en mis venas. La imagen que me hacía era tan oscura y complicada como la de Dios.

Un día, Joachim me preguntó si tomaba la pastilla. Estaba serio, como siempre. Respondí: «obviamente no», y se preocupó.

—No estoy embarazada, te lo aseguro.

Me dijo:

—Ve a ver a un ginecólogo, hay que ser prudentes.

Joachim no quería tomar ningún riesgo. Ya tenía una hija, una niña de cinco años de la que era incapaz de ocuparse, era suficiente con eso. Yo sabía que tenía tanto miedo como yo de que nuestros dos cuerpos juntos pudieran crear algo.

Nunca había puesto los pies en un consultorio de ginecología. Ni siquiera sabía si realmente podría embarazarme. Así como una convicción irracional indica a algunas mujeres que están embarazadas, yo tenía el presentimiento de que era estéril. Nunca tendría un hijo. Era evidente.

Las anatomías monstruosas no son propicias para la procreación. A diferencia de Gaëlle, mi cuerpo era angular, la naturaleza lo había concebido para nunca reproducirse. De adolescente, había tenido mis reglas tarde. Las menstruaciones nunca eran abundantes, apenas las sentía. Por sucia que sea la sangre de las reglas, la

hubiera acogido con alegría si hubiera corrido más de mi vientre. Envidiaba a Gaëlle los días en que no iba a clase porque estaba retorciéndose, la envidiaba esos días en que estaba de mal humor, incluso un poco distante. Un día me hizo una confidencia; me dijo:

—¿Sabes por qué odio tener la regla, Maruca? Porque cada mes, es la sangre del óvulo que habría podido fecundarse y no lo hizo. Cada mes, desde que tengo doce años, cuando tengo la regla, es como si algo en mí se hubiera desperdiciado.

La escuché hablar mientras pensaba que seguramente había mucha verdad en sus palabras y eran muy admirables, sin embargo no podía comprenderlas.

Durante mucho tiempo quise ser como esas mujeres de caderas generosas, agotadas por los dolores abdominales y calambres en los riñones; esas mujeres tan fuertes que podrían triturar los huesos de un hombre con sólo estrecharlo en sus brazos, ahogarlos con sólo abrazarlos. Me hubiera gustado percibir el olor de la sangre, ver madurar mi carne y sentir el peso de mis senos al agacharme. Me hubiera gustado ser pesada como ellas, estar hecha únicamente para engendrar vida y yo misma desbordar de vida, y sentir las manos de un niño moldearme el vientre, lastimándome un poco. Nunca conoceré el sabor de esas cosas. Nunca pasaré mis tardes en un cuarto de bebé, azulado de penumbra, para escucharlo balbucear mientras juego y reír por cosas tan vanas como el brillo del sol sobre la alfombra o la suavidad de una tela al contacto con su mejilla. Nunca me contentaré con esas alegrías simples, ingenuas. No estoy hecha para esas cosas.

Tomé el gordo directorio amarillo y escogí un médico al azar. Por teléfono, la secretaria fue un poco seca, cosa que no me sorprendió —pareciera que toda mujer joven que trabaje en la esfera de la medicina, la peluquería o la cirugía dental está hecha para odiarme—.

Había una probabilidad de dos de que el médico fuera hombre. Fue el caso.

Me desnudé tras el biombo. Ese gesto me resultaba ya familiar, sin embargo ese día mi desnudez no valió de espectáculo. Me quité las medias. El nylon, al despegarse de mi epidermis, reveló los moretones de mis piernas: tenía frío. Después, salí. Hice mi aparición escondiendo bajo mis manos el pequeño triángulo desgraciado. El médico no me miró. Creo que es algo que les enseñan a hacer a los ginecólogos, cuando empiezan la carrera: no mirar. Evitar toda mirada que pueda ofender el pudor de las mujeres, hacia esa cosa ingrata que de pronto las vuelve vulnerables a pesar de los tacones altos y su aparente confianza en sí mismas. El sexo femenino no es bello. Contiene microbios. Su configuración siempre es complicada, siempre un poco oscura y delicada.

Cuando me acosté, el cuero del sillón crujió ligeramente, después sentí el contacto del metal de las perneras bajo mis pies. Todo eso me recordó misteriosamente mis sesiones de tortura bucodental. Abrí mis muslos con la misma vergüenza con la que, en otra época, había abierto la boca frente a los dedos del

dentista: lo que tenía para exhibir era un poco del mismo orden.

—¿Tengo alguna deformidad?

Hice la pregunta sin pensar. El médico, sin quitar los ojos del objeto de la consulta, respondió con rapidez:

—En absoluto, señorita. Es completamente normal.

Me volví a vestir. El doctor se sentó en el escritorio y redactó la receta para las píldoras. Después me dio la mano con una sonrisa rápida, y ya estaba fuera.

Fui a sentarme con las palomas en el jardín del Luxemburgo, frente a los estanques, una idea bastante estúpida puesto que acababa de llover. Pájaros embrutecidos, pensé, mientras los veía agitarse a mi alrededor. No pude retenerme y miré las canchas de tenis, pero el clima no favorecía mis fantaseos. La lluvia había lavado el polen desde hace tiempo. La tierra se había vuelto fangosa, sucia, amarilla, resbalaba bajo las suelas, se había empapado del olor de las babosas. Los terrenos estaban vacíos.

Me quedé sola, en esa humedad helada, sobre un banco. Mis medias estaban mojadas. En mi mano sostenía, crispado, la bolsita de la farmacia que contenía la caja de píldoras anticonceptivas. Una al día, a hora fija. Saqué la plaqueta y la miré un momento. Así que soy una mujer. Una mujer como las demás, con sus ciclos menstruales, su ginecólogo titulado y sus relaciones sexuales reguladas como un metrónomo. Abro las piernas cuando viene el hombre, espero a que termine fingiendo placer. Soy como todas esas que están frente a mí, atravesando las avenidas del marcé bajo sus paraguas, o tomando café en la estación del Norte mientras esperan el tren. Soy como ellos que no tienen rostro, sin belleza ni fealdad; uno casi olvidaría que van a hacer el amor en la noche, regresando a su casa.

Después de un rato, me levanté, me acerqué a un estanque y miré. Al caer en el agua, la bolsita se hinchó y se estancó en la superficie sin hundirse. Me fui bastante rápido. Hacía frío.

Joachim me esperaba frente a mi edificio. Había vagado demasiado tiempo por el metro después de mi fracaso de café con Gaëlle, así que me había retrasado un poco. La vista de esa silueta de hombre bajo el porche casi me sorprendió. Cuando llegué, se acercó hacia mí, sosteniendo en la mano los dos boletos de Antígona, que habíamos planeado ir a ver.

—Ya casi son las ocho, dije. La obra ya debe haber empezado.

Tuve la impresión fugaz de ver una sombra pasar sobre el rostro de Joachim. Una especie de aprehensión. Me propuso ir a un restaurante. Desde hacía tiempo realizaba siempre la misma maniobra: llevábamos varias semanas sin estar solos. Como si él evitara ese momento a propósito. Acepté sin decir nada, dignamente, yo misma un poco cansada de esos retozos estériles. Sin embargo, esa noche sentí una necesidad de venganza después de haber visto a Gaëlle, después de haberla provocado con mis cigarros y mis historias de pintura —una rabia sostenida, sofocada en mi garganta, y

la necesidad de sentir mi cuerpo de nuevo bajo los dedos de Joachim—.

—No tengo tantas ganas de salir, en realidad. ¿Por qué no mejor subimos a mi cuarto?

Me di cuenta de que esa alternativa lo ponía incómodo. A pesar de ello, asintió.

Pusimos la calefacción. Había llovido al principio de la velada, el cuarto pareció impregnarse de humedad. Nuestros cuerpos también parecían húmedos y helados. Joachim tenía el cabello mojado. Pasé la mano sobre esa superficie oscura, sin verdadero color. Acaricié su rostro. Toqué sus párpados ligeramente caídos, su nariz de hombre, de firme relieve, las mejillas ásperas, la mandíbula pesada. Joachim tenía un rostro triste —no me había dado cuenta antes—, de esa tristeza un poco estúpida que lleva la gente de todos los días, cuando te miran con sus ojos vacíos e intentan sonreír, crispando ligeramente los labios.

Respiré el agua de colonia sobre su nuca y su suéter, ese olor demasiado fuerte que deja en la boca un sabor a toxina cuando besas la piel. Me recorrió un escalofrío: estaba helado. Y después, el dolor se derramó en mí hasta alcanzar mi cabeza y escindir mi frente, mientras sentía su piel húmeda contra la mía. Tiritaba en sus brazos, reclamando la sequedad palpitante de un cuerpo de adolescente. El de Joachim no suscitaba ningún apetito, no provocaba en mí la necesidad irreprimible de morderlo —ese dolor sordo, como un espasmo sofocado, al momento de tocarlo—.

—Estás temblando, me dijo.

Bajo mi piel, los nervios están paralizados. Llego a creer que, si los brazos de Joachim están helados, es para anestesiarme mejor cuando me acaricia, como para impedirme moverme demasiado.

Sueño con un amor tan puro que sea impalpable. Sin necesidad de contacto; sin pieles obligadas a tocarse. Sin placer, tampoco, pues el placer después sólo engendra repugnancia: que nuestros cuerpos se purifiquen, despojados de reacción. Quiero regresar a mis fantasmas anteriores, cuando todavía era virgen e ignoraba las cosas que hacen los hombres y las mujeres. Quiero la belleza pulida de un sueño, su aspecto inaccesible. Nunca jamás recobraré la inocencia. Ahora sé que el amor es feo.

Joachim tiene un aire de idiota. En la noche pálida su rostro tiene algo de lunar, de irreal y de ridículo. Toco su frente. Lo miro. En ese instante tengo la convicción de que lo olvidaré. Olvidaré el olor de su piel, de su aliento; perderé el sabor de ese primer amor años más tarde. En el mejor de los casos, puede que me acuerde de la imagen del pintor parado frente a mí, con sus manos cubiertas de pintura, y yo desnuda frente a él. No guardaré de él más que imágenes vagas, fútiles, nada concreto, nada que pueda despertar en mí esos recuerdos violentos de los momentos más intensos de la vida. No habrá sido más que un fantasma.

Lo miré una última vez antes de cerrar los ojos; contemplé esa anatomía erguida en silencio en la sombra del cuarto. Y después, rencontramos nuestros reflejos

anteriores, y el ritual se puso en marcha: las prendas que se deshojan, los besos a flor de piel. Después, la aceleración, su respiración sobre mi rostro —y el hambre, siempre, después de la satisfacción del otro—.

Para evitar acercarme a ella, pintaba.

Pintaba como ponen a dibujar a los niños chicos el monstruo que temen. Trazaba cabezas redondas, groseras, risas glotonas. Cabezas sin rostro, alucinadas, inmóviles en su grito.

Recogía piedras de la tierra y hacía lodo con ellas; pintaba con mis dedos para que la mezcla fuera más suave. Mis manos ensuciaban en papel. Mis uñas rechinaban sobre la tela. Al secar, el material crujía y terminaba por desmoronarse. El retrato terminaba hecho polvo.

Me satisfacía todavía más abandonar la pintura y lacerar la tela con las manos desnudas; la destripaba, destruía el material mismo. Lo hacía como si estuviera matando con mis propias manos. Pero, hiciese lo que hiciese, la boca de Maruca siempre estaba ahí, provocándome en el papel despedazado, abismal, lista para comerme.

Terminé por preguntarme si las pinturas valían algo. Si, además de adular el ego de Maruca y procurarme cierto alivio, podrían conmovier a alguien.

Un amigo, profesor de arte, me puso en contacto con una mujer joven, dueña de una galería en la calle Mazarine, que aceptó venir a ver mis trabajos directamente al taller. Por primera vez, desde hace cinco años, un profano penetraba ese lugar empapado todavía de la presencia de todos los monstruos que habían venido a posar frente a mi aparato. Dispuse las fotografías y las telas alrededor del cuarto, al azar, de forma que la presencia de Maruca ocupaba todo el espacio. La mujer los estudió uno por uno, deteniéndose un poco más en las fotos para ver el rostro real del modelo, contemplar su horror bruto. Durante todo ese tiempo, yo no podía evitar observar sus piernas cortas que había cruzado después al sentarse, y sus pequeños pies en unos escaarpines negros, que balanceaba en el vacío con la regularidad de un metrónomo. No había visto el cuerpo de una mujer desde hacía meses. Me di cuenta ese día, cuando me encontré solo con ella en ese cuarto vacío, me di cuenta del increíble hermetismo de las mujeres bellas y de la realidad que las rodea, y de esa ausencia de deseo en mí, casi agradable, en cuanto Maruca no estaba ahí.

Me preguntó si pintaba desde hacía mucho. Le dije que no, que nunca antes había pintado, que no había tomado cursos de ningún tipo y que de hecho ni siquiera se me había ocurrido hacerlo. No me respondió, por un segundo pareció escéptica, después declaró que a pesar de todo tenía talento y aceptaba darle una oportunidad a mi trabajo.

Al levantarse, cerró el cinturón de su impermeable con un golpe seco.

—Por cierto, dijo antes de irse, esa muchacha es muy fea.

Maruca se emocionó cuando le dije que las pinturas iban a ser expuestas. Evidentemente, pensó que sería bueno ir a la inauguración, algunas semanas más tarde, en su rol de musa inspiradora. La dejé hacer.

La velada se organizó un sábado.

Llegó un poco después que yo e hizo su entrada con un vestido rojo, el mismo que trajo el día de nuestro primer encuentro. La tela ondulaba sobre sus rodillas, cosa que la regocijaba enormemente. Cruzaba y descruzaba las piernas, mostraba los muslos recién depilados, se volteaba con un gesto amplio para hacer bailar a su alrededor los volantes del vestido.

Decidí ignorarla, dejarla sola con su orgullo, patética, en medio de esos invitados que no conocía. Maruca jugó el juego y no se acercó a mí. Bebió champaña, abordó a algunos hombres para pedirles cigarros. Se divertía mordisqueando el filtro, para irritarme.

Maruca se regocijaba. Después de todo, esa noche era la suya: lo exigía. La gente la había ido a ver a ella, ella era la obra de arte encamada, la belleza original que mis manos habían tratado de reproducir sobre el papel.

Me hostigaba con su felicidad idiota. Sus sonrisas, sus maneras, esa ilusión de ser bella, todo me era intolerable, me sofocaba. La gente fea no debería ser feliz, pensaba —y de pronto era como una evidencia—. La gente fea debería estar siempre consciente de su vergüenza, de la aversión que inspira a los demás, y cerrar su boca para evitar reír.

Me mantenía a distancia para observarla mejor. Contemplar con delicia la grosería de su ser. Podría haberme acercado a ella, haberle hablado con dulzura, tomar su mano y presentarla a los otros —no. Me contentaba con mirar su numerito fallido con el rabillo del ojo—. Estaba sola en su placer. La gente a penas la veía. Asentían con aire aburrido cuando se acercaba a ellos y después se iban. A fin de cuentas, su estatus de modelo no le interesaba a nadie. Era patética. Con ese patético vestido rojo que volaba sobre sus piernas. Con su patético vaso de champaña y su patético cigarro. Y yo, secretamente, me burlaba de ella. Me burlaba del ridículo que hacía, de su deplorable comedia. Se mordía los labios, contraía el vientre hasta asfixiarse. Yo me reía de su fealdad.

La noche terminó en la cervecería La Coupole. Maruca nos siguió, un poco borracha. En el camino, tomó mi mano y la apretó entre sus dedos. Sentí vergüenza. La mujer de la galería se había dado cuenta. Seguramente había entendido todo; había entendido sin esfuerzo que yo le hacía el amor a esa muchacha y que tal vez incluso la amaba.

Maruca retomó su jueguito. Se sentó al lado de un amigo. Bebió bastante, me ignoró, ríe mucho. Olvidó sus dientes, su rostro arruinado, y sonrió con toda la boca,

con aire tonto. El vestido rojo estaba arrugado; el rímel se le había corrido; su cuerpo entero parecía haberse descompuesto en la excitación de la fiesta. La veía tiritando por momentos, febril; me detenía en el detalle de sus dedos que temblaban de cansancio sosteniendo una colilla. Incluso el lenguaje de Maruca se deterioraba, el alcohol lo había vuelto pesado. Hablaba sin parar, soltaba tonterías, cosas que nadie entendía. Sonreía a cuál más, mostrando sus dientes húmedos con tan poco pudor como si hubiera mostrado sus pechos. Acariciaba la punta de sus incisivos con la punta de la lengua. Se mordía la esquina de los labios, reteniendo una carcajada, y después estallaba, ruidosa, insoportable. Se burlaba de mí. Me daba cuenta, lo hacía a propósito. Su boca se abría como un hoyo listo para devorarme. Parar esa risa, a cualquier precio. Ahorcar con mis manos esa garganta que eructaba.

Oh, cómo la oí esa noche.

El taller de la calle Péguy estaba justo enfrente de la avenida. Nos regresamos juntos. La tomé de la mano, muy fuerte, apreté sus dedos. Ella, extenuada, se dejó hacer, colgándose de mí en las escaleras mientras seguía riendo y el dolor subía en mí de nuevo, en cuanto sentía su mano apretar la mía.

Era la primera vez que hacíamos el amor en ese cuarto. Hacerlo ahí, frente al caballete, en ese sillón que tantas veces había soportado la desnudez de Maruca, era romper de pronto el pudor de nuestro pacto. El silencio no reinaría nunca más en esas paredes: la risa de Maruca sonaría por siempre, como un eco sin fin.

Reía sin parar. Rio cuando el vestido rojo cayó al suelo, torrente sangriento, y se encontró desnuda ahí, a plena luz. Rio cuando mi boca tocó su piel, que ella chupó lentamente, dejando las marcas rojas que les gusta dejar a los adolescentes.

Su cuerpo estaba un poco sucio esa noche. El tabaco parecía haberse infiltrado en cada uno de sus poros. Su piel suda, se pega a la mía desesperadamente, me empapa con su tibieza. Mi vientre se tuerce. Mis uñas rechinan. Mis manos se crispan en su cabello. Y de pronto soy yo el que ríe, con una risa que me carcome como cuando uno tiene ganas de gritar. Histeria de mi boca, de mi lengua que va y viene para hacerla callar. Mis besos son espasmos que me sofocan.

Esa noche, pinté mi violencia en el cuerpo de Maruca. Mis uñas rechinaron sobre su piel para detener su risa, mis manos dejaron líneas efímeras, dibujos raros. El cuerpo de Maruca se volvió mi soporte eternamente.

Finalmente, el silencio regresó. Nuestras respiraciones se volvieron apenas perceptibles. Era un poco como si estuviéramos muertos.

Llegó el invierno. En Navidad, tomé el tren hasta Valenciennes para visitar a mis padres.

Un hombre quincuagenario se sentó frente a mí. Pasó todo el trayecto fumando su

pipa. Traía uno de esos pantalones de hombre demasiado cortos, que revelan la palidez marchita de la pantorrilla cuando cruzan las piernas. Sus pies rozaban los míos imperceptiblemente. Podía escuchar el ruido viscoso de su lengua moviéndose contra la contera de madera —y durante todo el trayecto pensé en eso, en ese contacto obsceno entre él y yo, en el ruido de esa lengua que no debí haber escuchado—.

Nada se había movido en el jardín de mis padres. Bajo la escarcha, el pasto había adquirido esa inmovilidad azulada de las cosas muertas.

Pusieron la gran mesa del comedor para la ocasión, idea bastante idiota, pues nunca teníamos invitados. Celebrábamos Navidad los tres solos. Incluso la vestimenta de mi madre era ridícula: ese vestido rojo, un poco vulgar para sus sesenta y dos años, su lápiz labial, su perfume. ¿Para quién se había arreglado? Mi padre ni siquiera se había molestado en cambiarse la camisa impregnada del olor a gasolina de la cochera, en la que había pasado la mañana —pero ese olor había terminado por pertenecerle—. En un momento, al acercarme, creí reconocer el olor tóxico de aceite, gis y pintura que habitaba el taller de Joachim.

El deterioro de un individuo puede reconocerse por el ambiente particular que empieza a invadir su vivienda cuando el final se acerca: el tic-tac más pesado de un péndulo, el tono amarillento del tapiz, el olor.

Durante la comida, miré las manos de mi padre, posadas sobre el mantel con un gesto pesado, tan amarillas y acartonadas que me hacían dudar que estuvieran lavadas. Qué cuadro tan absurdo, pensé entonces: después de comer regresará a su cobertizo, se encerrará en ese universo minúsculo en que se pudren herramientas tan viejas como él, para fabricar quién sabe qué. Tal vez incluso nos miente. Tal vez se queda ahí durante horas y no hace más que esperar, escuchar los ruidos del piso de arriba. Una o dos veces, lo sorprendí fumando un cigarro, a pesar de que se lo habían prohibido desde su infarto. El olor del tabaco apenas se puede distinguir bajo esa aura de serrín y aguarrás. Sus pulmones deben estar intoxicados a fuerza de pasar sus días ahí dentro; su sangre misma debe de haberse ennegrecido. Por eso está tan cansado y hace ese ruido insoportable cuando respira, ese ruido incesante que a veces me hace desear que estuviera muerto. No lo deseo realmente, claro, y si la idea cruza por mi mente la reprimo de inmediato, la encierro en mi pecho. Pero aquí, ya todo parece muerto. El olor que trae mi padre lo respiro como el de un fantasma —como esas cosas que parecen, en sí mismas, recuerdos—.

En la noche, me acosté en mi cuarto de niña. Me fundí en esas sábanas limpias que el amor de los hombres no había mancillado. Evidentemente, ningún muchacho había puesto los pies en ese cuarto, yo sólo había traído a algunas amigas de la preparatoria. Así que todo había quedado intacto. La cama había guardado su limpieza virginal. Al meterme en las cobijas, me sentí de nuevo lavada, purificada.

Entonces pensé en Joachim, al que no había visto desde hacía cuatro días y no lo

extrañaba. Me hubiera gustado que la pausa de esa noche no terminara jamás. Quedarme ahí, en esa nitidez, y envejecer sin sentir mi cuerpo nunca más. A veces me gustaría quedarme inmóvil como el pasto del jardín, dejarme tomar por el pasto y hundir mis raíces en la tierra. Sueño con un cuerpo blanco y helado como el estanque cubierto de hielo, congelado cerca de mi casa, al que iba a pasar el tiempo cuando era chica: no más sangre en mis venas, no más placer mutilado, no más carne en la mía. Yo también, desaparecer.

Tuve que irme el día siguiente. Mis padres me dejaron en la estación de Valenciennes con cierta amargura, como siempre, aunque consolados por la idea de que iba a ver a mi novio.

—Estamos contentos de que hayas encontrado a alguien, dijo mi madre.

Ingenua. Si sólo hubiera sabido, en ese momento, hasta qué punto me era insoportable la idea de volverlo a ver, y cómo me anegaba la repulsión en cuanto él tenía que tocarme.

Joachim me llevó a su casa por primera vez una noche de enero —casi cuatro meses después del principio de nuestra historia—. Habíamos tomado la costumbre de hacer el amor en mi cuarto minúsculo, donde apenas entraba la luz. El calor no se iba. Cuando Joachim se marchaba, siempre tenía que ventilar el cuarto durante horas, abrir toda la ventana a pesar del frío; pero el olor era tenaz. Pasaba el menor tiempo posible en ese cuarto cuando él no estaba. Salía. No dormía bien en las noches, estuviera él o no. El contacto de las sábanas sucias me obsesionaba, me daba insomnio.

De vez en cuando, también lo hacíamos en el taller, después de regresar de La Coupole, cuando estábamos demasiado cansados para regresar o el metro ya había cerrado. Dormíamos en el sillón. Nuestro sueño olía a polvo, nuestros sueños adquirirían un sabor a pintura. Nuestros cuerpos se apretaban como podían para caber en el sillón. Nos replegábamos. Joachim tenía que abrazarme. Al principio ese gesto me dio seguridad, después me irritó. No podía dormir, pegada a su piel de esa manera. Esperaba el amanecer tras las grandes cortinas blancas. Al primer rayo de luz, me sentía aliviada, «Por fin», pensaba, «se acabó la noche».

A partir de esa época, creo, en la que me ponía a esperar el día como una liberación, el sueño me abandonó definitivamente.

Joachim me invitó entonces a vivir a su casa, por comodidad: era evidente que vivir los dos en mi cuarto se volvía incómodo, y el taller no tenía el perfil de un departamento. En esa época, cuando me invitó por primera vez, creí que era un acto de amor, y ciertamente me halagó. Todavía tenía la ilusión de que esas cosas eran normales para una pareja, que después de un cierto tiempo vivir juntos era una etapa esperada. Todavía ignoraba que todo era sólo un simulacro. Que, pasara lo que pasara, Joachim y yo nunca seríamos como los demás.

Su departamento daba a los salones de can-can de la calle Saint-Gilles con su bar de tapas en la esquina. El barrio estaba animado hasta entrada la noche. Escuchábamos el escándalo de los españoles y el arrullo de las parejas jóvenes a la luz de los faroles. Por extraño que parezca, la presencia de esa vida al exterior, del otro lado de las paredes, volvía más pesado el vacío del departamento.

Los primeros días ese vacío me era insoportable. Sobre todo en la mañana, después de una noche sin sueño, cuando el bullicio se había calmado. Dejé de esperar que Joachim se despertara: me iba a las prisas, llegaba a la librería más temprano de lo previsto. Aprovechaba para ir a tomar un moca en el café L'Écritoire. En esas mañanas de invierno, miraba a los hombres jóvenes que iban llegando a la plaza de la Sorbona. Algunos venían a sentarse al café para releer sus notas antes de una clase o para desayunar. Durante una hora, contemplaba ese ballet desordenado de juventud y vanidad, disfrutaba como espectadora de esa danza masculina. Esos momentos eran los más bonitos del día.

En esa misma época, iba a comer en mis descansos a la calle Mazarine, donde estaba la exposición de Joachim. Veía que a la mujer de la galería le irritaba que llegara así con mi sándwich y dejara migajas en el suelo mientras comía. La incomodaba. Sobre todo en ese lugar en que recibía clientes importantes. Pero nada lograba distraer mi atención. Me quedaba durante una hora, parada, inmóvil, un poco tonta, masticando mi *pain bagnat* frente a las telas de Joachim. Mi estado era cercano al de la meditación, sin embargo en mis adentros una voz estaba gritando: «Este es tu cuerpo, este es tu cuerpo, Maruca».

—Entre tú y yo, eres la única que se interesa en estas telas —me dijo una vez la mujer, la sola vez, creo, que me dirigió la palabra.

A partir de ese día, me pareció menos hostil. Como si, al manifestar cierto desprecio por Joachim, se hubiera vuelto cómplice mía.

Los domingos y las vacaciones siempre eran momentos críticos.

Cuando no trabajaba en la librería, al principio, aprovechaba el sueño de Joachim para salir del departamento. Desde los primeros rayos, cuando el sol entraba y relucía en su piel, me levantaba. Sola, afuera, me ponía a caminar. Recorrí kilómetros, ese invierno, de la Bastilla hasta las arcadas de la plaza de Vosges, que atravesaba sin mirar siquiera las vitrinas de las galerías de arte —tan odioso me era todo aquello—. No regresaba nunca antes de asegurarme que encontraría a Joachim levantado, limpio y vestido; pues nada me parecía más intolerable que la vista de ese cuerpo desnudo y ya en erección.

Escapaba así a esos despertares que siguen a las noches de amor fallidas.

Pero, con el tiempo, el malestar persistió más allá del despertar. Por más tarde que regresara de mis paseos, encontraba siempre al otro extendido en las sábanas, esperándome, listo para hacer el amor de nuevo.

La amargura del departamento pareció fundirse poco a poco con nosotros y deformarnos cada día un poco más. Perdíamos nuestra forma humana. La decadencia había empezado una mañana, cuando sentí por primera vez ese sabor en mi boca. Una especie de bilis con sabor metálico se había formado sobre mi lengua. Todos los días, bajo la luz intermitente del neón del baño, iba a sacar la lengua. Pasaba cinco minutos frotando su superficie; equipada con un cepillo de dientes, espumaba la película con cierto asco. Después, escupía. Contemplaba un momento la secreción blanca que se deslizaba lentamente hacia el desagüe del lavabo. Todos mis esfuerzos fueron vanos. Cada mañana, la bilis se volvía a formar.

Joachim también se pudría. Él no sabía que se pudría. No podía verlo. Sin embargo, a fuerza de hacer el amor, su piel se había vuelto amarilla, hasta las uñas, hasta los dientes. Su aliento también se deterioraba, él que antes tenía una respiración inodora. Y nuestros cuerpos se nutrían uno y otro de ese enmohecimiento, lo alimentaban mutuamente. A pesar del invierno, estábamos calientes, pudriéndonos así en las sábanas. Pronto, nuestros cuerpos terminaron por volverse un sólo organismo, sucio, pálido, enfermo de erotismo.

Sin embargo, en febrero un elemento nuevo vino a aportar una esperanza de frescura en el lugar: una niña.

Yo sabía que Joachim tenía una hija. Nunca me lo escondió, sin embargo me era difícil ver en él a un padre. Seguido me preguntaba cómo sería esa pequeñita de apenas cinco años; si se parecería a él. El día que llegó —su madre la dejaba con él durante las vacaciones de invierno— la esperé con cierta aprehensión.

Ofelia. Así se llamaba. Un nombre de tragedia. Como todavía le costaba trabajo pronunciar esas tres pequeñas sílabas, decía «O-li». Por eso su papá la llamaba así. Holly.

Así que hizo su entrada en el departamento, una criaturita apenas de dieciocho kilos, acarreando esa tela de algodón de la que nunca se separaba —como otros niños pasean muñecas de plástico o peluches viejos—. Me escondí tras la puerta del cuarto. Me sorprendió ver que no se parecía en lo más mínimo a Joachim. Era igual a su madre, una rubia de labios encarnados, carnosa, más bonita que yo. Una mujer que Joachim había amado. Escondida tras una puerta, en la sombra, observé a los tres reunidos en la sala, mientras la madre dejaba a la niña.

—No te ves bien, Joachim. Deberías darte un descanso, dijo. Por cierto, ¿tu novia no está?

Dijo que no. Con la cabeza baja y la mirada avergonzada, dijo simplemente «no». Cobarde, sabía muy bien que yo estaba ahí, tras esas paredes, sabía que los miraba. Le daba vergüenza. Así era siempre. Frente a la mujer de la galería, el día de la inauguración, tuvo esa misma mirada cuando lo tomé de la mano. A Joachim le gusta hacerme el amor, pero no quiere que se sepa. Por eso se encierra todo el día sin ver a nadie. Perdió su dignidad. Lo maldeciría, si recordara de pronto que es el único que

me ama.

La presencia de Ofelia durante esos quince días fue un respiro para mí: con ella en el departamento, en el otro extremo del pasillo, ya no era posible hacer el amor todo el día. Por pudor, Joachim no era capaz. Recuperó así un poco de su amor propio.

En cuanto llegó, Ofelia impuso su soberanía. A pesar de mis veintidós años, estaba sometida a esa pequeña reina autoritaria, a la que no le caía bien. Joachim decía que era normal, que Ofelia nunca había aceptado a las mujeres que tomaban el lugar de su madre. Sin embargo, yo sabía que había otra cosa en ese desdén: a los niños no les gustan los monstruos. Los desprecian sin saber que son temidos a su vez —pues los ogros tienen miedo de los niños, se los comen porque no pueden abrazarlos, los matan para saciarse de su belleza—.

Traté de llevarme con ella mal que bien, pero siempre era lo mismo: yo balbuceaba y ella no me hablaba. Frente a Joachim, en cambio, era toda una comadre, una actriz, como son todas las pequeñitas de cinco años con su padre. Los primeros días me ignoró. Se encerraba en su cuarto; yo la escuchaba jugar toda la tarde, escuchaba sus murmullos, las canciones infantiles que cantaba. También se paseaba desnuda por los pasillos, impúdica ya, arrastrando únicamente esa tela impregnada con su perfume. Le suplicaba a Joachim que le preparara un baño, entonces chillaba como una loca, frotándose con la espuma; después corría todavía mojada y dejaba las marcas de sus pies en el piso, dejaba agua por todas partes, las gotas perlaban sobre su espalda desnuda y no le importaba. Su risa de dientes de leche le estallaba en el rostro y resonaba en mí como una provocación.

Ofelia me aterrorizaba porque era bella. Su belleza imperaba sobre mí y la volvía temible por siempre. Rebosaba de vida, con sus bucles rubios que olían a miel, con su boca triste, con su piel blanca y suave como el buen pan. Y yo ya estaba envejeciendo. Mi lucidez se iba minando desde el interior. Habría dado todo por ser despreocupada como ella, por portar mi cuerpo sin estar consciente de él. Ella era todo lo que yo había dejado de ser: la pureza misma. La ingenuidad en su arista más cruel.

Para escapar de Joachim, espiaba a Holly todo el día.

El miércoles la llevaba a su clase de danza, aprovechaba para salirme del departamento. Me quedaba sentada en una banca, junto a las mamás y las niñeras, y la miraba. Descarada y torpe en medio de los otros niños, desaliñada, con el cabello hirsuto. Al final del curso, la esperaba. Ofelia me ignoraba. Le tendía la mano y ella no la tocaba. Remontábamos a pie el bulevar Beaumarchais. No me hablaba.

La sorprendía en su cuarto, pequeña reina jugando a juegos idiotas, conferenciando sola en medio de sus juguetes. Tenía muñecas. Las vestía, las peinaba y después las torturaba con una meticulosidad que tenía algo de maléfico. También

tenía un gato viejo, que martirizaba con la misma fascinación. Tenía vestidos y peluches. Pelotas y chucherías. Adorable libertad del niño que ignora todavía las quemaduras del cuerpo y de la vida, que ama cuando quiere y odia sin escrúpulos a los otros.

Y cuando no estaba ahí, las tardes en que iba a jugar al parque, por ejemplo, yo me iba a esconder a su cuarto, en ese lugar sacrosanto en el que Joachim no se habría atrevido a buscarme. Me quedaba ahí, en la penumbra, en ese olor de acacia y bergamota que era el suyo. «Joachim no vendrá a buscarme aquí, no vendrá», me decía para tranquilizarme. Desde el cuarto, podría escucharlo dar vueltas por el pasillo, buscándome, sus pasos rechinaban sobre el piso. Percibía su irritación, incluso podía escuchar su aliento, su asquerosa respiración de hombre hambriento.

Regresaba a la niñez. Enclaustrada en esas paredes de calor húmedo, iba a buscar un poco de frescura en el cuarto de Ofelia. Tomaba sus muñecas en mis brazos. ¡Qué olor tan bonito tenían! ¡Qué suave era el olor a azúcar impregnado en su cabello! Me quedaba ahí, en cuclillas. Iba a robar esos hilos de plástico multicolores que guardaba en un cajón, y trenzaba escubidús. Esos objetos perfectamente inútiles que coleccionan las niñas sin otro fin que el de fabricarlos. Así que trenzaba. Trenzaba incansablemente. Todos esos gestos no tenían ningún significado. Me tranquilizaban. Sola en el silencio, me sentía bien.

Joachim no tocaba a Ofelia. A pesar de sus teatros y berrinches, nunca la tomaba en sus brazos. A mí también me hubiera gustado tener cuerpo de niña. Un cuerpo frágil como antes, que tiene derecho a gritar cuando uno lo toca —un cuerpo prohibido—. Y todos los días me sumía en la ilusión de que podía ser como ella, como Holly, por siempre intocable, pero en la noche todo volvía a empezar. Joachim aniquilaba esa dulce quimera. Cuando Ofelia dormía profundamente, regresaba. Y bajo su abrazo yo encontraba mi triste realidad, mi cuerpo ya maduro, demasiado maduro, casi viejo. A pesar de mí, era demasiado tarde para recuperar mi inocencia.

Sin embargo, después de un cierto tiempo Ofelia empezó a aceptarme. Sin duda hubo, en este nuevo interés por mí, una especie de fascinación, como esa amistad mezclada de miedo y burla que sienten los niños hacia los payasos o a los personajes maravillosos. Acepté ese papel que ella me endosó. Sacaba la lengua, hacía payasadas en cuanto Joachim daba la espalda. La hacía reír. Rápidamente, tuvo el capricho de quererme.

Me llevaba a su cuarto y jugábamos toda la tarde. Vaciaba sus cajones y me mostraba sus tesoros. Me miraba trenzar los escubidús con los ojos muy abiertos, cautivada por la mecánica de mis manos. La dejaba escoger los colores, cosa que hacía con una aplicación extrema. Después trataba de imitarme, pero sus dedos, todavía demasiado nerviosos, eran incapaces de hacerlo. Al final, se los ofrecía por decenas. Ella los colgaba a diestra y siniestra, como fetiches irrisorios, o los dejaba

tirados hasta olvidarlos en el polvo. Me trenzaba el cabello. Me escalaba, y yo sentía sobre mi espalda el contacto helado de sus pies desnudos. Reía al afearme y hacerme daño. Yo no decía nada, consentía los arañazos de sus uñitas y sus burlas infantiles. El suplicio me dejaba despeinada, cosa que le daba mucha risa. Siempre reía. Se burlaba de mí.

Corría por el pasillo y me llevaba con ella, me obligaba a correr también, con mis piernas demasiado grandes y mis huesos demasiado pesados. Me pegaba. Nos derrumbábamos por el piso. Ella siempre se levantaba y me arrastraba con la mano. Sus rasguños apenas la lastimaban; los míos sangraban, la herida tardaba días en cicatrizar. Mis rodillas ya no estaban hechas para los rasguños de los niños.

Era su juguete, su adorno, era el tierno objeto de su calvario. Hacía piruetas para ella como, un año antes, las hacía para el objetivo de Joachim. Me ponía mi traje de monstruo para darle gusto.

Y poco a poco, me encerraba. Mi cuerpo era demasiado grande y era demasiado sucio para los caprichos de Ofelia. Me lastimaba. Cada día me lastimaba un poco más.

El afecto de Ofelia era tan ilusorio como el de Joachim. Ambos me mutilaban con un júbilo egoísta e inconsciente. Yo no decía nada. Tomaba su amor si protestar, su amor torpe y absoluto, y me contentaba con él. Dejaba que me jalaran el cabello y me moldearan las mejillas con sus manos. En la mañana, desnuda frente al espejo, constataba los moretones sobre mis piernas, sin saber muy bien si me habían salido por las caídas que me provocaba Ofelia o porque Joachim me había hecho el amor con demasiada violencia.

Estaban locos. Los dos estaban locos. Noche y día era víctima de su cacería, de las trampas de uno u otro. Su histeria no consentía tregua alguna. Y yo, cercada en ese departamento, también me volvía loca poco a poco. Cedía bajo su peso. Cedía bajo el cuerpecito helado de Ofelia que trepaba sobre mi espalda pellizcándome la piel. Cedía bajo el torso húmedo de Joachim, bajo sus manos que dejaban moretones en mis muslos. Y cuando, en la noche, Joachim venía sobre mí una y otra vez, me parecía encontrar en sus gestos el mismo entusiasmo inquietante de Ofelia —ese amor obstinado y tiránico que sólo sienten los niños estúpidos o los alienados—.

VI

Al momento que escribo, escucho el agua de la tina corriendo desde el baño por las cañerías. Maruca estará bañándose. Lleva semanas encerrándose en ese cuarto. El agua corre durante todo el día. El esmalte de la tina se llenó de cal; incluso su cuerpo se ha vuelto arenoso a fuerza de estarse frotando. Raspa al tacto; la piel se deshace como una piedra pómez.

Llevo una semana escribiendo, más o menos. Escribo porque no puedo pintar. Ya sólo me quedan las palabras, es patético pero es lo único que me resta de dignidad ahora que ya no sé pintar. Lo olvidé.

Todo empezó poco tiempo después de la noche de la inauguración. Me volví autista. Intenté recuperarme varias veces, pero cuando me encuentro frente al papel siempre es el mismo vacío. El mismo absurdo. Tomo un lápiz en mi mano: lo contemplo un momento. Trazo una raya. Esa raya no quiere decir nada. Miro el papel, constato la textura granulosa de la tela, su blancura estúpida; la acaricio. Nada. No pasa nada. Las líneas y los colores son inútiles. Ya no sirven de nada, no tienen nada que expresar puesto que mi vientre está vacío.

Para qué trazar líneas, me digo, y restringir mi violencia a los penosos límites de las formas humanas. Para qué pintar a Maruca, ahora que es mía.

Es la posesión física la que destruye todo, como si hubiera sido el fin de la obra que había emprendido. Había cerrado los ojos durante el amor. Había comprimido mis músculos para no sentirla. Desde el principio, la pintura no había sido más que una salida. Había pintado a Maruca porque no me atrevía a tocarla, para olvidar mi repulsivo deseo de amarla. Había usado lápices, mezclado colores, rasgado el papel, sólo para darle un sentido a mi vergüenza. Si la violencia debía salir, que se descargara en la tela.

Pero mis nervios cedieron. El arte ya no había sido suficiente. Maruca se había vuelto el único soporte, el instrumento posible; se había vuelto el papel mismo, el color, la satisfacción.

Así que escribo. En vano: es como hablar solo, sin respuesta, sin eco. No sé por qué me obstino, pero es como si me colgara de un resto de humanidad. Las palabras tienen algo de liso y tranquilizador. Aclaran las cosas. Es algo que necesito, pues llevo viviendo desde hace semanas como un animal.

Maruca se mudó a mi casa.

Pasó naturalmente. Trajo su maquillaje, sus cremas para la piel, sus vestidos con holanes y sus sandalias. Cuando llegó, la miré hacer sin decir nada, pensando «listo» —de ahora en adelante, Maruca vivirá aquí—. Dormirá en mi cama, impregnará las sábanas con su presencia, me despertará en la mañana con su aliento de café. Me cansará cada día un poco más, acabará con mis fuerzas, me volverá loco. En el fondo, me daba vergüenza dejar que, fea como era, se apoderara así de mi vida, vergüenza de que los demás supieran. Sin embargo, había consentido. Desde

entonces, acepté todo. Acepté vivir solo con ella y su fealdad, solo con mi deseo abyecto —de todos modos, ya no tenía nada que perder—.

Al principio, las cosas pasaron normalmente, o casi. La miraba dormir cerca de mí. La veía, en la mañana, emprender el minucioso ritual de su maquillaje. Miraba sus vestidos en el polvo del clóset. No lo hacía con ternura. La observaba, nada más. Estudiaba tranquilamente los ángulos de su rostro, sin tocarlo. No era cuestión de felicidad ni de desesperación —había perdido esas nociones—. A veces todavía pensaba en todo eso, en lo absurdo de la situación. Escuchaba en mi contestador mensajes de viejos amigos inquietos, que buscaban llamarme al orden. Siempre había esos cinco minutos cotidianos en que me decía: «No amas a esa muchacha. Déjala, déjala para siempre». Después, lo olvidaba.

Pero las cosas cambiaron, las cosas se ensuciaron bruscamente.

Rápidamente, su olor invadió todo. El olor un poco soso de su café de la mañana, que bebía, desaliñada, frente al radio, a veces desnuda todavía bajo un camisón sucio. El olor de su transpiración, también. Esa especia dulzona que impregnaba su cuello, su cabello, su pubis. Podría percibirlo a diez metros de distancia, ese perfume de cuerpo recién despertado y ajado por el amor. Pronto, su violencia salada empapó cada parcela del departamento, cada porción de mi ser.

Maruca cambió también.

No sé cómo, pero poco a poco su rostro se descompuso frente a mis ojos. Algo como una metamorfosis. Empezó con una negligencia progresiva. Su acné regresó, le daban crisis violentas. Germinaba en su frente, sus mejillas, brotes ingratos. Maruca pasaba horas frente al espejo, ya no sabía qué hacer, frotaba su rostro con una loción muy fuerte, irritante. Su piel desinfectada se cubría de manchas rojas, no servía de nada. Entonces se rascaba, a mano limpia, como encarnizada. Se abría la piel, sin limpiar, se abría hasta destrozar su rostro. Quedaban cicatrices aquí y allá, como estigmas de esa cirugía bárbara.

También se arrancaba la piel alrededor de las uñas. Lentamente, con minucia, despellejaba sus dedos. A veces aquello se infectaba. Un día, temí que se hiciera un absceso. Le puse una venda alrededor del pulgar; ella lo rasgó, estropeó la gasa hasta llegar a la epidermis, para volver a empezar.

A veces era desgraciada, me daba cuenta; se lastimaba a sí misma con una meticulosidad parecida al suplicio. Interpreté aquello como una forma de automutilación. El tipo de penitencia que uno se inflige a sí mismo para renegar hasta la última partícula de su cuerpo y su ser.

Llegué a creer que era la tristeza la que la volvía así. Maruca nunca fue más humana, más conmovedora que en ese periodo de deterioro que precedió nuestro final.

Porque Maruca no era feliz conmigo, lo sabía muy bien. Tenía derecho a

odiarme, lo entendía perfectamente. Un día, hace ya varios meses, cuando todavía era intocable, una tela se cayó y ella la vio. Vio ese retrato arruinado, el espejo de su fealdad. Entonces, sí, admitía que se hubiera enojado después de eso, y que me hiciera pagar ahora la tragedia que yo había desencadenado. Después de todo, había cometido lo irreparable, lo que ningún hombre tiene derecho de hacer soportar a otro: al pintarla, había dado forma a su fealdad, la había confirmado al mundo como si la hubiera señalado con el dedo. Había violado un tabú.

Cada día, incluso si ya no pintaba, le pedía que se sentara en el sillón como antes, desnuda, sólo para mirarla. Ni siquiera sabía por qué insistía —si sólo quería tranquilizarme, probarme que seguía siendo la misma—. Era demasiado, debí haberme detenido. Pero ella siempre se recostaba, cansada, prisionera de esa repulsión hacia ella misma que yo alimentaba. Y sin decir nada, me dejaba hacer, me dejaba arrancarle un poco más su parte monstruosa. Su consentimiento se volvía heroico.

Se había vuelto huidiza, ahora que la poseía físicamente. Estaba, por ejemplo, su amor por Holly. La pequeña la adora. Se pusieron a jugar juntas durante horas, encerradas en el cuarto, oía sus murmullos, sus canciones idiotas, sus complots. A veces las espiaba, y moría de impotencia. Imaginaba que estaban hablando de mí. Imaginaba que me detestaban, las dos, y que se habían aliado a través de su odio.

También estaba su ausencia cuando hacíamos el amor. Ya no me suplicaba como antes. Siempre era yo el que la buscaba.

Y cuando me agitaba sobre ella y ella esquivaba mi mirada, era como si escuchara: «Ves, yo soy débil, yo soy la víctima y tú eres el monstruo».

En esos momentos en que ella ya no se movía y resistía con su sola parálisis, era más fuerte que nunca. Su poder igualaba al de las diosas griegas que asesinan hombres en las tragedias; sus cabellos, pesados y revueltos, en los que mis dedos se enredaban, eran como los de ellas; su sudor era el del vigor y el esfuerzo, todo su cuerpo se humedecía con él. Sus huesos eran tan sólidos que, a pesar del peso de mi cuerpo de hombre, sus piernas habrían podido triturarme al cerrarse sobre mí, romperme la espalda con una sola contracción.

Era casi bella.

Había días en que todo su cuerpo era como una provocación, una invitación al asesinato. Sentía que algo subía por mi vientre, ganas de vomitar, un deseo de suplicio. Era un poco como ese instante que precede al orgasmo, esa especie de precipicio, ese vértigo cuando todo va a derrumbarse de pronto.

Matarla hubiera sido un acto lógico. A veces pensaba en hacerlo, cuando estaba ahí frente a mí, el rostro tumefacto de acné, y me miraba con sus ojos vacíos, pequeña idiota. Matarla, matarla definitivamente, desaparecer ese cuerpo de monstruo que no debería existir, liberar al mundo de su fealdad escandalosa. Estaba tan laxo, tan lleno de ella, tan cansado de su cuerpo blanco. Me habría arrastrado

hasta ella, me habría acostado sobre ella, cubriéndola como la noche, y mis manos habrían estrechado su nuca. Y, sin parecerlo, mis falanges se habrían tensado una por una, y el rostro de Maruca se habría cerrado para siempre.

Nunca lo hice porque soy cobarde. Entonces, como no podía asesinarla, seguí haciéndole el amor. Vaciarne en ella era un poco como matarla al infinito, celebrar cada día un nuevo sacrificio. Finalmente, nuestros momentos de amor tomaban un poco más la apariencia de una lucha. Ardía en ella, ardía a pesar de su piel sin calor, a pesar de su cuerpo vacío. Al final, siempre surgía ese silencio, como supongo que sucede después de un asesinato. Cuando me retiraba, el cuerpo de Maruca estaba inmóvil en las sábanas. Tenía la mirada fija en el techo. Sus ojos no oscilaban. Y yo también estaba un poco como muerto, después de todo eso. Dormía con un sueño pesado, sin sueños precisos, sólo un revoltijo de sensaciones sin coherencia.

Persistía, le hacía el amor hasta hacerle daño, sosteniendo su rostro impasible entre mis manos para impedirle esconderse contra mi torso, la miraba y eso le era insoportable. Y yo desesperaba cuando hacíamos el amor y ella me miraba apenas, porque me detestaba, porque le daba miedo y yo le mordía la boca para impedirle gritar. Ella, cruel, tonta, no reaccionaba, aunque la lastimara, aunque su silencio me matara.

El agua chorrea sobre mi rostro, salpica el espejo, moja mis mangas demasiado largas. Resoplo y aparto los cabellos que caen sobre mi boca. Sobre el espejo empañado, mi reflejo se arruga. Estornudo.

Me encerré en el baño.

Me refugié en la tina. Estirada en esa superficie vacía, helada, leo. Hojas sueltas tocan el enlosado. En algunos lugares, minúsculas gotas de agua escapadas de un tubo caen sobre el suelo y embarran la tinta. La escritura de Joachim se deforma, se distiende, se dilata, se vuelve indescifrable para siempre.

Mientras leo, no puedo evitar tocar mi cabello. Mis manos se mueven con gestos mecánicos. Lo aliso. Mecha por mecha. Ayer en la noche, Joachim hundió tanto sus manos en él que los nudos son casi imposibles de deshacer. Parezco una salvaje. Ese cabello, sin embargo tan bonito, cayendo sobre mis omóplatos como el de las cortesanas deja grasosas mis manos cuando lo toco. Cuando paso mis dedos por él, me jala y dejo sobre el enlosado mechones ásperos. Caen y cubren el suelo y se mezclan con el polvo. Hay cabello por tantas partes —en la cama, en el lavabo, en el sifón de la regadera— que a veces sueño con él; sueño que mi cabello me asfixia, que una bola de nudos se atoró en mi garganta, y trato mal que bien de escupirla pero los hilos se enredan en mi lengua. Aquí todo está sucio, habría que lavar de una vez por todas, lavar los restos de cabello. Tal vez así podría recobrar el sueño.

Ya llegó el mes de mayo, y con él el polen, el sol hiriente y la risa de los jóvenes

por las calles de París. Como el departamento de Joachim no ofrece ninguna vista al jardín del Luxemburgo y sus canchas de tenis, a veces los espío por la ventana que da a la calle Saint-Gilles, los veo pasar. En la noche o en la madrugada escucho de nuevo sus voces sonoras cuando salen de la discoteca y vienen a orinar en la esquina de un poste de luz mientras hacen tintinear sus botellas de alcohol. Hace ya tanto calor, para ser primavera. Dejamos las ventanas totalmente abiertas. Percibo la vida que hierve bajo las paredes. Extendida sobre la cama, al lado de Joachim, escucho su escándalo. Imagino, en un sueño turbio, sus cuerpos de marinos estúpidos, con fauces enormes, hechas para deglutir el cuerpo de las muchachas como caníbales.

Pero un día, Joachim ya no abrió la ventana. Cerró todas las persianas. Incluso la puerta. Nos encerró a los dos aquí.

Desde entonces, no hace más que dormir. Día y noche. A veces se despierta cuando yo simulo estar amodorrada. Finjo dormir, pero escucho cómo se levanta; percibo el crujido de sus pasos sobre el suelo, el ruido del agua en el baño. Después, con un portazo, se va. Una hora o dos, tal vez más. Mi espera, en cambio, es interminable. Me quedo inmóvil bajo las sábanas y el silencio del departamento me da vértigo. Recuerdo esas mañanas de soledad cuando, de niña, me enfermaba y me tenía que quedar en casa; de ese miedo en cuanto escuchaba irse a mi padre. El vacío de los cuartos se concentraba en mí, aquí, en mi vientre, como si yo misma estuviera vacía. Es el mismo vacío que ahora.

El día y la noche se confunden. La luz sucia tijeretea el suelo y filtra el polvo. No sé qué día es. No sé de dónde viene la luz, de tan pesada, estática. Las lámparas están prendidas sin interrupción. Ofelia regresó durante las vacaciones de primavera y después volvió con su madre y empezó de nuevo. Su cuarto vacío, abandonado, es como el de un niño muerto que permanece intacto por nostalgia. Vengo seguido a esconderme ahí, como antes, acaricio las pestañas de las muñecas, encuentro por casualidad al viejo gato. Percibo ruidos vagos —el rechinado del radiador, el murmullo de los vecinos detrás de las paredes—. Escucho los clamores de la ciudad, muy lejos, abajo. El ritmo de los días no tiene otro guía que el sueño de Joachim.

Duerme como un ogro. A veces me atrevo a ir a verlo. Contemplo su cuerpo en medio de la cama deshecha. Nunca me quedo demasiado tiempo. Apenas lo suficiente para contener mi miedo, verlo de frente. Pero me falta valor. Una sola vibración de su piel me hace huir, regresar a las sombras y me encojo, silenciosa, esperando a que despierte.

Exploro de puntillas todos los rincones del departamento. El piso cruje bajo mis pies desnudos. Me encorvo para que la luz no me alcance. Rozo el suelo, aguanto la respiración. Me escondo como un animal. Me siento en la cocina, me como una pera; está un poco viscosa y el jugo resbala por mis manos. Me alimento de frutas secas, de galletas, de leche. Me duermo en el piso, mis cabellos barren el polvo. El gato pasa cerca de mí y se sorprende al ver mi cuerpo tendido. Siento cómo toca mi cabeza con

sus patas, me jala del cabello, cada vez más fuerte, hasta lastimarme.

Me doy lástima tan sola que estoy.

Una vez fui a la biblioteca.

Joachim había acondicionado un pequeño escritorio al fondo del pasillo. Siempre lo cerraba con llave, pero sus siestas interminables me habían permitido hurgar por toda la casa y apoderarme finalmente del llavero —lo había escondido en un armario, el muy inocente—.

El escritorio estaba patas arriba, cubierto de papeles y carpetas. Joachim amontonaba ahí todos sus libros, viejos libros muy valiosos, que a duras penas me atrevía a tocar. Antes de abrirlos, me pasaba horas acariciándolos, respirando su olor a polvo, como en los tiempos en que ordenaba libros en la tienda de Arístides.

Joachim coleccionaba tratados de estética, libros de arte, de historia, o de filosofía. También libros sobre mitos y leyendas, que devoré con vehemencia.

Regresé cada vez más seguido, hasta pasar ahí todas mis horas de soledad. Leía historias sobre los dioses y la creación del mundo. Aprendí que, antes de que existiera cualquier forma de humanidad, incluso antes de que aparecieran los dioses, el universo había engendrado monstruos. El cielo y la tierra se habían unido para formar criaturas odiosas, hechas de la violencia original. Eran monstruos nacidos de la fecundación del mundo por sí mismo; su fealdad era pura, y su ira, virgen. Pero eran unos monstruos malditos. Nadie los quería. Para impedirles ver la luz del sol, los sepultaron. Un día, una guerra estalló. La edad de los monstruos había pasado. Entonces, los dioses los castigaron.

A veces los veía en mi cabeza. Veía al pobre Tifón, que se golpeaba en la cabeza con las estrellas. Imaginaba a los Cíclopes, con el cuerpo oxidado de tanto forjar. Y las Gorgonas, tan feas que las habían expulsado a los confines del mundo. Les perdonaba su atrocidad. Soñaba con un final justo, en que todos podrían vengarse del Olimpo.

Entonces entendí que todas esas leyendas eran reales. Que todavía hoy seguían enterrando vivos a los monstruos, los seguían desterrando de la superficie del mundo para no verlos más. Y me imaginaba que todas las personas feas de la tierra estaban condenadas al exilio y nunca morían. A veces, en la noche, pegaba mi oreja contra el suelo, y las podía escuchar; escuchaba sus lamentos sobrecogidos, sus murmullos. Agazapadas en su asilo subterráneo, me llamaban.

Descubrí otros textos, antiguos testimonios; probablemente se remontaban a la Edad Media. Leía. A veces me costaba trabajo entenderlos. Estaban escritos en una lengua arcaica. Algunos hablaban de criaturas barrocas con el cuerpo mutilado, directamente salidas del infierno. Otros sostenían haber visto mujeres pariendo perros. Individuos que deambulaban sin piel, con la carne y los órganos al desnudo. Describían hombres que parecían bestias, con cuerpos exhibiendo el sexo como una llaga o una excrecencia anormal. Muchas veces los testimonios estaban acompañados

de grabados. Los trazos eran groseros, torpes. Casi risibles. Yo sabía que todas esas historias eran mentira, que las hacían para personas ingenuas, o idiotas. Pero era más fuerte que yo, me lo creía todo. Me asustaba yo sola. Arrodillada en esos cuartos llenos de silencio, me convertía de nuevo en esa niña con angustias sofocadas. Como tantos otros, quedaba cautivada.

Entonces, me di cuenta que en todas las épocas, en todas las civilizaciones, los monstruos habían sido objetos de una fascinación malsana.

Me acordé de ese programa de televisión estadounidense en el que invitaban a personas con un físico ingrato para hacerles una cirugía. Miles de espectadores habían mandado sus fotos. La primera afortunada fue una solterona de Alabama. Labios delgados, orejas deformes, nariz grande. Lloró mucho cuando se enteró. Su cara se contrajo con todas sus fuerzas, y su mueca la afeaba todavía más. Se cubrió con las manos, de tanta vergüenza. Seis semanas más tarde reapareció sobre el escenario. Radiante. Sus rasgos se habían afinado; su boca estaba más carnosa, sus ojos ya no tenían ojeras. Habían aprovechado para operarle los senos y cambiarle el guardarropa. Algunos meses después del programa, parece ser que ya le habían pedido la mano.

Pero, a decir verdad, poco importaba el resultado. La belleza no dura más que un instante; después se apaga, termina por cansar. Lo más importante era ver a los candidatos antes de la operación, y decirse: «Estas personas deben de ser las más feas del país». Peor aún: contemplarlos durante la cirugía, mientras yacían en una cama de hospital con la cara tumefacta, cuando ya no les quedaba nada de humano. Eso era lo que empujaba cada noche a los espectadores a sentarse delante de la televisión: la espantosa y prohibida visión del monstruo.

Un día descubrí una carpeta en un cajón. En la primera página estaba escrito con marcador: «El carnaval de los monstruos -investigaciones 1997-2002-».

Los trabajos de Joachim.

Joachim siempre había evitado el tema escrupulosamente. Durante nuestro primer encuentro, fue vago. Me habló de una investigación estética, de poner en duda los modelos de belleza. Le creí, no busqué saber más. Después de todo, no me importaba. En esa época, sólo contaba la imagen novelesca que me había hecho de la situación. Si había respondido a ese anuncio, era nada más para ser contemplada. Todavía ignoraba que nunca podría ser una modelo como cualquier otra, que lo que motivaba al arte de Joachim, más que la admiración, era la repulsión.

Las primeras páginas eran notas apenas legibles. Esbozos de un proyecto, mil veces tachados. Finalmente entendí que se trataba de un glosario. Mis ojos descifraron algunas frases al azar.

«Piel: instrumento de reconocimiento táctil. Desprovisto de tejido, el desollado vivo no es más que un cuerpo estéril, desnudado, casi un cadáver ya en descomposición. Cf. las figuras de Miguel Ángel o de Rafael».

«Pechos: órganos de la voluptuosidad femenina, envases de leche materna. Envenenados en algunas figuras mortíferas de la mitología».

Todo había sido disecado con una minucia casi clínica. Tenía frente a los ojos la autopsia de un monstruo. Esta introducción estaba acompañada por fotocopias bastante confusas, reproducciones de obras de arte. *El Saturno* de Goya, en su deglución abismal; las figuras terrosas de Dubuffet; los extraños espectros de Giacometti; los cadáveres de Munch. Extractos literarios acompañaban estas investigaciones: descripciones de monstruos kafkianos, pasajes del Apocalipsis, cantos siniestros de El Infierno. Nada faltaba al prelude.

Lo que seguía me puso la carne de gallina.

Joachim no se había contentado con hurgar en los libros y las pinturas: también había extraído los modelos más macabros de la vida real. Algunas páginas sólo estaban constituidas por artículos recortados cuidadosamente. Pero a éstas les sucedía un verdadero trabajo de investigación: Joachim había emprendido su propia búsqueda de monstruos. Estaba todo: fotografías, detalles macabros. Sin más tardar, entendí que esos testimonios eran la ilustración real de un preámbulo. La prueba definitiva de que los mitos son más que angustias populares reprimidas: los monstruos existen, están ahí, vivientes, y se esconden. La obra de Joachim había consistido en encontrarlos, todos, sin excepción, y exhibirlos al mundo.

Así comenzaba el carnaval.

Una galería titánica de anatomías miserables, reducidas al estado de escorias. Era la colección más espantosa que hubiera visto.

La primera serie de fotografías estaba dedicada a un enano. La criatura había posado alegremente frente al objetivo de Joachim —reconocí el taller de la calle Péguy—. Sobre el último cliché, el artista aparecía al lado del modelo. Alto, impasible, casi tan horrible como el enano.

Una decena de otros individuos estaban catalogados de la misma forma. A medida que el desfile avanzaba, eran cada vez más feos y estaban más cerca de las quimeras de Joachim.

Una anoréxica de treinta kilos, con el cuerpo azulado por las venas. Salía desnuda en la fotografía. Parada frente al objetivo, erguida, con las piernas torcidas.

Un transexual mutilado después de su operación fallida.

Un hombre con quemaduras severas que había sobrevivido de milagro.

Un manco que había nacido así, sin brazos ni manos.

Y ese loco, en Inglaterra, del que había hablado toda la prensa, que se había sometido a un sinnúmero de operaciones quirúrgicas para hacerse un cuerpo de gato.

¿Por qué todas esas personas habían consentido en ser fotografiadas? ¿Qué abominable narcisismo las había empujado a exhibirse así frente a Joachim? De pronto, me heló la sangre una idea espantosa. Una violencia sofocante, el recuerdo de que, como todos ellos, yo había aceptado. Como ellos, había enarbolado mi rostro con más orgullo que si hubiera sido bello.

Entonces recordé mi lugar entre ellos. Como si hubiera olvidado, por un instante, que el último eslabón del carnaval era yo.

Sobre la última carpeta, Joachim había escrito en itálicas, con letra cuidada: «*MARUCA BARBIER*». Había subrayado dos veces el nombre.

Encontré todas las fotografías, incluyendo las que no se habían expuesto. Los famosos clichés del taller de la calle Péguy, en el mes de junio. Mi rostro crispado bajo la luz, mi sonrisa amarilla. La textura del papel fotográfico tenía la misma suavidad helada que la del enano, el manco o los otros. Yo era parte de ellos.

Después, los primeros bocetos, los que nunca se había atrevido a mostrarme. Reconocí mi rostro, dibujado azarosamente en el margen o en el reborde de una hoja. Reliquias irrisorias, a menudo arrugadas o rotas y después piadosamente remendadas con pedazos de cinta adhesiva. A veces, los retratos estaban tan tachados que parecían garabatos. Y en ese amasijo de líneas, en esa ansia absurda de la mano, distinguía mi boca, como una obsesión recurrente.

Después, la forma se perdió, se disgregó lentamente. Mi rostro empezó a desaparecer en el material. Se descomponía bajo las líneas furiosas, se arrancaba. Los trazos se volvían tan dementes que perdían toda coherencia, toda forma de estética. Mi cuerpo estaba engullido en los trazos del carbón, y no quedaba sobre el papel más que la ira.

Y después venía ese pequeño documento de cartón al final de la carpeta. Ni boceto, ni fotografía, ni puntura. Algunas hojas sueltas vagamente ennegrecidas por una escritura casi indescifrable. En la parte superior de la primera página estaba escrito: «Maruca tenía la piel salada. Maruca tenía la piel salada, y la amé por eso».

Entonces tomé el manuscrito, lo escondí contra mi vientre. No era muy grueso, tenía algo así como una decena de páginas. Después, fui a encerrarme al baño.

Estoy sentada en la tina vacía. Mis largas piernas desnudas son demasiado grandes, mis rodillas pegan contra el barniz. Mi espalda se tuerce. Mis músculos se contraen. Me doblo como un feto. Ya no escucho nada. Sólo las palabras resuenan en mi cabeza, y la voz de Joachim, esa voz insoportable que parece no haber mudado nunca del todo.

«La odiaba por ser fea, por no cerrar su boca normalmente. Le suplicaba en silencio que escondiera sus dientes, que ya no se moviera».

Leí con atención, entendiendo un poco mejor en cada página por qué Joachim había hecho eso, por qué, después de haberse vuelto incapaz de pintar, había escogido la seguridad del lenguaje, su poder de claridad, para expresar su repulsión. Por qué cada palabra de ese texto era como una tentativa desesperada de explicar las cosas, de nombrarlas. Y entendí al fin que tras esas líneas resonaba su fracaso, su ruina definitiva, la ineludible frustración de su arte.

«Le suplico a su cuerpo que se quede quieto, que deje de moverse sobre el mío.

Todo iría mucho mejor si no me tocara».

Pienso en mí, en mi fracaso. También en mi ilusión. Había olvidado que era fea. Había creído que, porque un hombre me deseaba, era como los demás. Me sentía libre. Caminaba con orgullo por la calle. Habría podido devorar al mundo con mi boca enorme, morderlo hasta hacerlo sangrar, tragármelo entero. Habría podido convertirme en una mujer.

En lugar de eso, me volví la reina de un carnaval siniestro.

Estoy escondida aquí, replegada como un animal. Ya no puedo sentir el latido de la vida en mis venas sin tener náuseas. No puedo respirar cinco minutos sin darme cuenta de pronto de que tengo la boca abierta, sin sentir el peso de mis dientes en mis encías. Mis incisivos sobrepasan los otros dientes. Si me descuido, un hilo de saliva corre por mis labios. No puedo olvidar su presencia a cada instante, como si esa boca no fuera la mía, como si tuviera una máscara injertada.

«Parar esa risa, a cualquier precio. Ahorcar con mis manos esa garganta que eructaba. Oh, cómo la odié esa noche».

Soy el último espécimen de la especie de los monstruos. Terminaré como los otros, podrida en el vientre de la tierra, mezclaré mi grito a los gruñidos del mundo.

Algo se estremeció interrumpiendo la inmovilidad del tiempo. Por un instante, tembló contra los muros esa luz ocre, sucia como la de un día que hubiera durado demasiado tiempo.

Joachim se había despertado.

Está ahí, parado frente a mí. Tiene una sonrisa tonta. Es chistoso cómo de pronto todo parece normal. Me siento aliviada de verlo tan débil, tan chiquito. En suma, ridículo, en ese cuerpo de hombre de talla mediana, proporcionado. Lo contemplo un momento en su desnudez de despertar marchito, respiro de lejos esa piel que huele a sudor humano... Por un instante, había olvidado lo ordinario que era.

—Ah, aquí estás..., dijo con voz ronca.

Pero bastó con un movimiento de su boca, con una sola entonación, para que tomara de nuevo conciencia de su presencia, ahí, cerca de mí. Emergió de su sueño inofensivo, ahí está, vivo, real. La sangre que corre por su carne, el latido de sus sienes, su respiración, todo en él rompe la plenitud del mundo sin avisar.

Se acerca y su aliento sobre mí es tan doloroso, quema tanto. Me tiende la mano y me levanto en automático, caminamos hasta la sala, apenas nos tocamos los dedos. Me pregunta si dormí. Ya no me acuerdo. Tengo la impresión de velar desde la noche de los tiempos.

Me dice: «Ponte aquí que te vea bien», y yo sé qué quiere decir eso.

Quiere decir que el ritual va a comenzar, esa absurda ceremonia durante la cual mi rostro le pertenece. Está ahí, no dice nada. Yo estoy sentada en el diván y no me muevo. Todo pasa muy lentamente. Me contempla y es casi inquietante, ver sus grandes ojos negros posados sobre mí, muy abiertos. En esos momentos, Joachim no

soporta ningún ruido, ningún elemento ajeno. Apenas tolera que yo me mueva, se irrita inmediatamente. Le gusto así, paralizada. Le gusto como objeto. A pesar de todo no es violento, al menos no al principio. Apenas se atreve a tocarme, como para protegerse un poco, antes de ensuciarse las manos.

A veces me digo que si alguien entrara en el cuarto y nos viera, probablemente pensaría: «Ese hombre la ama locamente». Pero he aprendido a descifrar las miradas, a no confundirlas con alguna forma de admiración. Hay cosas que está prohibido mirar. Como ese hombre tullido que mendiga en el metro, o ese retrasado mental que grita en la calle. Los padres enseñan a sus hijos a no señalarlos con el dedo, no es de buena educación. Sin embargo, algo atrae nuestra mirada irresistiblemente, el horror del cuerpo, el terror que inspira. Pasamos de largo, llevamos nuestra mirada al frente. Pero en el fondo, el otro nos está gritando: «¡Anda, párate y míralo hasta saciarte! ¡Olvida que es humano y que tiene dignidad!».

Pues bien, Joachim me contempla ese día con la misma mirada de tabú violado. No es amor. Es júbilo frente al horror.

Entonces viene el primer contacto. El momento en que todo se mancha, en que los cuerpos rencuentran su mecanismo primero. Acerca su rostro y —qué extraño— el calor que exhala sobre mis mejillas es casi doloroso.

Joachim es torpe. Me desviste apenas lo necesario. Me veo ridícula así, desaliñada, con el vientre desnudo revelando la vergüenza del sexo. Durante todo el tiempo, me digo que, peor que los monstruos, sólo hay esto. La conjunción de dos seres histéricos que se llenan el uno del otro, que se quedan sin aliento a fuerza de vaivenes y que gozan produciendo jadeos y gruñidos. Después de todo, una persona, por más fea que sea, conserva su dignidad, es inofensiva, si no se acopla. El colmo de la barbarie no se alcanza sino a dúo, en esa mascarada, en esa pequeña danza ridícula. Me pregunto si eso se le habría ocurrido a Joachim, para su carnaval.

En la confusión de sus gestos, finalmente encuentra mi rostro. Me revuelve el cabello con las manos, moldea mi cara como si fuera una pasta —mi cuerpo es de arcilla, me vuelvo su material de trabajo—. Me gustaría esconder mis dientes, como cuando el dentista sumía sus dedos ácidos en mi garganta. Pero no, Joachim quiere ver mis dientes, me fuerza, me mira, me lastima.

Yo me dejo hacer. Estoy cansada.

Cada cierto tiempo lo miro de reojo, con indiferencia. El tiempo justo para constatar, con cierta sorpresa, lo ridículo que es él también. Sus ojos alucinados. Su sexo en medio, como un animalito mezquino. Sus estremecimientos cuando goza. Durante un segundo, pienso que podría reír. Estoy ahí, a punto de estallar, con la risa en el borde de mis labios...

Entonces, para contenerme, pienso en mí, bajo él, tan grotesca como él, cobarde por dejarme hacer, y nuestra miseria apaga en mí toda veleidad de reacción.

VII

Maruca está muerta. Probablemente murió ayer: esta mañana me levanté y la encontré en el baño, sin vida.

No recuerdo haberla matado. Tampoco sé cuando la vi viva por última vez. Recuerdo cuando venía al taller con su vestido rojo y sus tacones; recuerdo el olor de su piel, sus latidos, su cabello que olía a champú. Recuerdo eso. También recuerdo los cigarros que fumaba, el movimiento de su boca cuando aspiraba, y la forma en que exhalaba el humo, lentamente. Sí, Maruca estaba ahí, bien viva. Hoy ya no es más que un cuerpo inerte.

Es la primera vez que veo un muerto. Monstruos, he visto centenares, pero cadáveres nunca. Es bella, así, inmóvil. Fría. Probablemente no durará; en algunos días esa belleza intacta va a marchitarse. Voy a tener que deshacerme de ella. Todavía no sé muy bien cómo. Los vecinos van a sospechar. Vendrá la policía, los bomberos, los médicos. La gente se va a hacer preguntas. Haría mejor quedándome aquí, así, y esperar que las cosas evolucionen. No me atrevo a tocarla todavía. La toqué demasiado cuando estaba viva. Ahora dejémosla descansar un poco. Dejemos que respire un poco.

Hace rato fui a mi escritorio. Encontré la carpeta voluminosa en la que había amontonado mis investigaciones. Al agarrarla, pedazos dispersos de papel se deslizaron fuera del forro y cubrieron el suelo. Eran cientos. Pasé horas acomodándolos de punta a punta, pegando una por una las migajas de lo que habían sido los retratos de los monstruos. Remendadas, las fotografías daban un aspecto aún más extraño y dislocado a sus rostros.

Alguien las había despedazado.

Terminé por abrir las cortinas. La luz me pareció un poco fuerte. Me rasuré. Me gustó el olor de la espuma, el contacto de la hoja, y esa piel nueva bajo mis uñas. Me lavé el cuerpo lentamente bajo la regadera, enjuagué con agua pura el olor a sal que se había adherido a mí. Me puse ropa limpia y salí.

Afuera hacía calor. Tomé el metro hasta Saint-Germain-des-Prés. Una muchacha de veinte años se sentó al lado de mí. Traía un vestido de mezclilla que se cerraba por delante con botones, como una blusa. Había dejado desabrochado el último botón, de forma que su rodilla sobresalía. Tenía la piel color caramelo, un bronceado de fin de verano; vello rubio destellaba ligeramente en la curvatura del hueso. Olía bien. Un olor a ciruela. Durante largos minutos, entre Saint-Paul y Châtelet, pensé en lo limpio que era mi deseo por ella, por ese cuerpo joven frescamente bañado; mi deseo por ella no tenía nada de bárbaro. Habría podido fundirme en ella sin dejar rastro, casi sin tocarla; sobrevolar apenas el vello de su piel con mis dedos. Mezclarme con ella sin hacerle daño nunca.

Tomé un café en la calle Buci. Después fui a la calle Mazarine, a la galería. Hacía meses que no regresaba. La exposición no había durado mucho. En lugar de los retratos de Maruca, habían puesto las telas de un joven artista de moda. Las formas eran geométricas, muy sobrias, muy densas. Por un momento, mientras esperaba solo en la galería, miré las pinturas soñando un poco. Dejé que mi mirada se perdiera en esos paralelepípedos grisáceos, de contornos francos. Una pintura sin figuras humanas, sin violencia, desencarnada.

La joven galerista llegó. Se sorprendió de verme, sin embargo esbozó una sonrisita encantadora.

—¿Usted aquí? Hacía tiempo que no venía. Intenté localizarlo por teléfono varias veces, pero nadie contestaba.

Añadió que parecía cansado. No respondí.

Me informó que los retratos de Maruca no se habían vendido muy bien. Los críticos no habían hablado mucho de mí.

—¿Sabe?, hoy la tendencia es más bien esto, dijo, señalando una de las telas expuestas. Este joven pintor funciona muy bien, creo que tiene futuro. Ahora la gente quiere líneas puras, tranquilizadoras. Quieren espacio para respirar. La pintura trash ya nadie se la traga.

—No es tan grave. Tengo otra cosa que mostrarle. Un concepto mucho más original.

Saqué la carpeta del carnaval y las fotografías remendadas. La mujer se puso los lentes y se acomodó una mecha de pelo atrás de la oreja.

—¿Qué es esto? —murmuró—. ¿Quién es toda esta gente?

—Mis monstruos. Mi carnaval. Llevo cinco años fotografiando gente. Gente fea. Ella permaneció en silencio un momento.

—Pero... estas fotos están rotas.

—Sí. Pienso que alguno de ellos descubrió la carpeta por casualidad y las rompió. Pero bueno, no tiene mucha importancia. Nunca le había mostrado estas fotografías a nadie, hasta hoy.

—Escuche —dijo ella levantando la cabeza y colocando sus lentes arriba de la frente—. Voy a ser franca. No sé qué trató de expresar a través de todas estas fotografías. No hay nada artístico en todo esto. Es voyeurismo, perversión, por decirlo de alguna forma.

Mientras hablaba, yo observaba su pie izquierdo, entretenido descalzando y calzando el escaquin. Observaba sus piernas redondas bajo las medias negras, sus pies chiquitos sobre los tacones altos. Ese gesto en ella siempre me había fascinado.

—Si no es mucha indiscreción, ¿ya no ve a esa jovencita, Maruca? Creo que aportaba mucho a su trabajo. No sé qué clase de relación había entre ustedes... Estaban juntos, ¿verdad?... Pero eso le daba a sus trabajos anteriores una profundidad real, un interés que no encuentro aquí. Esa muchacha realmente tenía algo. Pocas veces he visto eso en alguien.

—Ya he hablado del asunto con ella. No puedo restringirme a un único modelo.

—Sí, pero esto... —Hizo un gesto evasivo hacia las fotografías—. No, lo siento mucho Joachim, no voy a exponer estas fotografías.

Regresé a la casa. Había llovido, bruscamente, una tormenta de verano. Me quité mi impermeable, tenía frío. Sobre las baldosas del baño, el cabello de Maruca se estaba llenando de polvo.

Me preparé un baño, como lo hacía Maruca tan seguido cuando estaba viva. No estaba acostumbrado a ese contacto. Me quedé mucho rato, con el cuerpo inmóvil en este calor fetal y las piernas ligeramente entumecidas, y me dije: «nunca has creado nada».

No tengo talento. Nunca en mi vida había pintado. Lo que me interesaba era encontrar monstruos, reales, como los que les describen a los niños chiquitos para asustarlos. Nada más. Todo el arte estaba ahí: contenido en ellos, bastándose a sí mismo. Los monstruos son obras de arte en sí mismos. No necesitan las manos de un artista para representarlos: cualquier retrato que les hagan es un desperdicio.

Tal vez, después de todo, un talento implica el consentimiento de volverse uno mismo un monstruo.

Pequeñas gotas se condensan sobre mis poros. Mi piel enrojece. Miro mi cuerpo desnudo, un poco turbio en el agua caliente. Soy un hombre. He recobrado mi olor, mis mecanismos, mi dignidad. Y con ellos, mis pequeños ridículos, mis pequeñas debilidades, mi cómoda mediocridad. He perdido el instinto de la vida, esa exultación que me habitaba cuando Maruca estaba viva y yo la amaba como loco.

Pero Maruca está muerta.

Muerto, ese cuerpo tan pesado, sin embargo, tan presente, desbordante de vida. Muerto, ese olor que traía sobre ella, mezcla de sal y pimienta; muerto, ese lenguaje balbuceante, torpe, vuelto silencio desde hace varias semanas.

Maruca, Maruca, ¿qué hiciste con mi vida? O más bien, ¿qué hice yo, tan respetable, para encontrarme hoy desnudo en esta tina, grotesco y repugnante? Debería levantarme, ir a buscar a Holly y jugar con ella, contarle historias y amarla como se debe, pues soy un padre, ¿no es cierto? ¿Y no soy un hombre acaso? No tengo ninguna enfermedad; mi cuerpo es suave y regular, mi rostro no es desagradable a la vista. Hice estudios, tuve una hija y moriré viejo probablemente; he fracasado, es cierto, pero ¿no soy como todos los demás?

Empecé mis investigaciones poco tiempo después del nacimiento de Ofelia. Un otoño hace cinco años. Nació un martes.

No sé qué pasó después de eso. Fue en esa época que las cosas empezaron a cambiar poco a poco, que empecé a no sentir nada. Su piel no tenía sabor cuando la besaba. Su cuerpo estaba frío bajo mis manos. Su risa no tenía ninguna resonancia en mí. Toda forma de vida me parecía inerte. Yo mismo perdía la percepción de mi

propio cuerpo; me transformaba en piedra.

Así fue como los monstruos vinieron a mí.

Conocí a decenas de parias. Esas personas que uno cruza en la calle bajando los ojos por educación, tuve derecho a mirarlos con toda tranquilidad. Los contrataba sólo para eso: para observarlos hasta no poder más, hasta el cansancio. Ponía de pretexto una investigación, pero no quería decir nada: el Carnaval de los monstruos nunca había demostrado nada. Sólo me había servido para disfrutar con toda impunidad de un espectáculo hasta ahora prohibido.

No recobraba la sensación de estar vivo más que cerca de ellos. Los hombres nunca me habían parecido tan cercanos que cuando se trataba de monstruos. La vida nunca me había parecido tan real que con sus regalos mortíferos.

Había una forma de amor entre ellos y yo. Los amé a todos. Los quise, los adulé como nadie lo había hecho.

Amé a esa joven anoréxica, una estudiante que vino a verme al final de un curso y me había pedido ella misma que la fotografiara. La llevé a la calle Péguy. Se quitó su ropa, igual que Maruca un año más tarde —de hecho, compré para ella el biombo, esa misma mañana—. Se desnudó, vertical, contra la pared. Su cuerpo era tan transparente que apenas noté su desnudez. Sus pechos eran inexistentes, habían desaparecido en los huesos, se habían atrofiado como el resto de su carne. Después de eso, platicamos largamente, toda la noche, y estar a su lado me daba frío, de tan helada que estaba. Recuerdo perfectamente la aspereza de su cuerpo, sin embargo tan suave por el vello que se había formado sobre su piel. Se llamaba Clara.

También amé a esa mongol que había conocido en el metro una noche de invierno. Era chiquita, gordita y rubicunda como un niño. Tenía cuarenta años, creo, era excepcional. Era extraño ese aspecto de niña chiquita, tan trágico en ese cuerpo en el proceso de morir. No fue fácil abordarla, no me atrevía. Me daba vergüenza preguntarle, pero aceptó, era coqueta, de hecho, me acuerdo muy bien. Tal vez incluso estaba enamorada de mí, todavía me lo pregunto. Se reía muy fuerte, como histérica, con una risa que parece pertenecer sólo a los dioses o las criaturas monstruosas —una risa aterradora, más fulgurante que la felicidad misma—.

Y ese brasileño que se operó para cambiar de sexo y que todavía no estaba completamente formado. Me había gustado la ambigüedad de su cuerpo, en ese estado muy particular en que no era completamente hombre ni mujer. No quiso desnudarse. No insistí. Me contenté con tomarlo tal cual, con gestos anodinos, con aspecto cotidiano. Le gustaba que lo fotografiare en ese café de la calle Cambronne donde iba siempre a encerrarse. Lo observaba mientras hablaba y fumaba ese cigarro como mujer —el labial le daba un aspecto pegajoso a su boca, que se adhería al filtro de cartón—. Ese detalle lo volvía extrañamente sensual para mí, a pesar de cargar con torpeza vestigios de virilidad.

¿Pero quién habría adivinado que un día yo sería parte de ellos? Porque me

volví feo yo también. Me planto frente al espejo, contemplo esa extraña desnudez del cuerpo que envejece, que lentamente se degrada. Pero, después de todo, ¿qué puede haber de bello en un cuerpo humano? ¿En esta carne sucia que un día se pudrirá y alimentará la tierra? De pronto me doy cuenta de que nunca he sido guapo, de que seguramente es demasiado tarde para intentar serlo y que después de todo, a riesgo de dirigirme fatalmente hacia la muerte, hubiera valido más ser feo desde un principio, ser feo absolutamente.

Es tiempo de poner un punto final al carnaval. He alcanzado el último límite. He tocado el horror con mis dedos. De alguna forma, logré lo que quería. Encontré, con los monstruos, lo que siempre busqué: la felicidad y el desconsuelo —en otras palabras, la sustancia misma de la vida—.

Estoy en el hospital.

Estoy en un cuarto blanco, cuadrado, un paralelepípedo de geometría desconcertante. A la derecha, una ventana exhibe una luz casi azul. La luz del día.

Mi cuerpo está esterilizado. Privado de todo apetito. Para responder a sus necesidades vitales, le implantaron una perfusión que, gota a gota, lo alimenta con nutrientes en forma de átomos. Nada más entra en mí; nada más tiene derecho a pasar.

Lavaron mi cuerpo con jabón de hospital que huele a medicinas. Desinfectaron las heridas, limpiaron las marcas. Vertieron agua, un agua tan limpia que parece cloro. Mi piel ahora está blanca. Ha perdido sus pigmentos: se ven todas las venas bajo la piel. Se transparenta el interior del cuerpo. Mi cuerpo es azul. No sabía que podía ser de ese color.

Todos los días, un hombre se acerca a mí. Me tardé cierto tiempo en entender que se trataba del enfermero. Nunca había visto algo semejante. Su piel parece una corteza, dura, agrietada, una armadura impenetrable. Cuando viene, cada mañana, miro sus brazos. Me gustaría tocar esa piel oscura como la noche, como la madera, acariciarla y contar cada surco que la recorre. El hombre me lava. Toma una toalla empapada con agua jabonosa y frota mi piel suavemente. Mi cuerpo es blando; lo manipula como una muñeca. Yo me dejo hacer. Observo sin decir nada. He perdido el reflejo de crisparme.

El médico vino a hablarme después de algunos días. Es un hombre bello, imponente y enérgico. Incluso su cabello es blanco, como si también lo hubieran lavado con cloro. Cuando lo miro, imagino que su bata huele a detergente; y sueño con poder estrecharlo contra mí, respirar su nuca, sus manos. Pero aquí la gente es intocable. Cuando se agachan hacia uno, no tienen aliento, ningún olor. Pasan sin hacerse notar. Tocan sin tocar; bajo sus manos, el cuerpo pierde su sensibilidad.

—Señorita Barbier —dijo—, ¿recuerda algo?

Cierro los ojos.

Recuerdo un departamento con paredes amarillas, luces chisporroteando, un suelo con baldosas heladas bajo los pies desnudos. Recuerdo un silencio, como un zumbido a fuerza de ser silencio.

También recuerdo a un hombre llamado Joachim. La última vez que lo vi, dormía, extendido boca abajo. Lo había mirado mucho tiempo, acurrucada tras él. Su nuca se había contraído, como si tuviera dos pequeñas barras verticales implantadas bajo la piel, en el nacimiento del cabello. Qué tontería, por un momento quise hacer un gesto por él, agacharme y besar su cuello como lo habría hecho una madre, o abrazar su espalda desnuda. Un gesto tierno, como raramente teníamos el uno por el otro.

Después, recuerdo el frío. Había hecho calor ese verano y bruscamente, el departamento se volvió helado. Me escondí en el baño para escapar de Joachim. Tiritaba sobre el embaldosado. Me contraía más, hasta quedar paralizada. Tenía hambre, tenía un hambre horrible; pero forzaba mi cuerpo a callarse, a no reclamar ya nada, a acallar el dolor. Para calmar el sufrimiento, trenzaba escubidús con los hilos multicolores de Ofelia. Y mientras trenzaba, pensaba: «¿Puede uno morir así? Y si regresa Joachim y sigue haciéndome el amor, ¿puede matarme así? ¿Puede uno volverse un monstruo porque otro lo desea?».

Levanté los ojos hacia el médico. Todo estaba tan limpio ahora. En el hospital había buen clima; los cuartos no estaban sucios; el día había regresado.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Hace una semana, Joachim Kellerman trató de suicidarse disparándose una bala en la cabeza. Un vecino escuchó el disparo y se precipitó para llamar a los bomberos. La encontraron también a usted, inconsciente, en el departamento. Debió haber perdido el conocimiento poco antes, por su estado de debilidad. Nada grave, en sí. Estará de pie en un par de días.

—¿Joachim está bien?

—Salió lastimado. Está estable. Aguantará.

Hubo un silencio. Después de algunos segundos, el médico me preguntó qué clase de relación tenía con Kellerman, si lo conocía desde hace mucho, si pensaba que era alguien equilibrado. Después me dijo que me habían examinado.

—Señorita Barbier, ¿fue usted víctima de violación?, dijo tranquilamente, frunciendo ligeramente las cejas.

Miré mis manos. No sabía que hacer con ellas, así que tomé un extremo de mi blusa y lo apreté fuerte entre mis manos.

—No entiendo.

—En caso de que usted quisiera, tiene la posibilidad de denunciar por secuestro. Tiene las pruebas médicas de su lado. No debe tener miedo.

No respondí. Miré el cielo detrás de la ventana. Entonces el médico se levantó tranquilamente y dijo que la decisión estaba en mis manos y que, si quería, podía hablar con un psicólogo; de ahora en adelante todo estaría bien.

El día siguiente me fui del hospital.

Mis padres vinieron a buscarme. Tomamos el tren en la estación del Norte. No dijimos nada durante el trayecto, los tres sentados en el compartimento. Cada vez que mi madre trataba de hablar, su voz se quebraba, su rostro se crispaba; se detenía, dejaba las frases en suspenso y miraba la ventana en silencio.

Así fue como regresé al Norte. Era septiembre. Sobre nosotros, el cielo rugía como un gran vientre.

Durante dos meses no hice nada. Nada. Me quedé en mi cuarto y miré las construcciones de la vieja mina.

Un domingo, en el pueblo se organizó una visita a la antigua fosa. Fui con mi padre. Por primera vez descendí bajo tierra a más profundidad que en el metro. Traje de vuelta un pedazo de carbón, uno de verdad, que se desmorona si uno juega demasiado con él y deja sobre las manos un polvo negro. Al llegar a la casa, lo coloqué en mi cuarto sobre un estante. Nunca volví a tocarlo, después de eso.

En la mañana, fui a pasear. Caminé durante horas. Estas caminatas siempre tenían algo de angustioso. Fui del lado del estanque, el que está escondido tras los árboles y las hierbas mojadas a algunos pasos de mi casa: me instalé ahí, en el borde, con los pies sucios sobre la tierra. Acucillada. Me iba al alba. Miraba el vapor del agua en el frío. Todo parecía inmóvil, paralizado; sin embargo algunas veces ese lugar me daba náuseas. Los detalles más insignificantes de pronto parecían hormiguar con una vida subterránea y adquirir un tono amarillento como si algo se estuviera pudriendo ahí, al fondo del agua. Cuando era chica, contaban que alguien había encontrado un cadáver una vez, en los años setenta, el cuerpo de un niño ahogado. Incluso en esa época, los detalles macabros no me daban miedo en absoluto; al contrario, en ese entonces le daban al lugar una serenidad particular. Iba a esconderme bajo los matorrales, con las pantorrillas enterradas a medias en el cieno. Escuchaba el estremecimiento húmedo de las hojas bajo los pasos del pescador que venía ahí todas las mañanas por la ribera. Espiaba su proximidad, preguntándome si me encontraría, me agarraría y me ahogaría como al otro niño, y esa espera me calmaba, extrañamente. Me gustaba sentir la angustia en el hueco de mi vientre. Empecé a pasar mis días afuera, como cuando era niña: regresé a un estado salvaje. En las tardes acompañaba a mis padres al jardín. Pasaba largos momentos con ellos; imitaba a mi padre. Cada cierto tiempo levantaba la cabeza hacia él, al oírlo toser, para asegurarme de que estaba bien, después regresaba a mi tarea, incansablemente. Sentada sobre los talones, al lado de él, arrancaba también raíces y hierbas. Mis rodillas se ensuciaban de tierra. Bajo las uñas se incrustaban piedritas. Mis cabellos caían sobre mi rostro, helados por el viento, se enrollaban, enredaban con las hojas muertas. Mis mejillas palidecían.

A veces, en esos momentos, mi miedo de niña resurgía. Dejé que la tierra se deslizara entre mis dedos como si de pronto el suelo fuera a colapsarse, desmoronarse

sobre mis manos como el pedazo de carbón que había traído de la mina. A mis pies, las grietas de la tierra amenazaban con abrirse como un abismo. Todo se ponía a dar vueltas. Acucillada sobre el suelo hasta entumecerme, mi equilibrio se sostenía de un hilo.

Poco a poco, eché raíces de nuevo. Mezclé mi piel a la tierra, la purgué de todo lo que había podido sentir hasta ahora de contacto humano.

En noviembre encontré un trabajo de secretaria en la administración de un liceo técnico en Valenciennes.

El trabajo no era muy diferente a mi empleo en la librería: se reducía a simples gestos mecánicos, repetidos a lo largo del día en una especie de beatífica serenidad. A falta de libros, leía con mis manos las envolturas de papel craft o las carpetas de cartón. Golpeaba las teclas de la computadora con destreza. Respondía el teléfono. Ejecutaba sin pensar. Sin pensar en nada excepto en el movimiento mecánico de mis dedos, en su perfecta autonomía, en su fabulosa ausencia de sensibilidad.

A las diez, siempre hacía una pausa, iba a fumar un cigarro bajo el porche del patio y contemplaba a los muchachos. Los jóvenes de Valenciennes no eran como los de los suburbios o los jardines parisinos: su erotismo era diferente, más apagado, desprovisto de calor verdadero. Bajo sus pieles de adolescentes, bajo su bozo sin gracia sobre los labios, nunca vi ninguna forma de divinidad. Su risa era pastosa. Hablaban con el acento de la gente de aquí, con vestigios de *ch'timi*, con esa forma de mascar las palabras. Ellos no tenían la piel tostada, sino de color piedra, de una blancura sucia. Y cuando los miraba así, imaginando secretamente sus jóvenes cuerpos desnudos, pensaba en sus ancestros, los mineros, pensaba en esos hombres saliendo del pozo con sus bigotes negros, y bajo la mugre una piel blanca, todavía más pálida que el cielo de Valenciennes.

Me quedaba así un momento, con el cigarro, la cabeza me daba vueltas ligeramente. Chicos estúpidos. Hablaban de cosas sin importancia, de cosas que yo no entendía, de un universo al que yo nunca pertenecería. En la noche, eran los mismos que se iban al antro con sus coches destartados; siempre hacían escándalo en el barrio y mi padre se quejaba por el ruido. Al día siguiente, en la madrugada, los escuchaba regresar. Escuchaba el paso de los coches sobre el camino y los contaba, podía escuchar cómo se deslizaban las llantas sobre el asfalto. Aquí las mañanas siempre son un poco pálidas, el mismo sol de ceniza se levanta sobre la tierra y el mismo vacío se instala en el vientre por el resto del día.

Éramos dos secretarias. Mi colega trabajaba ahí desde hace ocho años. Se llamaba Julie. Una treintena un poco obesa, inconsciente de tener sobrepeso: se obstinaba en ponerse ropa ajustada. Su cuerpo desbordaba. Exhibía su vientre redondo como una ilusión de maternidad. Tenía la piel blanca; y en la curva de sus caderas, donde se encontraban las estrías, se volvía casi azul, como decorada por finos dibujos de tinta.

Julie tenía un novio.

No recuerdo su nombre. Recuerdo que trabajaba en el ejército, en Metz. Me hablaba mucho de él, en la oficina y también en la noche, cuando me invitaba un café después del trabajo: no me perdía ningún detalle lascivo. Me mostraba una foto que guardaba en su cartera, doblada religiosamente: el hombre tenía un rostro duro, germánico, dos orejas ligeramente despegadas; un cuerpo de joven soldado, tonto pero vigoroso.

Escuchaba distraídamente a Julie, incrédula: me costaba trabajo creer que ella pudiera hacer el amor como todo el mundo con ese cuerpo tan pesado. Y mientras ella parloteaba, yo la observaba tranquilamente. Observaba la carne tierna y repugnante de la garganta y de los brazos, esa piel inflada como si estuviera llena de aire, como si fuera a estallar de pronto. Tenía una mirada boba, que probablemente se debía a la proximidad de sus ojos.

Un día, su novio vino durante el descanso. Entró en la oficina, parecía muy irritado. Creo que se habían peleado la víspera. Julie había llegado a la oficina toda llorosa. Cuando él entró, ella se levantó de su silla, turbada, y me dijo:

—Maruca, ahora regreso, ¿no te molesta?

Respondí que no y se fueron del cuarto.

La conversación no duró mucho. Se gritaron en el pasillo, la voz del tipo resonaba; tenía un acento del este.

Después hubo un silencio.

Hicieron el amor esa mañana, en los baños del tercer piso. Lo sé porque la escuché a ella gimiendo suavemente, de forma casi imperceptible.

Los baños estaban justo al lado y sentí temblar las paredes.

Sentí el cuerpo nervioso del joven soldado pegarse al otro, más grueso, más mullido, sentí las sacudidas cada vez más enérgicas. Incluso sentí, desde el escritorio —con las manos crispadas sobre mi cabeza— al muchacho eructar con virulencia, aliviarse malévolamente, mientras la otra gemía, cantaba su canto de amor, como si le gustara.

Me tapé los oídos pero no sirvió de nada. Los seguía escuchando cada vez más fuerte en mi cabeza, y me parecía cada vez más intolerable. Eran como salvajes. En la confusión ya no sabía si estaba escuchándolos a ellos o al recuerdo de Joachim y yo, que de pronto resurgía.

Julie regresó algunos minutos más tarde. Algo había cambiado en ella, algo indefinible. Esa satisfacción beatífica en su mirada. Habría podido golpearla. Habría podido reventarle los ojos en ese momento, gritarle en la cara que no tenía derecho a hacerme eso.

Apreté mi pluma en la mano y, sin saber por qué, pensé en Joachim.

Joachim tenía razón, al fin y al cabo. Todos somos monstruos y hacemos nuestro pequeño carnaval. Todos somos feos, todos, incluso los jóvenes del patio de abajo, que fuman cigarros mientras hablan de sus coches: sus rostros parecen cincelados con navaja, sus mandíbulas crispadas, y la sensualidad que emanan es sólo la tierna

ilusión de la juventud, de su vigor. Mañana envejecerán y terminarán como mi padre. Engordarán. Se quedarán sin aire al menor esfuerzo. Tendrán la piel gris de los mineros, esa tez de cadáver que todo el mundo agarra aquí, aunque el pozo se haya cerrado hace veinte años. Seguimos siendo los mismos. Todos terminaremos bajo tierra, chupando luz y alimentando las raíces.

Mi padre se derrumbó un domingo por la mañana.

Estaba en su cobertizo. La silla no era muy sólida: cedió bajo su peso. Se rompió el pie y tuvo un ataque cardíaco. Su gordo corazón se rindió. Murió instantáneamente, creo. Cuando bajé para alcanzar a mi madre que gritaba, el olor de la cochera me pareció diferente, más agrio, más fétido. Bajé los ojos: se había meado.

Tuve un presentimiento. Sabía que no iba a aguantar, sentí la muerte. Y en efecto, sin que él lo supiera todavía, la muerte crecía en su interior. Suavemente, el coágulo de sangre llenaba su tela en el ventrículo izquierdo.

Un recuerdo me vino a la memoria. Estamos mi padre y yo en el coche, estoy sentada atrás, los asientos huelen a polvo y gasolina. Tengo cinco o seis años. Vamos a visitar a mis abuelos, pronto morirán y apenas me acordaré de ellos. Le pregunto a mi padre cuánto tiempo se vive, a qué edad muere uno en teoría. Miro su nuca ancha frente a mí, sus cabellos frágiles. Hubo un silencio. Entonces dijo, tal vez pensando en voz alta, tal vez pensando que era yo muy chica para recordar sus palabras:

—Sabes, cuando era joven estaba convencido de que no iba a vivir mucho. No puedo explicar por qué.

Nunca olvidé esas palabras. Ya en esa época yo también podía sentir lo que decía. En ese momento, él y yo compartimos algo.

Los monstruos no llegan a viejos. La naturaleza lo quiere así. Es la ley del más fuerte. Por más sanos que sean, no sobrevivirán en el mundo de los hombres. En su interior, nunca dejan de ser débiles.

Cuando vaciamos el cobertizo de mi padre, encontramos cajetillas de cigarrillos abiertas y amontonadas en un cajón. Restos de embutidos envueltos en servilletas y algunas botellas de vino viejo.

—Tu padre nos mentía, dijo mi madre. Seguía excediéndose a pesar de las prescripciones del doctor.

Siempre quise creer que no había sido eso. Que si el corazón de mi padre se había rendido era por ser demasiado gordo, demasiado grande para un hombre, anormal. Un corazón con demasiada vida al interior, demasiada sangre que mandar a las venas, demasiada hambre jamás satisfecha.

Lo enterraron dos días más tarde. No vino mucha gente a la ceremonia. Ese día, el cielo estaba blanco, blanco, apenas se veía. Aquí en el norte, nadie le presta atención, de tan incoloro que es.

Colocaron el ataúd en la tierra. Entonces entendí qué quería decir todo esto. Esa forma que tienen los humanos de recubrir los sepulcros. Ahí mi padre se sentirá a

gusto, pensé, mientras me levantaba el cuello de mi impermeable. Su cuerpo se desmoronará como un pedazo de carbón. Tranquilamente. Ahí es donde terminan todos los monstruos. Ahí perpetúan su canto, el murmullo eterno que escucho algunas veces en mi cabeza.

Cuatro años más tarde, en Navidad, mi madre quiso volver a ver París. Nos hospedamos en un hotel en Saint-Germain-des-Prés. En la mañana olía a cuernito en la recepción. La gente murmuraba mientras desayunaba. No se entendía muy bien lo que decían; la mayoría eran ingleses o americanos. Mamá se sentía bien. Quiso subir a la torre Eiffel, ver la iluminación, caminar por los Campos Elíseos.

La llevé al Barrio Latino, cerca de la Sorbona. Pasando la calle de las Escuelas, constaté que la librería de Arístides ya no existía. Un café se encontraba en su lugar. Dudé si la librería había existido alguna vez.

El último día, mi madre quiso descansar. Se quedó en la mañana en el hotel.

Llegué a un café del décimo quinto distrito. No conocía el barrio muy bien. Una mujer joven, muy bella, entró al café. Estaba casi desierto a pesar de ser el día siguiente de Navidad. La joven tenía la piel morena, todavía más que la de Gaëlle. Se detuvo, parada entre las mesas, recorrió el lugar con la mirada; después me sonrió.

—¿Es usted Maruca? —preguntó tenía un ligero acento hispánico. Hola, soy Paola.

No se quitó su abrigo, y se quedó varios minutos con las manos hundidas en el ancho cuello de piel. Parecía nerviosa. Yo también lo estaba. Me disculpé por citarla así, durante las fiestas, no era muy educado; me dijo que no importaba, que de todos modos ella no celebraba nunca Navidad.

—¿Cómo lo conoció?

—Yo lo contacté, hace tres años, respondió. Escuché hablar de él por un estudiante de estética. Era una época difícil para mí: mi operación había fallado.

Cruzó las piernas. No pude evitar mirarlas: tenían una palidez madura, eran tiernamente musculosas, más sensuales que las mías. Pero sus cabellos eran gruesos y se le pegaban a la nuca; y su frente sudaba como la de un hombre.

Había llamado a Paola dos semanas antes, con el pretexto de ser una antigua estudiante de Joachim Kellerman y que hacía investigaciones sobre su trabajo. Había anotado su teléfono hace tiempo, sobre un pedazo de papel arrugado que había tomado de la carpeta de Joachim, antes de despedazar las fotografías. Paola era uno de los monstruos.

—Yo no sabía muy bien qué era —prosiguió—. Era un momento en que yo negaba mi cuerpo completamente. Por supuesto, cuando era hombre, me daba asco; pero al menos era algo definible, ¿entiende? Después, me mutilaron. Me deshonraron. Ya no me atrevía a mirarme. Así que le pedí a ese fotógrafo que lo hiciera por mí.

—¿Nunca le pareció malsano? Esa forma de mirarla...

—No, porque era muy gentil. Franco desde el principio, pero... sí, muy gentil.

Supe inmediatamente que su investigación trataba sobre los monstruos; acepté ese estatuto sin protestar, de hecho era la palabra indicada para definirme en ese momento. Empezó con retratos en blanco y negro, que nunca vi, por cierto; eran las reglas. No poder verme me frustró por algún tiempo, porque finalmente era lo que buscaba: quería encontrarme a mí misma en esas fotografías. Pero él me lo prohibió y creo que hizo bien. Kellerman se sentía muy implicado, no era un simple fotógrafo. Sólo tomaba un modelo a la vez, y lo seguía durante varios meses, como encargado de una misión. Hablábamos mucho antes y después de las sesiones. Y me escuchaba. Evidentemente, un día me preguntó si podía fotografiarme desnuda. Ya me lo esperaba. Mucha gente se pregunta cómo es la vulva de un transexual. Si es como la de las mujeres normales; si funciona de la misma forma. Es algo que intriga a la gente. Me lo preguntan a menudo. Reflexioné algunos días y finalmente me negué; no dijo nada, creo que estaba de acuerdo con mi decisión.

«Sabes, no creo que fuera un tipo enfermo. Es más, creo que lo que hizo por mí y también por todos los demás, fue saludable. Un año después, finalmente logré operarme de nuevo. Hoy, las cosas van mejor».

Bebió un sorbo y se quemó un poco los labios. Limpió a las prisas, con gesto nervioso, el café que había derramado sobre la mesa. Se acomodó el cabello. Hubo un silencio.

En ese momento, recordé las fotos que le habían tomado. Recordé cómo era su mirada, la mirada que todos teníamos frente al objetivo de Joachim. Ese día, el día que destrocé el carnaval, miré todos los retratos, los bebí hasta memorizarlos, como para no olvidarlos nunca; después los rompí. Uno por uno. Cuidadosamente, sin rabia, arruiné la obra de Joachim. En nombre de todos los monstruos, negué lo que había hecho con nosotros.

Al final sólo quedaban las notas que había escrito, vueltas a mitad ilegibles. Consideré un momento destruirlas también. Finalmente las guardé.

Las retomé mucho después. Esperé a estar en Valenciennes, lejos de todo eso, lejos de Joachim. Un día, las volví a abrir. Me sumergí de nuevo en su escritura. Pasé horas releendo todo, conectando todos los cabos. Redescubrí esa escritura nerviosa, desesperada, esas palabras que había anotado a toda prisa en la época en que nada más era posible.

Después, yo también me puse a escribir.

La escritura llegó como una necesidad, tal vez la misma que él había sentido. Mi propia voz se mezcló entonces con la de Joachim. Por primera vez, el monstruo se expresaba. Por primera vez, Joachim se volvía objeto de su propia mascarada.

Fue mi turno de recrear el carnaval.

—¿Y tiene noticias de él?

—Estuve sin noticias durante varios años. Es lo que habíamos convenido, de hecho: romper todo contacto.

Después, un día, por casualidad, me enteré que se había suicidado. Un amigo estudiante me dijo. Se disparó en la cabeza. Una cosa espantosa. Para colmo ya se había mutilado la primera vez que lo intentó. Probablemente era depresivo. Aparentemente, se había vuelto un tipo muy triste. Creo que tenía una hija de siete años.

Era casi mediodía; mi madre me esperaba en el hotel. Teníamos que tomar el tren a las tres.

Paola me acompañó afuera. Hacía frío; se subió el cuello hasta ocultar la parte inferior del rostro. Antes de que me fuera hacia la otra dirección, levantó los ojos hacia mí.

—A usted también la fotografió, ¿o me equivoco?

—¿Por qué lo dice?

—Lo siento, dijo, bajando la mirada. No quería ofenderla. Pero creo que ese hombre supo revelar algo en sus monstruos. Algo como una gracia... Y la veo en usted, Maruca.

La miré irse. Miré desaparecer sus piernas interminables en la luz, poco a poco. Traía una falda corta; parecía tan frágil, en el frío de la mañana.

Tomé el metro aéreo. Contemplé los edificios, las calles prácticamente vacías en esa mañana de invierno. La ciudad estaba inmóvil. En algunos segundos, el vagón se hundiría por completo en el túnel.

Un escalofrío recorrió mi vientre cuando la sombra me devoró.



ANNE-SOPHIE BRASME (Metz, Francia, 1984). Es una escritora francesa. En 2001, año que acabó sus estudios en el liceo, se publicó su primera novela *Respira* (*Respire*), que recibió el Primer Premio de Novela de la Universidad de Artois y vendió más de 40 000 copias.

Publica en 2005 *El carnaval de los monstruos* (*Le carnaval des monstres*), esta segunda novela recibió el premio de la *Feuille d'or de la ville de Nancy*.

Actualmente es profesora de Letras Modernas.